

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde la Revolución ciudadana, desde una universidad pública, el Instituto de Altos Estudios Nacionales, y con el respaldo de la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación. Esta iniciativa trata de contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación ofrece a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierte en acción revolucionaria.



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
**Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación**

Edición en castellano:	Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación & IAEN, Ecuador
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño y coordinación editorial	David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Juan Mari Madariaga, Nuria Cortés, Ethel Odriozola, Cristina Piña, Ana Useros
Corrección ortotipográfica	Carlos Vidania
Editor	Susan Watkins
Deputy Editor	Tony Wood
Associate Editor	Francis Mulhern
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
Publishing Director	Kheya Bag
Subscriptions	Johanna Zhang
Online Publisher	Rob Lucas
Assistant Editor	Daniel Finn

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, 2015, para la lengua española

Edita:

Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación

Whymper E7-37 y Alpallana, 170516, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22505660

www.educacionsuperior.gob.ec

Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq., Quito, Ecuador

Tel: (593) 023829900

www.iaen.edu.ec

Produce:

Trama Ediciones

Juan de Dios Martínez N34 - 367 y Portugal, Quito, Ecuador

Tel: (593) 22246315

Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid, España

Tel: (34) 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

NEW LEFT REVIEW 89

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2014

ARTÍCULOS

NEIL DAVIDSON	La linde escocesa	7
CHING KWAN LEE	El espectro de una China global	32
TIMOTHY BRENNAN	Apuestas subalternas	74
NANCY ETTLINGER	El paradigma de la apertura	97
ERDEM YÖRÜK Y MURAT YÜKSEL	El cálido verano de Turquía	111

CRÍTICA

EMILIE BICKERTON	Una hoguera del arte	133
JOSHUA RAHTZ	Reinventando el <i>laissez-faire</i>	145
ALEX NIVEN	El camino a Briggflatts	156

CONTENIDOS

NEIL DAVIDSON: La linde escocesa

Análisis del referéndum sobre la independencia escocesa y del hundimiento de la hegemonía electoral laborista al norte de la frontera, tras su participación destacada en el Proyecto Miedo organizado por el *establishment* unionista. ¿Qué cambios tectónicos ha sacado a la luz el arcaico Estado monárquico-multinacional del Reino Unido y cómo se han convertido en punto de condensación de una politización de masas insólita?

CHING KWAN LEE: El espectro de una China global

La expansión de China en el exterior ha inquietado a los comentaristas occidentales. En este brillante estudio etnográfico, Ching Kwan Lee investiga los regímenes de trabajo, los patrones de inversión y la ética de gestión de las empresas públicas de la RPCh en el Cinturón del Cobre de África Central y los compara con los vigentes en las grandes multinacionales. Entre los resultados sorprendentes se encuentran la primera Zona Económica Especial de Zambia y una ética específica, casi weberiana, de «tragarse la amargura».

TIMOTHY BRENNAN: Apuestas subalternas

Si la teoría poscolonial que surgió como proyecto intelectual militante en la década de 1980 se ha tambaleado a lo largo de la pasada década, sobre el telón de fondo de las excursiones imperialistas reales, la intervención crítica de Vivek Chibber en el campo ha iniciado un nuevo debate en torno a dicho proyecto. Timothy Brennan pregunta si es posible plantear un cuestionamiento eficaz sin abordar de manera más directa la amnesia de la teoría.

NANCY ETTLINGER: El paradigma de la apertura

Saludada por los gurús de la gestión como una nueva estrategia para empresas en apuros de las economías avanzadas, el «modelo de empresa abierta» tiene como objetivo transformar las flexibilizadas formas de producción del posfordismo, con aciagas perspectivas, sostiene Nancy Ettlinger, para los trabajadores mundiales.

ERDEM YÖRÜK Y MURAT YÜKSEL: El cálido verano de Turquía

¿Qué fuerzas sociales se han movilizado en las protestas masivas de los últimos años? Siguiendo las aportaciones de Göran Therborn y André Singer en la *NLR* 85, Erdem Yörük y Murat Yüksel examinan las procedencias de clase y las ideologías políticas de los manifestantes del parque de Gezi, descubriendo que los trabajadores manuales superaban a las «nuevas clases medias».

CRÍTICA

EMILIE BICKERTON reseña el libro de Michael Witt *Jean-Luc Godard, Cinema Historian*. Lectura fundamental del épico ensayo audiovisual del director, *Histoire(s) du cinéma*.

JOSHUA RAHTZ reseña el libro de Angus Burgin *The Great Persuasion*. La elevada cultura de los progenitores del neoliberalismo en el periodo de entreguerras, contrastada con quienes se encargaron de popularizarlo en la década de 1970.

ALEX NIVEN reseña el libro de Richard Burton *A Strong Song Tows Us*. Primera biografía completa del singular poeta vanguardista inglés Basil Bunting.

AUTORES

TIMOTHY BRENNAN: *profesor de Literatura y Filosofía en la Universidad de Minnesota; su obra más reciente es Borrowed Light (2014); véase también NLR 7.*

NEIL DAVIDSON: *su libro más reciente es Holding Fast to an Image of the Past (2014); trabaja en la Universidad de Glasgow.*

NANCY ETTLINGER: *enseña Geografía Humana Crítica en la Universidad del Estado de Ohio.*

CHING KWAN LEE: *autora de Against the Law (2007) y Gender and the South China Miracle (1998); enseña Sociología en la UCLA.*

JOSHUA RAHTZ: *estudia Historia en UCLA; en la actualidad se encuentra en la Universidad Humboldt.*

ERDEM YÖRÜK: *enseña Sociología en la Universidad de Koç en Estambul.*

MURAT YÜKSEL: *también enseña Sociología en la Universidad de Koç.*

NEIL DAVIDSON

LA LINDE ESCOCESA

HABÍA MUCHO EN juego y los contendientes enarbolaban briosos las espadas. Por un lado, el poderío del Estado británico, los tres partidos de gobierno, el palacio de Buckingham, la BBC –que sigue siendo todavía de lejos la fuente más influyente de información y opinión transmitida por las ondas– y la abrumadora mayoría de la prensa escrita, el alto mando del capital británico y la elite liberal, respaldados por el peso internacional de Washington, la OTAN y la UE. Frente a ellos, una coalición de fuerzas jóvenes y esperanzadas, que incluía franjas de votantes laboristas desilusionados en las conurbaciones –los «planes»– de Clydeside [Gran Glasgow] y Tayside [Angus, Dundee, Perth y Kinross] así como sectores significativos de la pequeña burguesía y de las comunidades inmigrantes, movilizados en una campaña en la que confluían las reivindicaciones sociales con las nacionales. Esa erupción popular-democrática, iniciada hace mucho, ha hecho pasar a la clase dominante británica el peor ataque de nervios desde las huelgas de la minería y del sector metalmecánico en 1972, suscitando escalofríos de pánico en los líderes conservadores, laboristas y liberales. Se mire como se mire, el 45 por 100 de votos por el sí en el referéndum escocés por la independencia, con una participación que superaba todos los récords, ha sido un logro significativo. ¿Cómo se ha llegado hasta ese punto, y dónde dejan los votos del 18 de septiembre la política del Reino Unido y de Escocia?

Los orígenes institucionales del referéndum escocés de 2014 se pueden retrotraer a 1976, cuando el Gobierno laborista minoritario de Callaghan se esforzaba por cimentar una mayoría parlamentaria al tiempo que aplicaba los recortes draconianos del FMI en el inicio de la reestructuración neoliberal en Gran Bretaña. El apoyo de los partidos nacionalistas minoritarios –el Partido Nacional Escocés había obtenido once escaños en Westminster en las elecciones de octubre de 1974, su mejor resultado

ESCOCIA

0 ————— 80,5 kilómetros

- 1 INVERCLYDE
- 2 RENFREWSHIRE
- 3 EAST RENFREWSHIRE
- 4 CIUDAD DE GLASGOW
- 5 WEST DUNBARTONSHIRE
- 6 EAST DUNBARTONSHIRE
- 7 NORTH LANARKSHIRE
- 8 FALKIRK
- 9 CLACKMANNANSHIRE
- 10 WEST LOTHIAN
- 11 CIUDAD DE EDINBURGH
- 12 MIDLOTHIAN
- 13 EAST LOTHIAN
- 14 CIUDAD DE DUNDEE
- 15 CIUDAD DE ABERDEEN



hasta aquel momento, mientras que el partido galés Plaid Cymru tenía 3– se obtuvo con la promesa de referéndums sobre descentralizaciones limitadas que devolverían poderes a las nuevas asambleas escocesa y galesa. Al final, aunque los síes ganaron el referéndum escocés de 1979 con un 52 frente a un 48 por 100, la participación no alcanzó la elevada cota impuesta por Westminster, por lo que la transferencia de poderes quedó en suspenso. Bajo el Gobierno de Margaret Thatcher, Escocia sufrió la misma ingeniería social drástica que el resto del Reino Unido: alto desempleo, desindustrialización, cierres de hospitales, liquidación de viviendas sociales, etcétera. El unionismo *tory* había sido tradicionalmente la mayor fuerza electoral en la política escocesa; en 1955 había obtenido una mayoría absoluta de escaños y votos. En 1997, tras dieciocho años de gobierno conservador, su voto al norte de la linde había caído al 18 por 100 y no tenía en aquel momento ni un solo representante escocés en Westminster.

En la década de 1990 llegó una segunda oportunidad para la descentralización, cuando la cuarta derrota electoral aplastante de los laboristas hizo a Blair y Brown iniciar una búsqueda desesperada de apoyo de los liberaldemócratas y del SNP para poner en pie una coalición anti-*tory*. Aquella efímera alianza sirvió para tomar las únicas medidas reformistas –transferencia de poderes a Escocia y Gales, una Cámara de los Loes en la que solo habría miembros designados [desde la aprobación de la ley, en 1999, el número de miembros hereditarios quedó limitado a 92], un referéndum sobre el sistema electoral, una ley de libertad de información– presentes en el manifiesto de 1997 del Nuevo Laborismo, consagrado por lo demás a impulsar la competencia económica y a combatir el crimen. El objetivo de la descentralización, subrayó Blair, era posibilitar una delegación limitada de responsabilidades mediante la cual «la Unión se reforzará y desaparecerá la amenaza del separatismo». El Parlamento escocés quedó establecido debidamente en 1999 sobre la base de un sistema electoral mayoritario modificado, destinado a impedir la mayoría absoluta de cualquier partido –especialmente el SNP– y a garantizar una coalición laborista-liberal, como efectivamente sucedió entre 1999 y 2007¹.

¹ El Parlamento escocés consta de 73 miembros elegidos mediante el sistema mayoritario y 56 miembros adicionales [7 por cada una de las 8 regiones] en listas de partidos, elegidos mediante el sistema de «miembro adicional» inspirado en el sistema D'Hondt, que es el menos proporcional de los sistemas proporcionales y beneficia siempre a los partidos más grandes, aunque también permite cierta representación de partidos más pequeños. Así el Partido Socialista Escocés y los Verdes lograron 6 y 7 parlamentarios respectivamente en 2003, habiendo obtenido cada uno de ellos alrededor del 5 por 100 de los votos.

¿El ascenso del Partido Nacional Escocés-*Pàrtaidh Nàiseanta na h-Alba*

Sin embargo, enmascarados por el efecto de «burgo podrido» [rotten-borough: circunscripción electoral de muy poca población y a la que el sistema electoral otorga tanto peso como a la que tiene mucha] del sistema mayoritario estricto, los años de guerra y neoliberalismo bajo los Gobiernos de Blair y Brown fueron socavando progresivamente el apoyo al Nuevo Laborismo. Durante las décadas de 1990 y 2000, Escocia había seguido una vez más las pautas de crecimiento del Reino Unido, con la expansión de un sector servicios de baja gama (en Glasgow, uno de cada diez empleados trabaja en un *call center*) y el aumento del endeudamiento de los hogares. A menor escala, Edimburgo desempeñaba el papel de Londres como centro de la expansión del sector de los servicios financieros y de los medios de comunicación desregulados, mientras aumentaban las desigualdades: el barrio residencial venido a menos de Dumbiedykes está a pocas calles de distancia del palacio de Holyrood y del ultramoderno edificio del Parlamento. Tras el inicio de la crisis financiera, los consejos comarcales y municipales dirigidos por laboristas pusieron rápidamente en práctica los preceptivos recortes del gasto público, cerrando casas de acogida, reduciendo salarios y despidiendo trabajadores. En sucesivas elecciones al Parlamento escocés la proporción laborista en el voto popular cayó del 34 por 100 en 1999 al 26 por 100 en 2011, pasándose los votantes laboristas, primero, a los Verdes y al Partido Socialista Escocés en 2003, y luego, tras el derrumbe de este último, al SNP en 2007. En las elecciones locales los laboristas perdieron el control en casi todas partes excepto en Glasgow y la cercana North Lanarkshire. La afiliación al Partido Laborista se desplomó de 30.000 miembros en 1998 a menos de 13.000 en 2010. En cuanto al voto a los liberaldemócratas, en Escocia se vino abajo cuando en 2010 el partido entró en el Gobierno de coalición con los tories en Westminster, también en beneficio del SNP, que acabó obteniendo una mayoría global de 69 escaños sobre 129 en 2011 con el 44 por 100 del voto popular, diez puntos más de los que había tenido nunca el Partido Laborista.

Los manifiestos del SNP incluían desde hacía tiempo el compromiso de celebrar un referéndum sobre la independencia si obtenía la mayoría en el Parlamento escocés. Después de su abrumadora victoria en 2011, el líder del partido, Alex Salmond, declaró, como cabía esperar, su propósito de llevar ese plan adelante. El SNP prefería un referéndum

con una triple opción: los votantes escoceses deberían decidir entre la independencia plena, el statu quo o una «devolución máxima», lo que significaba que el Parlamento de Holyrood obtendría poderes fiscales y legislativos plenos, pero Escocia permanecería bajo el toldo del Reino Unido –la Corona, el Foreign Office, el Ministerio de Defensa y el Banco de Inglaterra– en lo que respecta a los asuntos diplomáticos, militares y monetarios. La «Devo Max» era la opción abrumadoramente apoyada por el pueblo escocés; algunas encuestas le daban hasta el 70 por 100. La dirección del SNP reconocía que no había –o al menos, no había todavía– una mayoría independentista, pero esperaba poder alcanzar a corto o medio plazo la Devo Max. Con una papeleta electoral con triple opción, Salmond habría podido proclamar su victoria si el resultado era la independencia (improbable) o la Devo Max (muy probable).

A tenor, sin embargo, de la Scotland Act, aprobada por el Gobierno laborista en 1998, todas las cuestiones constitucionales relacionadas con el Tratado de la Unión de 1707 entre Inglaterra y Escocia quedaban reservadas a Westminster. La cuestión era, por lo tanto, si el referéndum sería debidamente legitimado y reconocido por el Gobierno británico, o si tendría que ser «no oficial», esto es, esencialmente un dispositivo propagandístico organizado por el Parlamento escocés. El 8 de enero de 2012 el primer ministro británico tomó la iniciativa, anunciando que el Gobierno presentaría una ley para que se pudiera celebrar el referéndum, aunque Cameron ponía ciertas condiciones: sería un referéndum de SÍ o NO, sin una tercera opción en la papeleta de voto. Sus razones eran bastante simples: quería ver la derrota decisiva de la opción independentista, si no para siempre, al menos durante un plazo bastante largo, negando simultáneamente a Salmond la fácil victoria de la Devo Max. Los riesgos implícitos parecían pequeños: las encuestas mostraban siempre un apoyo minoritario a la independencia, en general en torno al 30 por 100. Al igual que Blair, Cameron quería «ver desaparecer la amenaza de la separación».

Los *tories* estaban, no obstante, dispuestos a pagar un alto precio por la única opción de SÍ o NO en las negociaciones, concediendo al Parlamento escocés el derecho temporal no solo a celebrar el referéndum, sino también a decidir su fecha, las condiciones para poder votar y la formulación de la pregunta. Salmond y su capaz lugarteniente Nicola Sturgeon pudieron así optar por una larga campaña, por extender el cuerpo electoral a todos los ciudadanos registrados en Escocia –fuera cual fuera su país de origen–, reduciendo la edad mínima para votar a los 16 años, y por un

marco positivo para la pregunta: «¿Está usted de acuerdo en que Escocia debería ser un país independiente?»», en lugar de plantear, por ejemplo: «¿Debería seguir siendo Escocia parte del Reino Unido?»», lo que permitiría al SNP hacer campaña por un animoso sí en lugar de pronunciarse por un recalcitrante NO. Esos términos fueron sellados por el Acuerdo de Edimburgo firmado el 15 de octubre de 2012 por Cameron y Salmond en la Casa de San Andrés, en nombre de sus respectivos Gobiernos.

¿Por qué la independencia?

A estas alturas del relato vale la pena hacer una pausa para preguntarse por qué y cómo se había convertido en una cuestión política tan viva el carácter del Estado británico. Comparada con la turbulenta historia constitucional de los vecinos europeos –Francia, España o Alemania, por ejemplo–, la propia durabilidad de la monarquía parlamentaria multinacional fundada por la Ley de Unión de 1707 entre Inglaterra y Escocia podría parecer un éxito brillante. Tom Nairn, explorando estas cuestiones en números anteriores de la *New Left Review*, trataba de explicar la tardanza del nacionalismo escocés en aparecer como fuerza política organizada, apenas embrionaria durante la «era de los nacionalismos» en el siglo XIX y que solo comenzó a lograr un apoyo de masas a partir de la década de 1960. Al igual que Inglaterra y Francia, argumentaba Nairn, Escocia se había constituido políticamente como nación muy pronto, durante el periodo feudal, siglos antes de la invención, durante el siglo XVIII, del nacionalismo ideológico como tal. En el crisol de la Reforma protestante, su absolutismo tardofeudal «fracasó como vehículo para la unidad y se convirtió, por el contrario, en fermento de división»². Pero si bien Escocia perdió su Estado político y su Asamblea nacional en el regateo entre las elites de 1707, enviando desde entonces sus delegados al Parlamento de Gran Bretaña, en Westminster, mantuvo las formas jurídicas, religiosas, culturales e institucionales de su sociedad civil, así como unos «valores sociales» propios, todo lo cual serviría para consolidar una identidad «subnacional» muy resistente.

Para Nairn, la clave de la longevidad de la Unión de 1707 reside en las revoluciones inglesas que la precedieron. El acuerdo entre magnates en

² Tom Nairn, «Scotland and Europe», *NLR* 1/83, p. 71, citando a T. C. Smout, *A History of the Scottish People, 1560-1830*, Londres, 1969, p. 33. Ese ensayo se reproduce en T. Nairn, *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*, Londres, 1981, 2ª ed., pp. 92-125.

1688 en torno a la «Corona en el Parlamento» había creado un Estado a imagen del sector más dinámico de la clase dominante inglesa, su aristocracia terrateniente precozmente capitalista. En lugar de tener que luchar contra un *ancien régime*, los terratenientes enriquecidos de las Tierras Bajas podían valerse de un sistema político abierto y una economía en rápido crecimiento, insertándose durante dos siglos en la expansión en ultramar. La revolución industrial escocesa, amparada por el Estado británico, sembró el Cinturón Central que va desde Glasgow hasta Edimburgo con sus ciudades de hierro y sus obras de ingeniería, produciendo una vasta y nueva clase obrera escocesa, por ejemplo, en los gigantescos astilleros que se multiplicaron en el estuario del Clyde. Para Nairn, como para Ernest Gellner, el nacionalismo estaba estrechamente relacionado con la desigualdad de la expansión capitalista y con el desnudo por asumirlo de los llegados tardíamente al desarrollo industrial, experimentado como una poderosa fuerza exterior. Ahora bien, la burguesía escocesa se había incorporado ya a la industrialización sin ninguna necesidad de movilizar «nacionalmente» a su clase obrera. Lejos de compartir el dinamismo de su base económica, la superestructura política escocesa, como decía Nairn, simplemente se desmoronó, dejando convertida a la subnación en una mera provincia³.

Con el final del imperio y la profundización de la crisis económica durante las décadas de 1960 y 1970, comenzaron a emerger los problemas del arcaico Estado multinacional británico, «pintoresco palimpsesto de William y Mary en el que se aprecian esquirilas de códigos feudales, raspaduras de principios de la modernidad y “tradiciones” reinventadas»⁴. En esas condiciones, argumentaba Nairn, la identidad cultural «subnacional» de Escocia, combinada con la perspectiva de las reservas de petróleo y gas en el Norte más o menos lejano, proporcionaba una materia prima que podía ser politizada por el SNP; él situaba el inicio del ascenso del nacionalismo político organizado en el éxito electoral del partido en 1974, con el eslogan «¡Es el petróleo de Escocia!». Nairn especulaba que las tendencias separatistas recientemente aparecidas («neonacionalismos») en subnaciones económicamente avanzadas como Cataluña, el País Vasco o Escocia podían leerse como otro tipo de respuesta a la dinámica desigual del capitalismo; en este caso, un *superdesarrollo* regional relativo. El contexto para su surgimiento fue el estatus declinante de su propio «gran Estado» bajo la hegemonía

³T. Nairn, «Scotland and Europe», p. 73.

⁴T. Nairn, «Ukania under Blair», *NLR* 1, enero-febrero de 2000, p. 76.

estadounidense y la internacionalización del capital, y la ausencia de cualquier alternativa socialista viable. Nairn, siempre optimista, sugería que ese nacionalismo se estaba convirtiendo en «el sepulturero del viejo Estado británico», y como tal, en «el factor principal para una revolución política de algún tipo en Inglaterra así como en los países pequeños»⁵.

El relato histórico de Nairn se puede cuestionar en tres aspectos principales. Más que surgir durante el periodo medieval, una nación escocesa unificada solo se hizo posible *después* de la Unión de 1707, con la derrota inapelable de la reacción absolutista-feudal jacobita en Culloden en 1746 y la superación de la división entre Tierras Altas y Tierras Bajas que la había bloqueado durante cuatrocientos años. La «escocidad» contribuyó ciertamente a la formación de la «britanidad», pero también es cierto lo contrario: la conciencia nacional escocesa moderna, extendida a todo el territorio del país, se formó en el contexto británico y, para la clase obrera en particular, en la tensión entre participación y apoyo al imperialismo británico por un lado, y al movimiento obrero británico, por otro. Como consecuencia, las lealtades políticas fundamentales de las dos clases principales se mantenían hasta muy recientemente al nivel británico más que al escocés: la *conciencia nacional* escocesa era fuerte, pero el *nacionalismo* escocés era débil, por la simple razón de que no satisfacía ninguna necesidad política⁶.

En segundo lugar, no fue el «superdesarrollo regional» el que llevó al ascenso del SNP y a plantear la cuestión de la independencia, sino el empuje decidido en favor de una reestructuración neoliberal por parte de sucesivos Gobiernos de Westminster, ya fueran *tories*, laboristas o de coalición. Aunque el SNP es del rosa más pálido que quepa imaginar, no le hace falta mucho para quedar a la izquierda del Nuevo Laborismo. A diferencia de los Gobiernos de Blair-Brown, el SNP ha salvaguardado la atención a los ancianos, las recetas gratuitas y la educación universitaria sin tasas; se ha resistido a la privatización del agua y a la fragmentación –léase: mercantilización encubierta– del Servicio Nacional de Salud. Aunque la dirección del SNP acepta básicamente la agenda neoliberal –feliz de reducir el impuesto sobre sociedades o de quedar bien con el

⁵ T. Nairn, *Break-Up of Britain*, cit., pp. 178-179; T. Nairn, «The Twilight of the British State», NLR 1/101-102, febrero-abril de 1977, pp. 59-60, reimpresso en *Break-Up of Britain*, cit., pp. 11-91.

⁶ Véase Neil Davidson, *The Origins of Scottish Nationhood*, Londres, 2000. Para una crítica más general, véase «Tom Nairn and the Inevitability of Nationalism», en *Holding Fast to an Image of the Past: Explorations in the Marxist Tradition*, Chicago, 2014.

magnate inmobiliario Donald Trump–, también ha conseguido situarse como heredero de la tradición socialdemócrata escocesa.

Un empate elocuente se produjo cuando el SNP presentó un proyecto de ley para hacer tributar los beneficios de los supermercados por encima de cierto nivel, dedicando el dinero obtenido al gasto social. Los laboristas escoceses se aliaron con los *tories* para bloquear el proyecto de ley aduciendo que iría en «detrimento de las empresas», «amenazaría los puestos de trabajo», etcétera. Además, Salmond es uno de los pocos políticos británicos capaces de desafiar el consenso atlántico, posicionándose, por ejemplo, contra las guerras imperialistas anglo-estadounidenses. El Parlamento escocés ha puesto también de relieve el hecho de que el SNP es una máquina política más eficaz que el laborismo escocés, con figuras sustanciales como Nicola Sturgeon, Fiona Hyslop, Kenny MacAskill, Mike Russell, John Swinney y Sandra White. En eso contrasta notablemente con los laboristas, cuyo interés prioritario sigue estando en Westminster y cuya representación en Holyrood reúne, con muy pocas excepciones, un grupo de sospechosos agentes electorales, sindicalistas jubilados a tiempo completo y concejales achacosos.

El «sí» como movimiento social

La tercera razón para disentir de la opinión de Nairn es, empero –y esta es la cuestión que debe ser puesta de relieve–, que para la mayoría de los partidarios del sí el movimiento no tenía como objetivo primordial apoyar al SNP, ni siquiera al nacionalismo escocés en un sentido más amplio. Como ideología política, el nacionalismo –*cualquier* nacionalismo, ya sea relativamente progresista o absolutamente reaccionario– incluye dos principios irrenunciables: que la nación debería disponer de su propio Estado, sean cuales sean las consecuencias sociales; y que lo que une a la nación es más significativo que lo que la divide, sobre todo, las clases. Por el contrario, el principal impulso de la campaña del sí no era el nacionalismo, sino un deseo de cambio social expresado a través de la demanda de autodeterminación. Fue sobre esa base como la independencia fue asumida por un amplio grupo de socialistas, ecologistas y feministas⁷. En una época de sindicalismo débil y en declive, la resistencia popular a la

⁷ Como ejemplos, véanse James Foley y Pete Ramand, *Yes: the Radical Case for Scottish Independence*, Londres, 2014; Peter McColl, «The Green Activist», *Scottish Left Review* 73, noviembre-diciembre de 2012; Cat Boyd y Jenny Morrison, *Scottish Independence: a Feminist Response*, Edimburgo, 2014.

austeridad encontrará otros medios de expresión. Como decía el recientemente fallecido Daniel Bensaïd: «Si se bloquea una de las salidas con especial ahínco, el contagio encontrará otra, a veces la más inesperada»⁸. La campaña del referéndum escocés fue una de esas salidas. Los partidarios del sí veían el establecimiento de un Estado escocés, no como un objetivo definitivo a alcanzar en cualesquiera circunstancias, sino como el que podía ofrecer mejores oportunidades de igualdad y justicia social en las condiciones actuales de austeridad neoliberal.

La campaña oficial del «Sí Escocia» se inició el 25 de mayo de 2012. Aunque la alternativa Devo Max estaba ausente de la papeleta de voto, la versión de la independencia promovida por el SNP se le parecía muchísimo: el nuevo Estado escocés mantendría la monarquía, la pertenencia a la OTAN y la libra esterlina, mediante una unión monetaria con el Reino Unido restante⁹. Su intención era que la perspectiva de la independencia resultara tan inocua como fuera posible para los recelosos, proponiendo una fórmula compatible con la secesión efectiva que supusiera la menor cantidad posible de cambios del orden establecido. Sin embargo, como fue quedando claro durante la campaña, la mayoría de los escoceses que iban a votar por el sí *querían* que su país fuera diferente del Reino Unido actual. Junto a decenas de miles de miembros del SNP, muchos de ellos antiguos activistas laboristas, estaba la Campaña por una Independencia Radical, con varios miles de miembros, que incluía grupos de izquierda, los Verdes y la izquierda del SNP, y que desempeñó un papel clave en la organización del registro de votantes en las comunidades obreras:

Como reconocíamos que las comunidades más pobres y más densamente pobladas debían aportar la mayoría de votos y eran las más dispuestas a un cambio social y político decisivo, fueron esas áreas las que más trabajamos [...]. Comprendimos muy pronto que los votantes capaces de sacudir la tendencia que marcaban las encuestas serían de los que no hablan a los encuestadores y odian a los políticos; los votantes que han dicho a nuestros activistas: «Vosotros sois los únicos que me habéis preguntado por mis ideas políticas»¹⁰.

⁸ Daniel Bensaïd, «¡Saltos! ¡Saltos! ¡Saltos!», en Sebastian Budgen, Stathis Kouvelakis y Slavoj Žizek (eds.), *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad*, Madrid, 2010, p. 149.

⁹ En una conferencia celebrada en 2012, la dirección del SNP renunció a la posición política tradicional del partido de abandonar la OTAN, diciendo a los miembros asistentes que era «necesario» para ganar el referéndum. Salmond y Sturgeon insistieron, pese a la obvia contradicción, en que, a pesar de ello, mantendrían la intención de expulsar de su base de aguas profundas en el Clyde a los submarinos Trident británicos, cargados con armas nucleares.

¹⁰ Suki Sangha y David Jamieson, «The Radical Independence Campaign», RS21 2, otoño de 2014, p. 29.

Un reportaje de *The Sunday Herald* describía «dos campañas»: una tradicional, dirigida por gente trajeada que argumentaba en los debates convencionales de los medios de comunicación, y la otra, una «guerra de trincheras», «uno por uno, de puerta en puerta, sorteando intencionalmente a los medios»¹¹. Esa «otra» campaña fue la que consiguió introducirse en comunidades obreras antes marginadas y la que de repente floreció, durante el verano, dando lugar a un extraordinario proceso de autoorganización. Surgieron más de trescientos grupos locales, junto con docenas de iniciativas espontáneas: cafés por el sí, centros de encuentros casuales, un Colectivo Nacional de músicos, artistas y escritores, Mujeres por la Independencia, Generación Sí, etcétera. Tenían como complemento páginas web activistas como Bella Caledonia, laxamente conectada con el *think tank* antineoliberal CommonWeal¹². Como decía el reportaje de *The Sunday Herald*: «Los activistas del sí supieron que la campaña de base estaba funcionando cuando les llegaron noticias de que estaba habiendo grandes debates comunitarios que ellos no habían organizado, dirigidos por grupos locales que ellos no sabían siquiera que existieran». Hasta los creadores de opinión unionistas de la prensa de Londres se sintieron obligados a informar de las asambleas públicas, los debates en los pubs y cervecerías y en las esquinas de las plazas, en una animación sin precedentes de la vida ciudadana¹³. La plaza George de Glasgow se convirtió en centro de reuniones masivas cotidianas de los partidarios del sí, que se reunían para discutir, cantar o simplemente para hacer visible el tamaño y diversidad del movimiento. Era como si la gente que hacía campaña plantando mesas o repartiendo panfletos –actividades que solían ser realizadas por pequeños grupos– tuviera que regresar de cuando en cuando a la plaza para refrescarse en un espacio público cuyo control colectivo habían tomado. Durante el verano de 2014 Glasgow llegó a parecerse a las ciudades griegas y españolas durante el movimiento de ocupación de las plazas, en mayor medida que las manifestaciones escocesas relativamente más pequeñas de Occupy. George Kerevan señalaba:

¹¹ Paul Hutcheon, «The Growth of the Yes Movement», *The Sunday Herald*, 21 de septiembre de 2014.

¹² El proyecto CommonWeal fue creado por Robin McAlpine, fundador de la *Scottish Left Review* (sin relación con la *NLR*), con el objetivo de desarrollar políticas socialdemócratas en sentido amplio que esperaba que pudieran ser adoptadas por los laboristas o por el *SNP*. Bajo la dirección de McAlpine, la *SLR* adoptó una actitud parecidamente ambigua con respecto a la independencia. El nuevo director de la *SLR*, Gregor Gall, miembro del *SSP*, es partidario de la independencia, como declara su editorial en la *SLR* 83, de octubre 2014.

¹³ Véase, por ejemplo, Jonathan Freedland, «If Britain loses Scotland it will feel like an amputation», *The Guardian*, 5 de septiembre de 2014.

«Al final, la campaña del sí se ha convertido en el comienzo de un movimiento populista genuino contra la austeridad»¹⁴.

Proyecto Miedo

La campaña del NO, Mejor Juntos, cuyo eslogan «No, Gracias» fue puesto a prueba con la técnica de valoración de opiniones denominada «grupo focal», quedó esencialmente a cargo del Partido Laborista bajo la dirección del exministro de Finanzas Alistair Darling, responsable con Brown de la desregulación de los bancos británicos, y de Blair McDougall, organizador de la apuesta fallida de David Miliband al liderazgo laborista, aunque su plataforma incluía a *tories* y liberaldemócratas locales para desconcierto de muchos funcionarios laboristas, que aseguraban en público que toda la campaña del referéndum era una pérdida de tiempo¹⁵. La preocupación principal de la clase gobernante británica fue resumida así por *The Economist*: «El resto de Gran Bretaña quedaría disminuido en todos los foros internacionales: ¿por qué debería alguien prestar atención a un país cuyo propio pueblo lo abandona? Dado que Gran Bretaña se sitúa en general en favor del libre comercio y el mantenimiento del orden internacional, eso sería malo también para el mundo». Esa valoración fue expuesta con mayor resonancia en Washington por George Robertson, ministro de Defensa de Blair durante la guerra de Yugoslavia y luego secretario general de la OTAN: la independencia escocesa dejaría «un país muy disminuido

¹⁴ George Kerevan, «Vote's Biggest Loser is Scottish Labour», *The Scotsman*, 20 de septiembre de 2014.

¹⁵ Véase Red Paper Collective, «The Question Isn't Yes or No», *Scottish Left Review* 73, noviembre -diciembre de 2012. El RPC es un grupo de debate unionista formado por dirigentes sindicales y académicos del Partido Comunista y del Partido Laborista; John Foster, el secretario internacional del PC, es su principal dirigente. La campaña por el NO tenía también el apoyo de George Galloway, diputado laborista por Glasgow entre 1987 y 2005, aunque fue expulsado del partido en 2003 por su oposición a la guerra de Iraq. En 2005 y 2012 volvió a ser elegido para el Parlamento como dirigente de la coalición Respect. Durante 2014 realizó una larga gira dando charlas para salvar la Unión; aunque se distanciaba de la campaña oficial Mejor Juntos, sus argumentos se parecían a los de Darling en cuanto al presagio de un espantoso declive económico: «¿Piensa usted honradamente que alguna compañía británica va a quedarse en una Escocia más socialista cuando el Gobierno *tory* ha creado el ambiente capitalista perfecto de reducción de impuestos, escasa regulación y bajos salarios?». La lógica de este argumento es que a la izquierda solo le queda rendirse y morir, o (lo que es casi lo mismo) congraciarse con la jerarquía del Nuevo Laborismo, como le gustaría hacer evidentemente a Galloway.

cuya posición global quedaría abierta al cuestionamiento»; sería «cataclísmico en términos geopolíticos»¹⁶.

Ese sentido de propiedad universal de la elite británica no era, por supuesto, lo que aparecía en primer plano en Mejor Juntos, cuyos gestores denominaron a su estrategia Proyecto Miedo¹⁷. Aunque la campaña del NO despegó con muy poca chispa –Darling es un pobre orador y Brown, malhumorado, se negó a participar–, eso no importaba mucho, ya que su marco real era el proporcionado por los medios, sobre todo por la BBC. Un análisis de la cobertura mediática a mitad de la campaña mostró que las *News at Six* de la STV y el programa de la BBC *Reporting Scotland* solían presentar los alarmantes comunicados de prensa de la campaña del NO como si fueran informes de noticias, con titulares como estos: «Los ahorradores e instituciones financieras escocesas podrían estar en peligro si Escocia vota por la independencia», «La controversia sobre la independencia podría provocar una subida de la factura de la electricidad». En cuanto al orden de presentación, *Reporting Scotland* solía encabezar su espacio con «malas noticias» sobre la independencia, y a continuación pedía respuestas a un partidario del sí. Los presentadores hacían preguntas difíciles a los partidarios del sí, y banales a los del NO. Los partidarios del sí eran habitualmente mencionados como «los separatistas» o «los nacionalistas» incluso cuando, como Patrick Hardy, del Partido Verde Escocés, rechazara explícitamente la etiqueta. La «opinión experta» del Gobierno británico –la Oficina de Responsabilidad Presupuestaria, el Instituto de Estudios Fiscales, los comités de Westminster– era presentada como políticamente neutra, mientras que su equivalente de Holyrood era siempre señalada como partidaria del SNP. Más aún, la campaña del sí era repetidamente asociada con los deseos personales de Alex Salmond –«Salmond quiere»–, pero nunca se realizaba tal equiparación en el caso de las figuras del NO. El tiempo de emisión para la campaña del NO se multiplicaba ofreciendo las respuestas de los tres partidos unionistas a cualquier declaración de Salmond.

Las noticias en televisión solían concluir con declaraciones particularmente atroces y no demostradas: que los médicos de cabecera y los pacientes estaban planeando trasladarse a Inglaterra (*Reporting Scotland*);

¹⁶ «UK RIP?», *The Economist*, 13 de septiembre de 2014; Fred Dews, «Lord George Robertson: “Forces of Darkness Would Love Scottish Split from United Kingdom”», *Brookings Now*, 7 de abril de 2014.

¹⁷ Tom Gordon, «One Year on: Will Better Together Change Their Tactics?», *The Sunday Herald*, 23 de junio de 2013.

que la política antinuclear del SNP ocasionaría un «desastre económico» (STV); que las compañías de seguros temían «miles de millones de pérdidas» y «potenciales cierres» (*Reporting Scotland*)¹⁸. El resultado fue una radicalización de los partidarios del sí con respecto a los medios, ya que la experiencia de sus propios ojos y oídos discrepaba tan básicamente de lo que veían en televisión. Un ejemplo entre cientos sería la forma en que la BBC ignoró el 13 de septiembre una manifestación de 10.000 partidarios del sí en Buchanan Street, en Glasgow, mientras grababa, sin embargo, a los partidarios del no Jim Murphy y John Ray, con unos 30 seguidores, al fondo de la misma calle.

Los medios impresos eran menos homogéneos. Además de las ediciones escocesas de la prensa de Londres –*The Guardian*, *The Independent*, *The Telegraph*, *The Mail*, *Express* y la hueste de Murdoch– la prensa escocesa «nativa» consiste en *The Scotsman*, *The Herald*, *Daily Record* y sus ediciones dominicales. Solo el *The Sunday Herald* pidió el voto por el sí, y eso cuando la campaña ya estaba muy avanzada, aunque el propio *The Herald* y, en menor medida, el *Daily Record* eran relativamente equilibrados; este último, por ejemplo, dedicó ediciones especiales tanto a Darling como a Salmond. Aun así, los temas de la campaña del no recibían un tratamiento mucho más destacado. Cabe mencionar entre ellos la moneda, la pérdida de empleos en las empresas que huían al sur, el déficit presupuestario que provocaría recortes en el Servicio Nacional de Salud (tema favorito del *Daily Record*), la preocupación por las pensiones (en particular en el *Express*, cuyos lectores tienen una media de edad superior a los 65 años), los aumentos de impuestos (*The Scottish Daily Mail*) y aumentos de precios en los supermercados. Un subtema destacado era la seguridad: ¿seguiría queriéndonos la OTAN en su seno? ¿Nos invadiría Rusia? ¿Haría saltar el ISIS las plataformas petrolíferas? Finalmente, estaba el tema del «orgulloso escocés»: se puede ser patriota y aun así votar NO.

Mientras la prensa escocesa mantenía incansablemente el redoble de tambor del Proyecto Miedo, los unionistas liberales de izquierda de Londres presentaban a los activistas de la campaña del sí como seminazis que traerían «oscuridad» al país. Para Will Hutton, la independencia escocesa significaba «la muerte de la Ilustración liberal ante las fuerzas

¹⁸ John Robertson, «Fairness in the First Year? BBC and ITV Coverage of the Scottish Independence Campaign from September 2012 to September 2013», Creative Futures, the University of the West of Scotland.

atávicas del nacionalismo y la etnicidad, un oscuro presagio para el siglo XXI. Gran Bretaña dejaría de existir como idea y todos nos veríamos disminuidos». Para el director del *New Statesman*, «los pronósticos para el siglo XXI son verdaderamente oscuros». Según Martin Kettle, no debía ignorarse el «lado oscuro» de la campaña del sí, «perturbadora» y «divisora». Para Philip Stephens, Salmond había «despertado la lealtad de la tribu»¹⁹. Los lectores de *The Guardian* eran invitados a sumarse al unionismo laborista de diversos modos, desde el animoso de Polly Toynbee —«No es momento para renunciar a un futuro socialdemócrata para Gran Bretaña»— hasta el fatalista de Seumas Milne: «La izquierda y el movimiento laborista en Escocia, diezmados por décadas de desindustrialización y derrotas, son ahora demasiado débiles para configurar un nuevo Estado escocés». Este era el argumento que había parodiado hace décadas Nairn: «La unidad esencial del Reino Unido debe mantenerse hasta que la clase obrera de toda Gran Bretaña esté lista»²⁰.

Darling y McDougall habían señalado desde el principio la posición del SNP sobre la libra esterlina como un punto débil. El canciller del Exchequer [ministro de Finanzas y Economía] George Osborne acudió a Edimburgo en febrero de 2014 —una rara visita de un ministro *tory* del Gobierno, ya que habían acordado que su presencia no sería precisamente de ayuda— para anunciar que los tres partidos unionistas habían acordado negarse a permitir que Escocia mantuviera una unión monetaria con la libra esterlina²¹. La preferencia explícita del SNP por la Devo Max era un importante hándicap en ese aspecto: un proyecto realmente decidido de un nuevo Estado habría desarrollado y costado planes para una moneda autónoma. La campaña del NO aprovechó la falta de voluntad de Salmond en el primer debate televisado con Darling, el 5 de

¹⁹ Will Hutton, «We have 10 days to find a settlement to save the union», *The Observer*, 7 de septiembre de 2014; Jason Cowley, «A shattered union», *New Statesman*, 13 de septiembre de 2014; Martin Kettle, «Don't let Alex Salmond blind you to the Yes campaign's dark side», *The Guardian*, 17 de septiembre de 2014; Philip Stephens, «The world is saying No to Scottish separation», *Financial Times*, 12 de septiembre de 2014. Para una refutación definitiva del mito de la «campaña étnica», véase J. Foley y P. Ramand, *Yes: the Radical Case for Scottish Independence*, cit., pp. 38-40.

²⁰ Polly Toynbee, «Scottish referendum: shared values matter more than where the border lies», *The Guardian*, 19 de agosto de 2014; Seumas Milne, «Salmond's Scotland won't be an escape from Tory Britain», *The Guardian*, 11 de septiembre de 2014; Tom Nairn, «Twilight of the British State», *NLR* 1/101-1022, febrero-abril de 1977, reimpresso en *Break-Up of Britain*, cit., pp. 89-90.

²¹ También el presidente de la Comisión Europea se apresuró a decir que una Escocia independiente tendría que solicitar de nuevo la adhesión a la Unión Europea, aunque no existía ninguna base legal para ello.

agosto, para advertir de lo que supondría su plan B si Londres se negaba a acordar una unión monetaria. Su único argumento fue que esto sería irracional y contraproducente para el resto del Reino Unido. Como señaló más tarde, y como Sturgeon podría haber dicho inmediatamente, había por lo menos otras tres opciones: utilizar la libra como moneda flotante, adoptar el euro o crear una moneda escocesa. El problema de la posición de Salmond era precisamente el peligro de que Londres aceptara una unión monetaria: una Escocia nominalmente independiente habría permanecido bajo la tutela del Banco de Inglaterra y el Tesoro, sometida a un Pacto Fiscal al estilo del Tratado de Estabilidad Fiscal patrocinado por el Banco Central Europeo, lo que equivaldría a una condena irremisible al régimen neoliberal.

El pánico

A finales de agosto se estaba dejando sentir en las encuestas la notable mejora de los resultados para la independencia. El 7 de septiembre una encuesta de YouGov para *The Sunday Times* daba por primera vez vencedor al sí con el 51 por 100. Dos días después una encuesta de TNS rebajaba únicamente el 1 por 100 la estimación. La reacción fue espléndidamente captada por el titular del *Financial Times*: «La elite gobernante se espanta al ver tambalearse la Unión»²². El liderazgo de Darling en la campaña por el NO en Escocia suscitó comentarios sarcásticos. El Proyecto Miedo se reforzó desde el cuartel general en Downing Street²³. La prensa dio a conocer que la reina se sentía muy preocupada. Las grandes empresas comenzaron a advertir a sus empleados escoceses que la independencia pondría en peligro sus puestos de trabajo: Shell y British Petroleum sugirieron que podría haber despidos en Aberdeen y Shetland; el Royal Bank of Scotland, Lloyds, Standard Life y Tesco Bank anunciaron que podrían trasladar sus oficinas de Edimburgo a Londres; Asda, John Lewis y Marks & Spencer advirtieron de un aumento de precios. Algunas empresas escribieron a miembros de su personal, insistiendo en la amenaza para su empleo, en una indicación nada sutil sobre cómo se esperaba que se comportaran en las urnas.

²² Sarah Neville y Clive Cookson, «Ruling elite aghast as union wobbles», *Financial Times*, 12 de septiembre de 2014.

²³ Kiran Stacey, George Parker, Mure Dickie y Beth Rigby, «Scottish Referendum: How Complacency Nearly Lost a United Kingdom», *Financial Times*, 19 de septiembre de 2014.

La BBC, siempre deseosa de mostrarse servicial, transmitió la tarde del 10 de septiembre la noticia de la decisión del Royal Bank of Scotland de trasladar su oficina central a Londres, basándose en un correo electrónico de los lacayos de George Osborne al Tesoro, aunque el propio RBS no realizó el anuncio hasta la mañana siguiente²⁴. Los burócratas de los sindicatos escoceses también arrimaron el hombro. La mayoría de los funcionarios a tiempo completo eran hostiles a la independencia, aunque pocos sindicatos podían alinearse abiertamente con la campaña del NO sin consultar a sus miembros, muchos de los cuales habían votado por el SNP en 2011²⁵. Sectorialmente, las cosas eran diferentes. En el caso de Unite (trabajadores del transporte y genéricos), los funcionarios del sindicato en los transportes aéreos y la construcción naval invitaron repetidamente a ministros *tories* y parlamentarios laboristas partidarios del NO a asambleas en las que se debía tratar cómo «defender la industria de defensa». En algunos lugares de trabajo los directivos y gestores organizaron «reuniones de información a los empleados», que de hecho no eran sino asambleas para propugnar el voto NO y mostrar que los representantes del sindicato respaldaban a los patronos.

Gordon Brown también entró en campaña con gran fanfarria, dando un discurso verboso y apenas coherente en el distrito de Maryhill de Glasgow con el que pretendía poner un dique al flujo de votantes laboristas por el sí. Después de haber respaldado cinco guerras, propugnado pensiones de miseria y presidido un continuo incremento de

²⁴ Judith Duffy, «An Explosive Breach of the Rules: Salmond Blasts Treasury as its BBC Email is Exposed», *The Sunday Herald*, 14 de septiembre de 2014. Poco después de esto, el redactor político de la BBC Nick Robinson preguntó a Salmond en una conferencia de prensa en Edimburgo sobre las posibles pérdidas de ingresos por impuestos si el Royal Bank of Scotland se trasladaba a Londres, en términos que nunca habría utilizado dirigiéndose a Cameron: «¿Por qué debería creerle un votante escocés a usted, un político, frente a hombres que son responsables de miles de millones de libras de beneficios?». Aquella noche, en las noticias de la BBC, Robinson aseguró que Salmond no le había respondido. La grabación de la conferencia de prensa, que pronto se hizo viral en internet, mostraba que Salmond había respondido durante seis minutos a esa y otras preguntas planteadas por Robinson en la subsiguiente conversación. Esta fue la razón de la protesta de los partidarios del sí a las puertas de la sede de la BBC, que en los medios unionistas fue presentada como un alarmante ataque contra la libertad de prensa.

²⁵ Entre los principales sindicatos, ASLEF (ferroviarios), CWU nacional (trabajadores de Correos y Telecomunicaciones), USDAW (dependientes de comercio) y los tristes restos del NUM (mineros), todos ellos notoriamente de derechas, se posicionaron por el NO. Solo el RMT escocés (trabajadores del transporte), la Asociación de Funcionarios de Prisiones y las ramas habitualmente rebeldes de Edimburgo, Stirling, Fife y Falkirk del CWU apoyaron el voto por el sí.

la desigualdad durante sus trece años en el gobierno, ahora divagaba sobre «la solidaridad y el reparto» como rasgos definitorios del Estado británico²⁶. Brown tiende a pensar que sólo él puede salvar al mundo, como reveló en octubre de 2008 cuando comprometió la totalidad del PIB británico, si era necesario, para rescatar a sus amigos de la City. Sin mandato –ahora no es más que un diputado ordinario– anunció una aceleración de la devolución de poderes como premio del voto NO. De hecho, con eso no hacía más que reafirmar las promesas realizadas por los tres dirigentes de los partidos unionistas después de que la encuesta del 7 de septiembre hubiera dado la mayoría al sí.

Dos días antes de la votación, Cameron, Clegg y Miliband aparecieron en la primera página del tabloide laborista escocés, el *Daily Record*, con sus firmas adornando una imitación de vitela de pergamino con el título «El Juramento», afirmando que el Parlamento escocés recibiría nuevos poderes si los escoceses aceptaban permanecer dentro de la Unión²⁷. Cameron se había mostrado tan decidido en la exclusión de la opción Devo Max de la papeleta de voto que ahora no podía sino ceder al SNP en todo lo demás. Los dirigentes del Reino Unido habían cambiado unilateralmente la naturaleza de la pregunta: de ser una opción entre el statu quo y la independencia, se había convertido de hecho en una elección entre la independencia y una forma no especificada de Devo Max. Las encuestas de salida sugerían que «El Juramento» había tenido un efecto relativamente limitado: según Ashcroft, solo el 9 por 100 de los votantes del NO cambiaron de opinión durante la última semana de la campaña, frente a un 21 por 100 de los votantes del sí. Los indecisos todavía se repartían en la proporción 2:1 en favor del sí en los últimos días de la campaña, aunque con eso no se podía superar la enorme ventaja inicial

²⁶ George Monbiot advirtió la adición de «otra palabra engañosa» al vocabulario laborista, junto con «reforma», que significa privatización, y «participación», que significa venta a las grandes empresas: «En otro tiempo la solidaridad significaba hacer causa común con los explotados», pero ahora significa «mantener la fe en los bancos, los imperios mediáticos, los recortes, una economía de peaje y el fundamentalismo de mercado»: véase «A Yes Vote in Scotland would unleash the most dangerous thing of all –hope», *The Guardian*, 9 de septiembre de 2014.

²⁷ Los partidos hacían ofertas diferentes, aunque solapadas: los laboristas, la capacidad de fijar y controlar el impuesto sobre la renta en 15 peniques por libra; los conservadores y liberaldemócratas, la de establecer y controlar todo el impuesto sobre la renta escocés; laboristas y conservadores ofrecían el control de las ayudas a la vivienda; los liberaldemócratas, el control del impuesto sobre sociedades y del impuesto sobre la herencia.

de los unionistas²⁸. En cuanto a la intervención de Brown, según las estimaciones más favorables, alrededor del 40 por 100 de los votantes laboristas la ignoraron.

La votación

En el momento en que los registros electorales se cerraron el 2 de septiembre de 2014, alrededor del 97 por 100 de la población escocesa se había registrado para votar: 4.285.323 personas, incluidas 109.000 de entre 16 y 18 años, a las que se concedió para esta ocasión el derecho de voto. Era el nivel más alto alcanzado en un registro de votantes en toda la historia escocesa o británica desde la introducción del sufragio universal. En el momento en que se cerraron las urnas a las diez de la noche del 18 de septiembre, habían votado 3.619.915 personas, esto es, el 85 por 100, frente al 65 por 100 de las elecciones generales británicas de 2010. Los votos se repartieron entre 2.001.926 para el NO y 1.617.989 para el SÍ, o sea, el 55 frente al 45 por 100 en contra de que Escocia se convirtiera en un país independiente. La demografía era muy elocuente. Por el NO se habían inclinado notablemente los votantes de mayor edad: una clara mayoría de los mayores de 55 años votaron NO, entre ellos, alrededor de tres cuartas partes de los mayores de 65 años, dando muchos como razón principal la cuestión de las pensiones o el temor por sus ahorros y la moneda. Las mujeres votaron ligeramente más por el NO que los hombres, aunque eso podría reflejar en parte el predominio femenino en los grupos de mayor edad. Entre los menores de 40 años había una clara mayoría por el SÍ, sobre todo, entre 25 y 34 años de edad, el 59 por 100 de los cuales votaron por la independencia²⁹. Según las encuestas anteriores al referéndum, una mayoría significativa de los escoceses de origen asiático votaron SÍ. En general, el voto NO tenía una alta correlación con mayores ingresos y estatus más alto; en los barrios más pobres y los barrios periféricos, el voto SÍ era del 65 por 100; era de ese grupo del que habían surgido la mayoría de los nuevos votantes. Un rasgo llamativo era el choque entre los resultados del referéndum y las lealtades regionales hacia los partidos. El voto SÍ de la clase obrera estaba concentrado en lo que antes eran los grandes reductos de voto laborista, sobre todo en Dundee (57 por 100) y Glasgow (54 por 100), con resultados

²⁸ Lord Ashcroft Polls, Post Referendum Scotland Poll, 18-19 de septiembre de 2014.

²⁹ Encuestas de Ashcroft y YouGov, reprod. en <http://blog.whatscotlandthinks.org>, de John Curtice.

parecidos en North Lanarkshire y West Dumbartonshire; en Inverclyde el sí obtuvo la mayoría por 88 votos. Por otro lado, Aberdeenshire, la «Texas de Escocia» y fortaleza del SNP, que incluye el distrito de la circunscripción de Holyrood de Salmond, votó contra la independencia.

En ciertos aspectos la referencia más cercana podrían ser las elecciones griegas de junio de 2012, en las que Nueva Democracia, el PASOK y DIMAR obtuvieron dos puntos por encima de Syriza apelando a las preocupaciones financieras de los pensionistas, amas de casa y votantes rurales, mientras que los jóvenes y las ciudades votaron por hacer frente a la depredación de la Troika³⁰. Una diferencia es el legado escocés de una clase obrera «formal» más amplia, ahora envejecida y que tiene que pagar su hipoteca, con temores comprensibles por sus puestos de trabajo y pensiones en condiciones de crisis y austeridad. En cuanto al voto de la clase obrera –que todavía sigue siendo la mayoría de la población escocesa–, estaba profundamente dividido. El testimonio personal de un partidario del sí en Edimburgo el mismo día del referéndum nos ofrece una vívida sensación al respecto.

Visité dos zonas para conseguir el voto afirmativo. La primera fue Dryden Gardens [en Leith], en la que viven principalmente trabajadores bien pagados y pensionistas en viviendas adosadas. Al llamar, la mitad de ellos habían cambiado ya su voto o no estaban dispuestos a compartir sus intenciones conmigo [...]. A continuación, torcí la esquina a Dryden Gate, un barrio donde predominan los pisos alquilados a trabajadores de cuello azul, con una alta proporción de familias inmigrantes. Cada votante del sí con el que hablé tenía la cosa muy decidida y había votado ya o esperaba a algún familiar para ir a votar juntos³¹.

La geografía social del voto lo muestra claramente. Las zonas del no corresponden en general a distritos rurales –Dumfries y Galloway (66 por 100, NO), Aberdeenshire (60 por 100, NO)– y Edimburgo, tradicionalmente conservador (61 por 100, NO). La única ciudad de cierto tamaño en Dumfries y Galloway es la propia Dumfries, con una población algo mayor de 30.000 habitantes. La economía está dominada por la agricultura, con la silvicultura siguiendo de algún modo por detrás del turismo. Dos relaciones son cruciales: con la Unión Europea, a través de la Política Agrícola Común, de forma que la amenaza de exclusión, incluso por un tiempo limitado, tenía consecuencias obvias

³⁰ Para un análisis, véase Yiannis Mavris, «Greece's Austerity Election», *NLR* 76, julio-agosto de 2012.

³¹ Comunicación personal, 9 de octubre de 2014.

para los granjeros y sus empleados; la otra, con Inglaterra: Carlisle está más cerca que ninguna ciudad escocesa y muchos lazos familiares y de negocios con Cumbria son más estrechos que con el resto de Escocia. También Aberdeenshire es una zona rural y conservadora, con ciudades relativamente pequeñas y en las que los *tories* eran la principal fuerza política antes del ascenso del SNP (son todavía el segundo partido del Consejo comarcal). La principal fuente de empleo es el sector público –el Consejo comarcal, la educación y la sanidad–, pero el segundo es la energía, y la mayoría de los empleos están relacionados con el petróleo del mar del Norte; la terminal de gas en St. Fergus, cerca de Peterhead, surte alrededor del 15 por 100 de las necesidades británicas de gas natural. Como cabía esperar, la amenaza de deslocalización de las compañías petrolíferas era allí una cuestión importante, como en el propio Aberdeen. El tercer sector por empleo, el de agricultura y pesca, tiene una relación compleja con la Unión Europea, pero, como en el caso de Dumfries y Galloway, la incertidumbre sobre el mantenimiento de la pertenencia a la UE influyó probablemente en los granjeros que reciben subsidios. Finalmente, Aberdeenshire tiene la mayor tasa de crecimiento de cualquier área comarcal y la tasa más alta de aumento de la población de Escocia, lo que podía entenderse como una mejora debida a los actuales dispositivos constitucionales.

Edimburgo, la capital histórica de Escocia, tiene una larga historia *tory* y no eligió un Consejo municipal con mayoría laborista hasta 1984 (actualmente está dirigido por una coalición entre el SNP y los laboristas). Dejando a un lado Londres, tiene los ingresos anuales más altos por residente de todo el Reino Unido, y el porcentaje más bajo de solicitantes de prestación para la búsqueda de empleo (expresión con que bautizó el Nuevo Laborismo el subsidio de desempleo). Tiene a la vez una clase media desproporcionadamente grande y una proporción significativa de trabajadores empleados en sectores supuestamente amenazados por la independencia, incluida la educación superior –la Universidad de Edimburgo es el tercer mayor empleador de la ciudad– y las finanzas: el Royal Bank of Scotland, Lloyds y Standard Life son respectivamente el cuarto, quinto y sexto. El único distrito parlamentario que se acercó a un voto mayoritario por la independencia (con un 47 por 100 de votos por el sí) fue Edimburgo Este, donde se encuentran algunos de los barrios más pobres de la ciudad, como los Dumbiedykes.

El voto más alto por el sí se produjo en Dundee (57 por 100). Se trata de la cuarta mayor ciudad de Escocia después de Glasgow, Edimburgo y Aberdeen, tiene el nivel más bajo de ingresos medios de las cuatro y uno de los más altos niveles de desempleo. Las industrias básicas de la construcción naval, la fabricación de alfombras y la exportación de yute se cerraron durante la década de 1980; en la ciudad se vivió en 1993 una de las luchas más importantes contra la desindustrialización en toda Gran Bretaña, en definitiva perdida, con la huelga durante seis meses para evitar el cierre de la planta de Timex. Los mayores patrones –como en la mayoría de las ciudades escocesas– son el Consejo municipal y el Servicio Nacional de Salud, aunque también tienen importancia la empresa editorial D. C. Thompson (ferozmente anti-sindical) y las Universidades de Dundee y Abertay (esta última se ha labrado un nicho en el sector de los videojuegos: Rockstar North, que desarrolló *Grand Theft Auto*, fue fundada originalmente en Dundee como DMA Design por David Jones, graduado en Abertay). Aunque la industria ha declinado, empresas como National Cash Register y Michelin siguen manteniendo muchos empleos. Dundee, que antes era un bastión del laborismo, viene enviando a Westminster un diputado del SNP desde 2005. Tras el referéndum hubo aquí una manifestación particularmente airada en el exterior del Caird Hall pidiendo que se repitiera el voto, pero que se convirtió, por un micrófono abierto, en una explosión de rabia por todas las razones que habían llevado a la mayoría de los dundonianos a votar sí.

El voto por el sí en Strathclyde, en el corazón del antiguo Red Clydeside –que abarca áreas de Glasgow, North Lanarkshire y West Dunbartonshire–, fue la mayor catástrofe para los laboristas. Como se ha señalado, las primeras señales de su pérdida de apoyo se observaron tras la invasión de Iraq en 2003, cuando el voto de protesta de la izquierda envió a Holyrood a siete verdes, seis representantes del Partido Socialista escocés y cuatro radicales independientes, incluidos Dennis Canavan y Margo MacDonald. El SNP comenzó a erosionar realmente el voto laborista en Glasgow en 2011, después de que el Consejo municipal hubiera decidido recortes y cierres a raíz de la gestión de la crisis financiera en favor de la City por Gordon Brown, y no es difícil entender por qué. Aunque los niveles de pobreza en Liverpool y Manchester son parecidos, el número de muertes prematuras en Glasgow es más del 30 por 100 más alto; la tasa de mortalidad es de las peores de Europa. La esperanza de vida en el momento del nacimiento para los varones está casi

siete años por debajo del promedio nacional; en el área de Shettleston la diferencia es de 14 años, y en Calton, de veinticuatro años, lo que da una esperanza de vida inferior a la media en Iraq o en Bangladés. Lo que en otro tiempo fue una de las áreas más industrializadas de Europa es ahora esencialmente una economía de servicios dominada como es habitual por el Consejo municipal y el Servicio Nacional de Salud, pero con empleos significativamente mal pagados en la venta minorista y los «servicios de negocios», esto es, los *call centers*. La ciudad está volviendo a crecer, pero de forma espectacularmente desigual, como demuestran la renovación del área de Clyde Walkway y la Merchant City en el centro de Glasgow.

Un amanecer brumoso para el laborismo

Aunque es demasiado pronto para calibrar el alcance de ese giro en el voto, sobresale una paradoja. El laborismo escocés se ha visto drásticamente socavado por su victoria, mientras que el SNP y el movimiento independentista radical han salido fortalecidos de su derrota. Esto es absolutamente evidente a escala de partido. A los diez días del referéndum, el número de afiliados al SNP había pasado de 25.642 a 68.200, mientras que los Verdes se habían más que triplicado, pasando de 1.720 a 6.235. Cuando la Campaña por una Independencia Radical anunció que el 22 de noviembre celebraría una conferencia en Glasgow sobre el tema «¿Adónde ahora?», 7.000 personas apoyaron la convocatoria en Facebook y hubo que sustituir el local por el Clyde Auditorium. Una concentración en la plaza George convocada por la operación Esperanza no Miedo de Tommy Sheridan en apoyo de la independencia congregó a unas 7.000 personas el 12 de octubre. Las encuestas posteriores al referéndum indicaban la posibilidad de un salto del SNP que podría darle un buen mordisco a los laboristas en las elecciones de 2015 al Parlamento de Westminster.

Entretanto, el laborismo escocés se ha sumergido en una lucha fratricida tras la dimisión de su líder, Johann Lamont, que acusó a Miliband y a su camarilla de comportarse como «dinosaurios» desconectados incapaces de ver cómo ha cambiado el panorama político escocés, y que tratan al partido al norte de la linde como una «sucursal». La larga lista de agravios de Lamont incluía haber sido apartada sin contemplaciones por Miliband, al mejor estilo Beria, durante el proceso de selección de

candidatos en Falkirk en 2013³², destituyendo igualmente desde Londres sin consultarla al secretario general de los laboristas escoceses, Ian Price, y prohibiéndole abrir la boca sobre el profundamente impopular «impuesto de los dormitorios vacíos» de la coalición hasta que Miliband hubiera tomado una decisión al respecto. Entre las muchas defecciones en el Partido Laborista escocés hay que señalar la de Allan Grogan, impulsor del grupo Laboristas por la Independencia, ridiculizado inmisericordemente por la dirección nacional, para quien el partido se hallaba «en un profundo declive, que temo que pueda ser definitivo»³³.

El SNP ha presentado un documento de cuarenta y dos páginas pidiendo que el Parlamento escocés tenga derecho a decidir en Escocia sobre todos los impuestos y a retener los ingresos, a decidir todo el gasto y la política de empleo y bienestar, incluido el salario mínimo, y a definir el marco constitucional interno de Escocia; en resumen, la Devo Max. Las propuestas de los partidos unionistas están condenadas a quedar muy por debajo. Existe un peligro obvio en el que pueden caer los partidarios del sí por el comprensible deseo de ver si los partidos unionistas mantienen sus promesas: el peligro es la propia Devo Max. Bajo regímenes neoliberales, cuanto más se vacía de contenido la política, mayores son las oportunidades para la pseudodemocracia: los ciudadanos-consumidores pueden participar en las elecciones para concejales, alcaldes, comisionados, etcétera, extendiendo la responsabilidad a cuerpos cuyas opciones políticas están severamente restringidas, tanto por su estatuto como por su dependencia financiera del Estado central. El resultado en los consejos municipales ha sido dar a ciudadanos atomizados el derecho de voto sobre qué servicios prefieren cerrar. Si esa es la base para una «mayor devolución» en Escocia, habría que rechazarla. La Devo Max será valiosa solo en la medida en que implique una mayor democratización de la sociedad escocesa, más que «poderes» estrictamente circunscritos para el sub-Estado escocés.

³² El proceso de selección de un nuevo candidato laborista para Falkirk comenzó después de que el parlamentario Eric Joyce, al parecer borracho, atacara violentamente (con cabezazos, etcétera) a unos colegas en el bar de la Cámara de los Comunes, iniciándose una riña intestina, con mentiras por ambos bandos, entre la facción Mandelson y funcionarios del sindicato local, que acabó con la decisión de Miliband de llamar a la policía para que pusiera orden entre sus camaradas de partido. Lo único que consiguió es que le dijeran que las pruebas para iniciar una investigación criminal eran claramente insignificantes.

³³ Allan Grogan, «Out with the Old: in with the New?», *Scottish Left Review* 83, oct. de 2014, p. 7.

Laboristas y conservadores están también en desacuerdo con respecto al compromiso temprano de Cameron –a las siete de la mañana después del referéndum– de «votos ingleses para leyes inglesas» si se devuelven más poderes a Holyrood. Dado que 41 de los 257 miembros laboristas del Parlamento provienen de distritos escoceses, esto perjudicaría su peso en la Cámara de los Comunes. La solución obvia a la cuestión de «West Lothian», esto es, la asimetría constitucional introducida por la devolución, por la que los parlamentarios ingleses no pueden votar sobre aspectos de la política escocesa, mientras que los parlamentarios escoceses siguen votando en Westminster sobre leyes que se aplicarán únicamente en Inglaterra y Gales, es una Constitución plenamente democrática y, por lo tanto, escrita. Pero eso es precisamente lo que ambos partidos quieren evitar a cualquier precio, por lo que los *tories*, desesperados por poner freno al United Kingdom Independence Party (UKIP), están planteando propuestas cada vez más barrocas de sesiones en serie de los comités para «leyes inglesas», mientras que los laboristas se niegan a discutir siquiera el asunto.

En lugar de asegurar un futuro estable para el Reino Unido, el referéndum de independencia escocés ha remachado que la cuestión seguirá sobre la mesa. En 2013 un portavoz de la coalición de Westminster dijo que se necesitaba una «derrota aplastante»: si el 40 por 100 o más de la población escocesa respaldaba los llamamientos a la independencia, «la presión podría aumentar»³⁴. En ausencia de esa derrota aplastante, la dirección laborista, contemplando el despertar a la vida política de barrios como Northfield en Aberdeen, Fintry en Dundee, Craigmillar en Edimburgo o Drumchapel en Glasgow, deben recordar las palabras que dirigió a Robert Southey aquel archiunionista que fue sir Walter Scott, poco antes de la huelga general en Escocia de 1820: «El país está minado por debajo de nuestros pies»³⁵. Y así es, efectivamente.

³⁴ Kate Devlin, «Darling says No campaign needs to win well to avoid “neverendum”», *The Herald*, 14 de mayo de 2013.

³⁵ Scott a Southey, 4 de junio de 1812, H. J. C. Grierson (ed.), *The Letters Of Sir Walter Scott*, vol. 3, 1811-1814, Londres, 1932, pp. 125-126.

Zambia y el cinturón del cobre centroafricano



EL ESPECTRO DE UNA CHINA GLOBAL

CHINA, UNA POTENCIA económica de proporciones continentales, se está atascando tras tres décadas de crecimiento sostenido: sobreproducción, beneficios a la baja, excedente de capital, demanda en retroceso en los mercados de exportación tradicionales y escasez de materias primas. Estos desequilibrios han llevado a las empresas y los ciudadanos chinos a la búsqueda de nuevas oportunidades en el extranjero, animados por la política de «invertir fuera» de Pekín. Su presencia en África ha llamado poderosamente la atención, a pesar del hecho de que la República Popular China solo es responsable de una diminuta fracción de la inversión extranjera directa en la región: el 4 por 100 en el periodo 2000-2010, comparado con el 84 por 100 de las potencias atlánticas¹. En la subsiguiente batalla retórica, los medios de comunicación occidentales han creado el espectro de una «China global» que se lanza a una nueva rebatiña por África, mientras que Pekín aduce simplemente que fomenta la cooperación Sur-Sur, libre de aspiraciones hegemónicas o condiciones al estilo del Banco Mundial. Sin embargo, estas posiciones aparentemente opuestas comparten la asunción implícita de que la inversión china es cualitativamente diferente de la inversión extranjera convencional. ¿Cuál es la peculiaridad, si es que tal peculiaridad existe, del capital chino en África? ¿Cuáles son las consecuencias de la presencia de China y qué perspectivas ofrece al desarrollo africano?

¹ Un informe de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) de 2013 sitúa a China como la sexta fuente de inversión en África en valores acumulados –por detrás de Francia, Estados Unidos, Reino Unido, Malasia y Sudáfrica– y cuarta en flujos de capital, tras Francia, Estados Unidos y Malasia, a finales de 2011. El análisis realizado por *African Economic Outlooks* de los datos de los bancos centrales de cuarenta países africanos confirma que la Unión Europea y Estados Unidos sumaron aproximadamente el 85 por 100 de la inversión extranjera directa en África en 2000-2005 y el 83 por 100 en 2006-2010. El autor desea reconocer la financiación de esta investigación por parte de la Fundación Nacional de Ciencias de Estados Unidos.

Al explorar el tema de «China en Zambia» este texto destacará dos cuestiones que a menudo quedan al margen del debate sobre la «China global». En primer lugar, los inversores que partían de China han tenido que remontar una pronunciada pendiente de aprendizaje para manejarse en un medio político inexistente en su país. Los nuevos actores chinos que han desembarcado en los países africanos se han topado con las diversas políticas nacionalistas en torno a los recursos naturales, la actividad de los sindicatos de confrontación y la condena moral de su cultura del trabajo y han tenido que lidiar con las luchas sostenidas por los intereses del Estado y la clase obrera africana, todo lo cual ha forzado soluciones de compromiso y ajustes por su parte. En otras palabras, los intereses y las intenciones de China en África deben separarse de su capacidad para sacarlas adelante. Además, estas contiendas han tenido lugar sobre un terreno ya muy labrado por las reformas neoliberales impuestas por las instituciones financieras occidentales y los países donantes, *antes* de la llegada de la inversión china al comienzo del milenio. El capital chino, como otros capitales extranjeros, se ha aprovechado de las leyes laborales liberalizadas y de las políticas de apoyo a la inversión, pero también se ha enfrentado a algunas de las violentas reacciones políticas que el neoliberalismo ha provocado.

Los razonamientos que se exponen en este trabajo provienen de un estudio etnográfico comparado de empresas chinas y no chinas en dos industrias, el cobre y la construcción. Además de las entrevistas realizadas en las ciudades mineras de Zambia y las oficinas del Gobierno y los sindicatos, he pasado un total de seis meses en los últimos cinco años en las minas de cobre propiedad de multinacionales registradas en China, India y Suiza. El trabajo de campo incluyó el seguimiento de los gerentes de las minas, tanto en las subterráneas como en las de cielo abierto, la observación de reuniones de producción, vivir con los expatriados en los alojamientos de las empresas y la asistencia a reuniones de negociación colectiva. Gracias a la ayuda del Gobierno de Zambia, tuve acceso a la dirección de las principales compañías extranjeras de minería y construcción, así como a los sindicatos, a los mineros y a los obreros de la construcción. Para investigar los métodos de construcción, visité veinte obras llevadas por contratistas chinos, sudafricanos e indios, entrevisté a más de doscientos gerentes y obreros, y realicé una encuesta a modo de cuestionario. También he trabajado, observado y entrevistado a tecnócratas del Gobierno y a políticos y les he interrogado sobre cómo manejaban las relaciones entre China y Zambia.

Los dos sectores se prestan a una comparación útil en cuanto a sus condiciones de funcionamiento: la minería del cobre es un sector estratégico intensivo en capital, que está localizado y sindicalizado, mientras que la construcción es un sector no estratégico intensivo en mano de obra, sin compromiso de permanencia y poco sindicalizado. Y aunque ningún país individual podría representar a toda África, cuya gran variedad de condiciones político-económicas y recursos naturales desafían las generalizaciones continentales, Zambia es un caso significativo por diversas razones. Aunque asumió uno de los programas de privatización más rápidos del África subsahariana, su sumisión a la ortodoxia neoliberal del FMI-Banco Mundial en la década de 1990 fue absolutamente típica: los Gobiernos africanos recién elegidos, de cualquier color ideológico, se vieron obligados a aceptar programas de ajuste estructural en ese periodo, convirtiéndose en «democracias sin posibilidad de elección, incapaces de cumplir sus promesas electorales»³. Zambia es también el mayor productor de cobre de África. Sobre la base de unas buenas relaciones diplomáticas que vienen de largo, se ha convertido en un destino puntero para la inversión china apoyada por el Estado y en la sede de la primera de las zonas económicas especiales dirigidas por China. Como en el resto de África, en Zambia los contratistas chinos han alcanzado una preponderancia sin rival en el sector de la construcción.

Zambia después de la «liberalización doble»

Zambia, que se extiende en el límite sur del Cinturón del Cobre centroafricano, tiene una población de 13 millones de habitantes, que se concentra alrededor de la capital, Lusaka, y las ciudades de la región cuprífera. A pesar de la riqueza en recursos del país, el PIB per cápita es de solo 1.540 dólares y la agricultura de subsistencia es la mayor fuente de empleos. Habitado desde tiempos inmemoriales, el país es la patria de una variedad de grupos diferentes de lengua bantú. La región fue sometida –no sin oponer resistencia– por la British South Africa Company de Rhodes en la década de 1880, para ser luego cedida a Londres, que la gobernó con el nombre de Rodesia del Norte. En la

³Véase Adebayo Olukoshi (ed.), *The Politics of Opposition in Contemporary Africa*, Estocolmo, 1998, p. 25; Thandika Mkandawire, «Disempowering New Democracies and the Persistence of Poverty», UNRISD Paper 21, Ginebra, 2006. Obras fundamentales sobre la neoliberalización en Zambia son: Lise Rakner, *Political and Economic Liberalization in Zambia 1991-2001*, Estocolmo, 2003; Miles Larmer, *Mineworkers in Zambia*, Londres y Nueva York, 2007; Alastair Frase y Miles Larmer (eds.), *Zambia, Mining and Neoliberalism*, Londres, 2010.

década de 1920, los ricos depósitos de cobre atrajeron a los financieros de la minería de Estados Unidos, Gran Bretaña y Sudáfrica; en 1945, sus exportaciones de cobre representaban el 13 por 100 del total mundial. En 1964, cuando Zambia alcanzó la independencia liderada por el Partido Unido de la Independencia Nacional de Kenneth Kaunda, estaba considerada como un país de renta media con buenas perspectivas de completar su industrialización. *The Colour of Class on the Copper Mines* (1972), de Michael Burawoy, proporciona un punto de referencia sobre la industria minera de Zambia en este periodo y ayuda a establecer la especificidad del contexto africano que a menudo desaparece en los análisis actuales de «China en África». Con cuarenta años de diferencia, llevamos a cabo nuestra investigación de campo en las mismas ciudades mineras, examinando ambas las interrelaciones entre la inversión extranjera, la clase obrera de Zambia y el Estado; mientras tanto, sin embargo, la economía mundial había experimentado un cambio radical. Siguiendo los pasos de Frantz Fanon, Burawoy investigó el reajuste de los intereses de clase en la transición tras el gobierno colonial: a pesar de la «zambianización», con la adquisición por parte del Estado de una participación del 51 por 100 en las minas, dos compañías occidentales mantuvieron el control oligopólico. Burawoy mostró que la independencia política en un contexto de dependencia económica produjo una clase dirigente negra, viciada de raíz, cuyos intereses, en lugar de desafiar los del capital extranjero, convergían con los de este.

A mediados de la década de 1970, la caída global de los precios del cobre sumergió al país en una deuda inmensa y en la dependencia de los rescates del FMI, a la vez que el Gobierno de Kaunda asumió la propiedad completa y la gerencia de las minas e instituyó un periodo de emergencia de gobierno de partido único. El programa de ajuste estructural del FMI de 1983-1987 impuso la congelación de salarios en medio de una inflación alta, con recortes radicales en los subsidios para alimentación y fertilizantes y en el gasto público. La creciente resistencia popular y sindical contra la austeridad culminó en la victoria electoral en 1991 del Movimiento por una Democracia Multipartidista (MMD), liderado por Frederick Chiluba, jefe del sindicato de obreros de la construcción. Una vez en el poder, Chiluba cambió radicalmente su posición para sacar adelante un programa atroz de privatizaciones apoyadas por el FMI –minería, tierras, transporte, energía– y redujo los derechos de los trabajadores. Si bien los ingresos tributarios procedentes del cobre habían representado el 59 por 100 de los ingresos del Gobierno en la década de 1960, a comienzos de la de 2000 representaban un increíblemente

anémico 5 por 100, debido a los acuerdos de desarrollo extraordinariamente ventajosos para los inversores, firmados con las compañías extranjeras, tras la privatización de las minas.

Sin embargo, en estas condiciones de «liberalización doble» (el cambio político hacia la democracia formalmente multipartidista que se lleva a cabo en conjunción con el cambio económico hacia la privatización y la inversión extranjera) las medidas del FMI-Banco Mundial se enfrentaron al aumento de una nueva política de oposición de «nacionalismo de los recursos» tanto en África como en América Latina, que exigía que el pueblo recibiera una participación mayor de la riqueza natural del país en manos extranjeras³. Cuando los programas neoliberales redujeron drásticamente la fuerza de negociación de los trabajadores organizados, las elecciones se convirtieron en el canal principal del descontento popular con la explotación laboral, la falta de desarrollo social y la liquidación a beneficio de los inversores extranjeros de los recursos nacionales por parte del Gobierno corrupto. Michael Sata, veterano político de Zambia (gobernador de Lusaka en la década de 1980, ministro en el gobierno del MMD de Chiluba en la década de 1990 y fundador de su propio partido, el Frente Patriótico, a principios de la década de 2000) se presentó con la plataforma Zambia para los Zambianos, que defendía una política nacionalista respecto a los recursos naturales a favor de los pobres, atacaba al Gobierno del MMD por estar vendido a los intereses extranjeros y acusaba a China de imponer la esclavitud desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. Las empresas públicas chinas fueron un objetivo especial, porque se consideraba que representaban a un Estado soberano extranjero, no solo a inversores privados.

Sata moderó su retórica tras su victoria electoral de 2011 y efectuó una serie de gestos para tranquilizar a los inversores extranjeros, especialmente a los chinos. Actuó con cautela una vez en el Gobierno, en comparación con algunos líderes latinoamericanos como Chávez, Morales o Correa, al incrementar los derechos sobre los minerales del 3 al 6 por 100 (calculado sobre la base de los ingresos por ventas, no sobre los beneficios) y subiendo el salario mínimo de 350.000 kwachas (70 dólares) a 500.000 kwachas (100 dólares). A pesar de todo, estas acciones han cumplido parcialmente las expectativas reprimidas de cambio social y mejora económica, a la vez

³ Los inversores consideran que una «política nacionalista en torno a los recursos naturales» es el factor de riesgo principal para la industria minera: véase, por ejemplo, «Business risks facing mining and metals, 2011-2012», Ernst & Young, agosto de 2011.

que lustraban la imagen de Sata como líder zambiano dispuesto a plantarse frente a los inversores extranjeros. En noviembre de 2013, cuando el gigante de la minería Konkola Copper Mines (KCM) anunció un plan para despedir a 1.500 trabajadores, Sata revocó el permiso de trabajo de su director ejecutivo y amenazó con cancelar la licencia de explotación de la empresa. El Gobierno del Frente Patriótico ha puesto en marcha también una auditoría forense de toda la industria para recaudar de estas compañías el pago total de sus obligaciones tributarias.

Estos importantes acontecimientos han redefinido las condiciones político-económicas que conforman la entrada de capital extranjero en Zambia en el siglo XXI. Además, fundamentalmente debido a los coercitivos programas de ajuste estructural impuestos por el FMI, el Banco Mundial y los donantes occidentales, la privatización de las minas en la década de 1990 internacionalizó el Cinturón del Cobre. Cuando llegué en 2008, no había dos, sino diez compañías mineras extranjeras importantes, procedentes no solo del Norte global, sino también del Sur global, incluyendo a India, Brasil y China, lo cual otorgaba al Gobierno zambiano una influencia mayor. La nueva configuración del capital global incide en el desarrollo de Zambia de una manera que no se reduce a la formulación clásica de las relaciones existentes entre la metrópolis y la periferia. Cincuenta años después de la independencia, con todas sus debilidades en cuanto a su capacidad de desarrollo, Zambia hoy en día no se ajusta a los estereotipos de Estado africano «depredador» o «fallido». La llegada del Frente Patriótico demuestra que, aunque las elecciones competitivas puedan no traer automáticamente un buen gobierno, pueden proporcionar una plataforma para la presión del pueblo sobre el Gobierno en ejercicio para que sea más firme con los inversores extranjeros; y que existe la posibilidad de que un Gobierno africano defienda los intereses popular-nacionales frente al capital extranjero.

Variedades de capital

La ola de inversión extranjera que llegó a Zambia desde finales de la década de 1990 recaló en un país caracterizado por la presencia de intereses del capital global competitivos, elecciones multipartidistas y descontento popular palpable que se expresaba por medio de una política nacionalista en torno a los recursos. Pero la categoría de «inversión extranjera» también requiere un análisis. En Zambia, las discusiones populares y gubernamentales habitualmente identifican y critican a las compañías mineras

extranjeras por su país de origen, dando como resultado que la raza y la nacionalidad se convierten a menudo en marcos demasiado socorridos para estereotipar las malas prácticas empresariales. Las tres compañías mineras examinadas en este estudio han sido designadas convencionalmente como china, india y suiza, según el origen nacional de su empresa matriz, su fundador o sus accionistas mayoritarios, pero las etiquetas nacionales pueden esconder más de lo que revelan cuando nos referimos a los intereses del capital. Por ejemplo, a KCM en Chingola se la considera generalmente una empresa india, porque su compañía matriz, Vedanta, fue establecida en India y posee allí minas importantes e instalaciones industriales; pero Vedanta es una multinacional que cotiza en bolsa, con títulos admitidos a cotización oficial en la Bolsa de Londres y cuyo fundador y presidente reside habitualmente en el Reino Unido. El objetivo de obtención del máximo beneficio posible de KCM no es diferente del de la «suiza» Mopani Koper Mines (MCM) en Kitwe, cuya compañía matriz es Glencore, una multinacional que cotiza en la Bolsa de Londres, con sede en Suiza y cuyas operaciones abarcan todo el globo.

El término genérico «inversión china» enmascara también una jerarquía de capitales de diversos estatus, recursos y conexiones con el Gobierno de Pekín. En lo más alto de esta jerarquía están las empresas públicas dependientes del Gobierno central y de los bancos estratégicos del Gobierno⁴. Por debajo de ellos están las empresas públicas dependientes de los Gobiernos provinciales, las compañías privadas de diversos tamaños y, en el rango más bajo, las empresas de emprendedores o las familiares. Esta investigación se centra en el escalón superior, el «capital estatal chino», que representa aproximadamente la mitad del total de la inversión china en África, efectuada por aproximadamente un centenar de grandes compañías públicas o con un accionariado controlado por el Estado, que se concentran en la minería y la construcción. Pero incluso la categorización basada en la «propiedad» –por ejemplo, propiedad privada frente a propiedad estatal– puede no ser una buena guía respecto a los objetivos corporativos. En el sector de la construcción en África, por ejemplo, las empresas públicas dependientes del Gobierno central y de

⁴ Las empresas públicas dependientes del Gobierno central –unos ciento diecisiete conglomerados– actúan bajo el control directo de la Comisión de Supervisión y Administración de Bienes Estatales del Consejo de Estado. Entre los bancos estratégicos del Gobierno se encuentran el Banco de China de Exportación-Importación (Banco EXIM de China), que desembolsa grandes cantidades de préstamos en condiciones ventajosas para la construcción de infraestructuras, y el Banco de China para el Desarrollo, que además de préstamos comerciales, lleva a cabo inversiones en valores por medio del Fondo de China para el Desarrollo de África.

los Gobiernos provinciales pueden estar tan absolutamente enfocadas a la obtención de beneficios como las compañías privadas chinas.

En lugar de la supuesta nacionalidad o propiedad, lo importante, desde el punto de vista político y sociológico, son los intereses del capital. La formulación de la pregunta «¿A qué intereses y a quién sirve una compañía?» me lleva a diferenciar dos grandes variedades de capital en Zambia: el capital estatal chino, tal como se ha definido anteriormente, que sirve a intereses nacionales identificados por Pekín; y el capital privado global, que sirve a los intereses de su accionariado de obtención del beneficio máximo. Estos dos tipos ideales –ojo, variedades de *capital*, no de *capitalismos*– conllevan de manera necesaria simplificaciones de los casos empíricos, y en absoluto son exhaustivos respecto a todas las posibles variedades de capital existentes. Por el contrario, estos tipos ideales se han construido a partir del conjunto de inversores que existen realmente en los sectores de la minería y la construcción en Zambia, y se utilizan aquí solo como recursos heurísticos para revelar sus respectivas dinámicas. En lo que sigue, por lo tanto, comparo el «capital estatal chino» con el «capital privado global» por medio del examen de empresas chinas y no chinas en tres dimensiones del capital: la lógica de la acumulación, el régimen laboral y el *ethos* de la dirección⁵. Me centro en la minería del cobre, con observaciones suplementarias del sector de la construcción. La sección final se ocupa de la precariedad de la vida diaria y la fragmentación social de la clase obrera zambiana frente a estas dos variedades de capital.

I. LA LÓGICA DE ACUMULACIÓN

Todas las minas importantes de Zambia son propiedad y están dirigidas por empresas subsidiarias de multinacionales. De ellas, solo la china NFCA es de propiedad estatal; su compañía matriz es la China Nonferrous-metal Mining Company (a partir de ahora CNMC/ www.cnmc.com.cn) la principal empresa de la República Popular China en el sector minero de metales no ferrosos y activa en veinte países⁶. Como se

⁵ Estos temas reconocen una influencia decisiva de Karl Marx, Max Weber y Karl Polanyi.

⁶ En 2011, una empresa pública provincial propiedad del Gobierno de Gansu, la Compañía del Grupo Jinchuan, se convirtió en el accionista mayoritario (85 por 100) de las minas de Chibuluma en el Cinturón del Cobre, tras comprar la sudafricana Metorex. Tras la absorción, la dirección de Metorex continúa dirigiendo las minas.

ha indicado anteriormente, las sociedades matrices de las otras empresas mineras analizadas en este estudio –KCM, propiedad de Vedanta, y MCM, subsidiaria de Glencore– cotizan en la Bolsa de Londres. Las tres sociedades mineras comenzaron la producción en Zambia a principios de la década de 2000, cuando se ultimaron las privatizaciones. MCM se llevó Mufulira, que produce un cobre especialmente puro, y la inmensa mina de Nkama en 2000. Vedanta adquirió KCM en 2004 –ofrecida inicialmente a Anglo-American, la propietaria original– motivada por el potencial de beneficio del Proyecto de Minería Profunda de Konkola, la joya de la corona de la industria del cobre de Zambia. Sus imperativos estaban claros: maximizar el valor de los accionistas.

Es importante recalcar que la inversión estatal china debe también producir beneficios. Un alto ejecutivo de NFCA advertía: «No necesitamos maximizar los beneficios, pero sí necesitamos conseguir *algún* beneficio. El Estado no nos apoyará si tenemos pérdidas año tras año. El Gobierno chino concedió a CNMC el capital inicial, pero la compañía tiene que sobrevivir y expandirse a base de reinvertir sus beneficios en la producción». Sin embargo, entre la optimización de beneficios y la maximización de los mismos queda espacio para conseguir otro tipo de resultados: influencia política y acceso a las materias primas. Denominaré a esta lógica estatal de acumulación «integradora», en comparación a la lógica de maximización de beneficios del capital privado. La acumulación integradora le da a CNMC un papel importante en la diplomacia económica de China, centrada actualmente en Asia y África, que pone el énfasis en las productos que escasean en la República Popular China: petróleo, cobre, aluminio y hierro. La Academia China de Ciencias Sociales, un *think tank* clave del Gobierno, ha identificado la garantía de recursos naturales como la máxima prioridad para la estrategia económica de China en África para los próximos diez años. NFCA se presenta con orgullo a sí misma en sus folletos promocionales como «las tropas de primera línea para el desarrollo de recursos de China en el extranjero». La importancia del cobre reside tanto en su valor de cambio (es decir, obtener beneficios) como en su valor de uso, como aportación material necesaria para la industria china. Actualmente, las compañías mineras estatales chinas venden cobre en el mercado internacional para obtener beneficios. Pero, tal como un alto directivo de NFCA previó, «En el futuro, si hubiera un embargo, las compañías chinas solo venderían a China, por supuesto».

Las circunstancias en las que los chinos adquirieron la mina de Chambishi, una de las menos rentables, ilustran esta lógica específica. Hace quince años, tal como recordaban algunos altos directivos chinos, un selecto grupo de empresas occidentales, bien relacionadas entre sí y propiedad de blancos –Anglo-American, Glencore, First Quantum Minerals–, dominaba la industria del cobre en el sur de África, explotando las mayores minas poseedoras de las menas de mayor ley. El equipo de privatización de Zambia era reacio a entregar una mina a una compañía estatal china con poca experiencia internacional. Solo se le permitió comprar Chambishi tras la retirada de un inversor preferente. Un alto cargo de CNMC recordaba:

Compramos la mina por 20 millones de dólares, que hoy en día es una minucia para el Gobierno chino, pero entonces requería la firma de los nueve miembros del Comité Permanente del Politburó. Conseguimos Chambishi, que no la querían ni los zambianos. Llevaba cerrada casi trece años. Cuando llegamos, los túneles subterráneos se habían derrumbado y toda la maquinaria había sido trasladada a otras minas, excepto los mecanismos de extracción de agua. Pero, aun así, la considerábamos interesante porque lo que se considera internacionalmente ley de mineral baja (2,1 por 100) es más alta que la que tenemos en China (1 por 100), así que pensamos que debería ser posible conseguir algún beneficio.

Tal como continuó comentando, estaba también el factor Taiwán: «Durante la época de Kaunda las relaciones China-Zambia fueron muy buenas. Con Chiluba fueron buenas al principio, pero después comenzó a relacionarse con Taiwán. El MMD incluso invitó a Taiwán a participar en la subasta. Nuestra participación en el proceso de privatización estuvo influenciada por el factor de competición con Taiwán». Otro asunto relacionado con todo ello era asegurar el apoyo diplomático africano en la ONU. Los decisivos votos africanos en la decisión de la ONU de 1971 de quitar su escaño a Taiwán a favor de la República Popular China continuaban convenciendo a los líderes de Pekín de la importancia de África para China en los asuntos internacionales.

Sortear la crisis

De las tres minas estudiadas, KCM y MCM son las más grandes con mucha diferencia, con una producción anual de 200.000 y 117.804 toneladas de cobre, comparadas con las 26.178 toneladas de NFCA. Sus plantillas, formal e informal, son unas seis veces mayores que las de la empresa china (véase Cuadro 1). Sin embargo, independientemente de

su escala, todas las minas, incluyendo las chinas, comparten un objetivo de obtención de beneficios, así que algunos aspectos de la vida laboral cotidiana son similares. Los indicadores de producción utilizados por las compañías matrices para evaluar a los equipos de alta dirección ponen un énfasis común en

CUADRO I. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE TRES MINAS DE PROPIEDAD EXTRANJERA EN EL CINTURÓN DEL COBRE DE ZAMBIA, 2012.

	MCM	KCM	NFCA
Plantilla			
<i>Directa</i>	8.776	8.689	1.209
<i>Subcontratada</i>	9.800	13.217	1.883
Producción de cobre (toneladas)	117.804	200.000	26.178
Ley de las menas	2%	3,5%	1,73%

el resultado económico y los objetivos de producción –en términos de tonelaje de mineral, ley del mineral, índice de recuperación y volumen de cátodos de cobre– se exhiben de manera prominente en tableros electrónicos de información en las minas. En las reuniones de dirección se discute con intensidad y pasión sobre la reducción de costes y los objetivos de producción.

Sin embargo, sus diferentes imperativos («acumulación integradora» para el capital estatal chino y «maximización de beneficios» para el capital privado global) les han llevado a estrategias empresariales llamativamente diferentes en los momentos de crisis. Cuando la crisis financiera global golpeó a Zambia en el otoño de 2008, los precios del cobre se desplomaron de un máximo histórico de 9.000 dólares por tonelada a 3.000 en el primer trimestre de 2009. En el Cinturón del Cobre se extendió el pánico cuando KCM, MCM y otras minas importantes anunciaron despidos masivos. En total, aproximadamente 19.000 trabajadores perdieron sus empleos: el 30 por 100 del total del personal de la minería⁷. La mina de Luanshya cerró al irse su propietario británico-israelí y MCM programó

⁷ Crispin Radoka Matenga, *The Impact of the Global Financial and Economic Crisis on Job Losses and Conditions of Work in the Mining Sector in Zambia*, Lusaka, OIT, 2010.

la suspensión de la producción en Mufulira. Se canceló la negociación colectiva y se congelaron los salarios.

En medio del desconcierto, la NFCA china anunció una política de «tres veces no»: no a los despidos, no a la reducción de la producción y no a los recortes salariales. Al regirse por un interés a largo plazo en la producción estable de mineral, en contraposición a una reacción inmediata ante la fluctuación de los precios del mineral en el mercado y los intereses financieros a corto plazo de los accionistas, la respuesta de NFCA reflejó sus objetivos políticos y comerciales en Zambia. Al invocar la retórica oficial del mantenimiento de la amistad incondicional chino-zambiana, NFCA convirtió la crisis en una oportunidad para fortalecer la imagen del Gobierno chino por su impacto estabilizador en la economía de Zambia. CNMC compró también la mina de Luanshya, tendiendo así una mano a una ciudad minera de 100.000 habitantes. El cálculo fue político y económico: a la vez que demostraban a las autoridades zambianas su disposición para ayudar a solucionar el problema del desempleo en las ciudades mineras, los gerentes chinos consideraron la crisis como una buena oportunidad para invertir. Un alto representante de CNMC en Zambia lo explicaba así:

Mi análisis comercial se basó en que los precios del cobre solo experimentarían un retroceso temporal, porque China estaba todavía reestructurándose y todavía necesitaría recursos. Además, quería reequipar Luanshya con nueva maquinaria que incrementara la productividad y disminuyera los costes. Su tecnología era vieja y estaba deteriorada. Pero su explotación a cielo abierto de Muliashi tiene potencial para producir beneficios.

Otra diferencia se hizo patente justo antes de la crisis, cuando el Gobierno de Zambia intentó imponer un impuesto sobre los beneficios extraordinarios a principios de 2008, momento en el que los precios del cobre estaban alcanzando sus niveles máximos, empujados por la especulación. Las minas principales, entre ellas KCM y MCM, se opusieron rotundamente a esta legislación, que especificaba una tasa impositiva del 75 por 100 cuando los precios del cobre se elevaran por encima de determinados niveles. Un ejecutivo de MCM recordaba haber tenido diversas reuniones de emergencia con el Gobierno de Lusaka en julio de 2008, en las que aportó estadísticas que demostraban que MCM había pasado de obtener beneficios a entrar en pérdidas un mes después de que la ley entrara en vigor. MCM amenazó con cerrar sus operaciones en Mufulira, ante lo que el Gobierno del MMD subió la apuesta inicial al afirmar que podía encontrar otros compradores si fuera necesario. Los

datos muestran que solo NFCA y otra compañía minera cumplieron la nueva norma tributaria antes de que el Gobierno la derogara al estallar la crisis financiera. De manera similar, cuando el Gobierno del Frente Patriótico duplicó los impuestos por los derechos sobre los minerales del 3 al 6 por 100 poco después de las elecciones de 2011, NFCA no expresó ninguna objeción, mientras que las otras compañías mineras criticaron su efecto supuestamente perjudicial sobre la producción.

Las Zonas Económicas Especiales chinas

Quizá la diferencia más reveladora hasta la fecha entre estas estrategias de acumulación haya sido la decisión de CNMC de establecer una Zona Económica Especial –llamada la Zona de Cooperación China Zambia (ZCCZ)– que ocupa casi un tercio de los 41 kilómetros cuadrados del área de la concesión minera de Chambishi. Una empresa subsidiaria de CNMC es la responsable de la construcción de las infraestructuras, la búsqueda de inversores y la creación de hasta 6.000 empleos locales. La Zona es fundamental para la estrategia de desarrollo de «valor añadido» del Gobierno de Zambia, que ha recibido poco apoyo por parte de los inversores privados globales. La alta dirección de KCM y de MCM consideró el asunto del valor añadido de la industria como «económicamente inviable» y como algo al margen de los intereses de su «actividad principal». Un informe del Banco Mundial-UKAID puso en duda, igualmente, la lógica de desarrollar la industria del cobre en Zambia teniendo en cuenta la distancia de un país sin salida al mar de los mercados principales, sus pobres infraestructuras y los altos costes de transporte⁸. En este contexto de cinismo internacional, un alto ejecutivo chino de la CNMC admitió que puede ser o no ser rentable construir una ZEE, pero su estrategia es mantener grandes proyectos a largo plazo para asegurar la «influencia» de su compañía:

El Gobierno de Zambia solo te tiene en cuenta cuando alcanzas una gran presencia. No te pueden ignorar [...]. Aquí tenemos a NFCA, CCS, Sinometal y otras compañías chinas, y estamos en Zambia con miras a largo plazo, no para obtener beneficios a corto. Por consiguiente, tenemos que tener en cuenta el desarrollo local e invertir en ganarnos la confianza de los agentes locales. Recientemente [mayo de 2013], KCM amenazó con despedir a 2.000 trabajadores, lo que enojó al Gobierno de Zambia. No queremos crear ese tipo de tensiones. KCM tiene que distribuir beneficios a sus accionistas, en

⁸ Banco Mundial y UKAID, *What is the Potential for More Copper Fabrication in Zambia?*, junio de 2010.

lugar de invertir en la sociedad local. [Para nosotros] la recompensa es el reconocimiento y la aceptación local.

Otro directivo añadió: «El máximo jefe de nuestra compañía es el Estado chino. A estas alturas, la diplomacia y la inversión, la política y la economía están totalmente interrelacionadas. Desde el punto de vista del Estado, nuestros exiguos beneficios empresariales no cuentan tanto como su interés en la diplomacia y las relaciones exteriores. Se interesa más en el hecho de que invirtamos localmente para facilitar las relaciones China-Zambia».

El proceso por el que se estableció la Zona Económica Especial de Chambishi es también revelador de las formas en que China ha tenido que adaptarse a la realidad de Zambia y a la presión de la elite gobernante, en lugar de imponer su estrategia de «invertir en el exterior» a los Estados africanos. Inicialmente, cuando compró la mina de Chambishi, la compañía china no tenía intención de crear una zona de valor añadido. Fue iniciativa del Gobierno zambiano, que había estado intentando copiar el modelo asiático de las zonas económicas especiales –tras varios intentos abortados, la estrategia seguía en los cajones– e identificado la industrialización como un objetivo de desarrollo clave desde la década de 1990⁹.

Cuando Pekín decidió explorar la posibilidad de construir ZEE en África y pidió a los Gobiernos que enviaran solicitudes, Zambia estaba preparada con planes y políticas detalladas. Además de la zona de Chambishi, ha pedido otra subzona en Lusaka, centrada en la logística, las industrias ligeras y los servicios. Un alto cargo del Ministerio de Comercio de Zambia explicó que la idea era convertir el país sin salida al mar en un centro de conexiones terrestres para toda la región. Parece que aquí el capital estatal chino puede prestarse a facilitar el desarrollo de Zambia, aceptando compromisos que el capital privado global no aceptaría. Pero las precondiciones esenciales para que esto ocurra son las estrategias de desarrollo africano y la voluntad política ya existente.

Construcción a base de crédito

Ante la ausencia de estas condiciones, tal como revela el sector de la construcción zambiano, el capital estatal chino puede mostrar otra cara. Desde

⁹ Stuart John Burton, «A Special Place For China? How Zambia Has Used Economic Zones to Attract Foreign Investment», tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2011.

2000, los proyectos de construcción en África han recibido de China aproximadamente 35.000 millones de dólares en préstamos en condiciones ventajosas, desembolsados por medio del Foro para la Cooperación entre China y África (FOCAC). De esta cantidad, Zambia ha recibido 1.200 millones de dólares, muy por encima de los préstamos recibidos del Banco Mundial y del Banco Africano de Desarrollo. Los préstamos en condiciones ventajosas chinos, a menudo vendidos por China como una forma de ayuda, en realidad cobran tipos de interés superiores a las del Banco Mundial (2 por 100 vs. 1,7 por 100), tienen una subvención menor (23 por 100 vs. 35 por 100), periodos más cortos de amortización (10-15 años vs. 20-50 años) y están condicionados al abastecimiento único y no competitivo por parte de China. La razón de que estos préstamos vuelen, de acuerdo con funcionarios del Ministerio de Economía zambiano, es que las prioridades de los prestamistas occidentales han pasado al fomento de la generación de capacidades –servicios sociales, educación, salud y paliación de la pobreza– en lugar de a las infraestructuras físicas, que todavía son muy necesarias en muchas economías en vías de desarrollo. Los políticos, interesados en asegurar votos para la próximas elecciones, están deseando firmar los préstamos chinos, que proporcionarán proyectos de infraestructuras a sus bases electorales en un tiempo récord. También prefieren que el criterio principal utilizado por los funcionarios chinos para evaluar un préstamo sea si el proyecto constituye una prioridad del Gobierno de Zambia, mientras que el Banco Mundial decide por su cuenta si el proyecto es o no beneficioso.

A pesar de la retórica china sobre la no condicionalidad, en la práctica estos préstamos llevan la condición implícita de que el lado chino decide lo que se construye, anunciando las decisiones en las reuniones del FOCAC. Al no haber una subasta pública, el precio lo determinan los contratistas chinos con buenos contactos en el Banco EXIM de China. Un alto cargo del Ministerio de Economía de Zambia dibujó un paralelismo esclarecedor entre los mecanismos de los préstamos chinos y los de los programas de ajuste estructural del FMI:

Los préstamos de China se orientan por el lado de la oferta. Hay una maquinaria de desarrollo china bien engrasada que entra y sale del Gobierno de Pekín y conecta a muchos actores chinos. Generalmente, un proveedor [contratista] chino que se encuentra en Zambia y quiere construir una carretera, por ejemplo, es quien echa a rodar un proyecto de infraestructuras que necesita un préstamo. Se dirigirá a la Agencia de Desarrollo de Carreteras y dirá: «He visto algunas carreteras que podría hacer, si me dan el contrato». Entonces irá al Banco EXIM de China y les contará que

esto costaría 200 millones de dólares, antes de hacer ningún estudio de viabilidad. Sobre el papel parece como si el Gobierno de Zambia hubiera iniciado los proyectos, pero hay que hacer ingeniería al revés para rastrear el proceso. Es como cualquier reforma de ajuste estructural del FMI: el FMI te dice que necesitas determinadas reformas de carácter macro y micro e identifica «distorsiones» específicas. Pero, sobre el papel, lo que ves es una carta del Gobierno de Zambia que dice que hemos identificado problemas y necesitamos ayuda. Desde fuera, parece como si Zambia pidiera al FMI que impusiera las condiciones, pero es al revés¹⁰.

Los funcionarios zambianos son muy conscientes de los riesgos de los préstamos chinos, con sus condicionamientos ocultos, y del objetivo político que los mueve. Se quejan de la falta de subastas públicas, que llevan a precios inflados¹¹. A largo plazo, los préstamos chinos representan la amenaza de recrear la deuda de Zambia, que solo recientemente ha sido aliviada por la «Iniciativa a favor de los países pobres altamente endeudados». Pero los políticos los siguen considerando muy tentadores, en parte para fortalecer su propia carrera política y también para mantener buenas relaciones con una superpotencia emergente. Un alto cargo del Ministerio de Economía de Zambia explicaba:

En la mayoría de los Estados africanos, la demanda de préstamos en condiciones ventajosas está incentivada por la voluntad de captación de renta china. A los jefes de Estado y a los ministros se les conceden favores, para que asuman los proyectos de China [...]. Es una competición a la baja. Cada uno de nosotros [países africanos] quiere mantener una relación económica con los chinos. Son una fuente importante de financiación, así que no queremos quedarnos fuera de su círculo [...]. De cara al futuro, cuando los necesitemos, China pueden ser una opción, así que no podemos destruir la actual relación con los chinos.

Por consiguiente, los préstamos ventajosos representan una herramienta múltiple para Pekín: un medio para cultivar la influencia política a través de la selección de los prestatarios, países y políticos; una salida para las inversiones de las reservas exteriores de China; y una manera de abrir nuevos mercados en el extranjero para sus compañías constructoras estatales (de acuerdo con todas las informaciones, solo las empresas

¹⁰ Este relato fue corroborado por entrevistas con otros tecnócratas que manejaban préstamos en condiciones ventajosas, un consejero de dos anteriores presidentes de Zambia y contratistas chinos en Zambia que han conseguido con éxito proyectos con préstamos ventajosos del Banco EXIM de China.

¹¹ En 2014, funcionarios zambianos pidieron al Gobierno chino que reformara el requisito de la fuente única, es decir, que institucionalizase la subasta entre los contratistas chinos. Aparentemente, la parte china ha dado una respuesta positiva a esta petición.

públicas dependientes del Gobierno central y sus empresas subsidiarias tienen los contactos políticos necesarios para conseguir estos contratos lucrativos)¹². Además de llevar a cabo proyectos para préstamos ventajosos, estas empresas públicas compiten con empresas públicas provinciales de Jiangsu, Henan, Gansu, Anhui y Shanghái, para conseguir proyectos del Banco Mundial y el Gobierno de Zambia. En un principio, muchas de estas empresas públicas provinciales fueron enviadas por el Gobierno chino a Zambia en la década de 1990 para construir proyectos con ayuda extranjera: complejos del Gobierno, estadios de fútbol, hospitales y carreteras. Una vez que establecieron un punto de apoyo en Zambia, se quedaron para sacar provecho del mercado de la construcción recientemente liberalizado. Todas ellas compiten agresivamente con contratistas chinos privados para conseguir proyectos de carreteras y construcción en general¹³. En contraste con la estrategia de «acumulación integradora» en los sectores de la minería y de las finanzas, la motivación de las compañías constructoras chinas, tanto privadas como estatales, es puramente comercial, igual que la de sus competidores de Sudáfrica, India o la propia Zambia. La mayoría de las compañías informaron de que el margen de beneficios en la construcción en China es del 7 por 100 de media, pero en Zambia puede llegar al 30 por 100, según el tipo de proyecto.

Sin embargo, el apoyo del Estado es también una espada de doble filo para las empresas públicas chinas, haciéndolas desproporcionadamente vulnerables a la política del país anfitrión y a la política nacionalista en torno a los recursos. Las intervenciones de Pekín en la escena política local (apoyo financiero para el partido en el Gobierno durante las campañas electorales, por ejemplo) pueden convertirse en un lastre para las compañías chinas. Los candidatos de la oposición que intentan atacar al Gobierno por vender los recursos de Zambia a intereses extranjeros pueden centrarse en las compañías chinas como representantes de un Estado soberano extranjero. Esta fue una cuestión importante durante la campaña de Michael Sata como líder del Frente Patriótico en la oposición, consiguiendo un gran

¹² En Zambia, entre los principales actores chinos está la Confederación de Industrias de la Aviación de China, la Corporación Internacional China de Geoingeniería, la Compañía del Extranjero de la Corporación del Séptimo Grupo de los Ferrocarriles de China y el Grupo de Compañías de la 15 Construcción Metalúrgica de China.

¹³ De un total de 68 contratistas con licencia para llevar a cabo proyectos de gran escala (contratistas de nivel 1 y nivel 2 registrados en el Consejo Nacional para la Construcción de Zambia en 2013), 36 de ellos provienen de China.

apoyo en el Cinturón del Cobre. Para reiterar la analogía entre el colonialismo occidental y la explotación china, Sata afirmaba:

El fracaso de Zambia a la hora de poner freno a las violaciones de las leyes industriales y laborales se puede atribuir a la influencia predominante del Gobierno chino sobre su homólogo zambiano, por medio de la entrega de generosos regalos al Gobierno del MMD y los poderes de facto [...]. La explotación colonial europea en comparación con la explotación china parece más benigna, porque a pesar de que la explotación comercial era igual de mala, los agentes coloniales invertían en infraestructuras y servicios sociales y económicos [...]. Igual que los africanos rechazaron la explotación, la opresión y la deshumanización europea, no hay duda de que la explotación y la dominación china también será rechazada¹⁴.

Como se ha mencionado anteriormente, una vez en el Gobierno, Sata rebajó su retórica antichina. Pero las idas y venidas de esta relación demuestran la singularidad y la facilidad con que el capital estatal chino puede ser politizado en comparación al capital privado global.

2. REGÍMENES DE PRODUCCIÓN

Las condiciones laborales de las compañías chinas en África han sido objeto de muchas críticas en los medios de comunicación internacionales. Sin embargo, la mayoría de estos informes carecen de toda perspectiva comparativa o histórica: acusan a la República Popular China de malas prácticas que prevalecen en toda la industria, apoyadas por fuerzas políticas globales que son anteriores a la llegada de China a África. El debate actual tiende también a ignorar el papel que han jugado los inversores en la determinación de la organización de la producción. Esta sección examinará tanto las similitudes (la ley laboral zambiana y las tecnologías estandarizadas conforman un contexto común) como las diferencias significativas en regímenes de producción entre las empresas públicas chinas y el capital privado global, presente en la minería y la construcción.

Condiciones generales

Con la privatización de las minas de cobre de finales de la década de 1990, las dos variedades de capital entraron en un escenario en el que

¹⁴ Michael Sata, «Chinese Investment in Africa: the Case of Zambia», ponencia presentada en el Comité de Estudios sobre Derechos Humanos de la Universidad de Harvard, 24 de octubre de 2007.

el poder organizado de la clase obrera zambiana había sido ya diezmado por la imposición de ajustes estructurales del FMI y las políticas de los sucesivos Gobiernos de Lusaka. La fuerza de trabajo organizada había sido significativa en la lucha por la liberación nacional, pero en la época posterior a la independencia, sucumbió al control corporativo del Partido Unido de la Independencia Nacional en el Gobierno. En nombre del interés nacional, Kaunda declaró ilegales las huelgas, pero a los mineros se les ofreció paternalismo por medio de un sistema de bienestar de la cuna a la tumba, con pañales subsidiados, entierros, alimentación y vivienda. Con el colapso de los precios del cobre a partir de mediados de la década de 1970 y la austeridad ordenada por el FMI en la década de 1980, los ya depauperados niveles de vida de los trabajadores fueron exprimidos todavía más. A finales de la década de 1980, los sindicatos se habían separado cada vez más del Gobierno de Kaunda y lideraron una resistencia amplia que llevó a Chiluba al poder en las elecciones de 1991. Como hemos visto, Chiluba dio un giro de 180 grados una vez en el Gobierno, con las famosas declaraciones en las que pedía a los trabajadores de Zambia «morir un poco» por la economía del país.

Siguiendo las instrucciones del FMI, el Gobierno de Chiluba sacó adelante la legislación laboral que sentó las bases del régimen de producción actual. El nuevo código laboral de Zambia declaró ilegales las huelgas de solidaridad, resquebrajó el movimiento sindicalista, limitó la negociación colectiva en todo el ámbito industrial y desreguló el mercado laboral al extender la duración de los contratos temporales. Todas estas medidas juntas sometieron a los trabajadores y a los activos a una lógica intensificada de obtención de beneficios capitalista antes de la llegada de los inversores extranjeros, al privatizarse las minas al final de la década de 1990. A pesar de la victoria de Sata con una plataforma de políticas a favor de los pobres, la última década no ha supuesto mejora alguna en las cada vez peores condiciones laborales de los trabajadores organizados.

Los cambios tecnológicos también han debilitado el poder de negociación de los trabajadores en toda la industria. La privatización y las nuevas inversiones supusieron la mecanización de las minas. En comparación con la amplia utilización de trabajadores manuales en el subsuelo observada por Burawoy a finales de la década de 1960, todas las minas que visité —NFCA, KCM, MCM— utilizaban los mismos tipos de vehículos y maquinaria pesada, de los mismos proveedores estadounidenses o suecos (Caterpillar, Sandvik, Atlas Copco). El director técnico chino de

NFCA visitaba las otras minas de vez en cuando para observar el equipo en funcionamiento. El proceso laboral es el mismo en todas las minas y generalmente conlleva perforaciones y voladuras para acceder al mineral, la extracción del mineral por medio de perforación de rebajes y voladuras, el traslado del mineral a un depósito, la trituración y el transporte a un concentrador para su procesamiento, donde se extrae el cobre de la mena. La tendencia en todo el mundo es utilizar subcontratas para este trabajo, las cuales, a su vez, proporcionan una formación mínima a los trabajadores contratados temporalmente¹⁵.

Otra similitud llamativa en todos los lugares de trabajo de propiedad extranjera es el «techo de cristal racial». Los expatriados dominan la alta dirección en todas las compañías extranjeras de minería y construcción, representando entre el 5 y el 10 por 100 del personal de la compañía. Existe un rumor muy extendido de que las compañías chinas importan sus propios trabajadores manuales en lugar de emplear a los africanos, pero no hay evidencia empírica que sustancie esta afirmación. Una encuesta hecha en cuatro países por investigadores de la Universidad Stellenbosch corrobora mis propias conclusiones en Zambia de que los contratistas chinos, como su homólogos sudafricanos, emplean a una minoría de supervisores especializados de su país, pero contratan a la mayoría del personal (aproximadamente, entre el 85 y el 95 por 100) localmente¹⁶. Incluso en los proyectos con préstamos ventajosos, donde a las compañías se les permiten cuotas más amplias de empleados chinos, los datos de las encuestas indican un máximo de 43 por 100.

Para ser exactos, el principio de la «barrera racial», prevalente durante el periodo colonial (en el que ningún hombre blanco podía ser subordinado de un africano) ya no se practica en Zambia. Pero los techos de cristal funcionan, en diversos grados, de forma que rara vez se encuentra a los zambianos entre los «jefes»: directores ejecutivos, directores de producción, directores financieros, etcétera. Por ley, el jefe de recursos humanos tiene que ser zambiano y es a menudo la posición más alta que alcanzan los zambianos en las empresas. La discriminación racial en el ámbito

¹⁵ En la construcción, el uso de trabajadores contratados y temporales es omnipresente. En este sector los contratistas chinos y sudafricanos importan equipamiento pesado de sus respectivos países, pero los tipos de maquinaria y los procesos laborales de mezclar cemento, poner ladrillos y asfalto son similares en todas las obras.

¹⁶ Véase «China's Interest and Activity in Africa's Construction and Infrastructure Sectors», Centro de Estudios Chinos, Universidad Stellenbosch, noviembre de 2006.

directivo se ha convertido en una cuestión silenciada hoy en día; al carecer de representación colectiva, estos empleados recurren a menudo a estrategias individuales para ascender en las empresas y muchos trabajadores zambianos de a pie, de la minería y la construcción, desconfían de ellos. Por otra parte, tanto los líderes sindicales zambianos como los trabajadores están de acuerdo que el racismo interpersonal, como los comentarios racistas de los expatriados y otras faltas de respeto, es reprimido con fuerza por las compañías y, por lo tanto, no es un problema destacado.

Prioridades divergentes

Al margen de estas similitudes en los aparatos de producción políticos, tecnológicos y raciales, las tres minas se diferencian significativamente en su forma de operar. El interés del capital estatal chino en la producción estable y a largo plazo del cobre queda evidenciado por la inversión de NFCA en exploración y en sondeos para localizar las reservas de mineral, así como en la forma en que toma las decisiones de producción cotidianas. Estas particularidades chinas destacan en comparación al modus operandi de MCM y KCM, que operan con lo que los expertos en minería de Zambia denominan «mentalidad mercantil» (el comercio del cobre para el beneficio a corto plazo aprovechándose de las fluctuaciones de precio) al contrario de la «mentalidad productora» que caracteriza a NFCA. Glencore, la compañía matriz de MCM, es la comercializadora de materias primas más importante del mundo; por su parte, KCM considera que su fuente de beneficios más importante es el procesamiento (la fundición y el refinamiento) más que la minería propiamente dicha. Esta diferencia fundamental en filosofía de la minería explica los diferentes enfoques de los inversores hacia las prácticas de exploración, perforación y trabajo.

La exploración (perforación en superficie para descubrir y medir nuevos recursos minerales) es cara, cuesta una media de 200 dólares por metro, y su rentabilidad comercial no está asegurada. Una encuesta de 2010 ha destacado que, mientras que NFCA ha invertido sistemáticamente en la perforación en nuevas zonas, con el resultado del descubrimiento de un yacimiento mineral grande y verificable dentro de su área de licencia, KCM y MCM solo han llevado a cabo «perforaciones cosméticas»; lo que, de acuerdo con un gran experto en minería, significa «perforaciones que no se hacen para generar mineral en cantidad suficiente para producir, sino solo para simular que estás haciendo una exploración». Un informe de 2014, encargado por el Gobierno de

Zambia, observó que, aunque KCM había gastado más de 2.800 millones en el proyecto de minería profunda de Konkola, no había habido «una mejora significativa en la producción en los últimos cinco años», mientras que la dirección había «desviado fondos de operaciones para financiar proyectos de capital, con el resultado de una falta de inversión en las actividades de exploración». Los gerentes de las minas de KCM y MCM también confirmaron que la perforación para el desarrollo –acceso al mineral, para prepararlo para su extracción– se interrumpió durante la crisis financiera de 2008, provocando una «situación de precariedad» en la que las minas tenían, como mucho, solo tres meses de reservas de mineral. En comparación, NFCA no detuvo el desarrollo durante la crisis, debido a su interés en mantener la producción estable. El jefe de producción se expresó categóricamente sobre el tema, destacando que incluso una interrupción breve conllevaría costes más altos y más tiempo que recuperar en el futuro.

En tercer lugar, aunque las tres compañías subcontratan el trabajo de minería para recortar costes, KCM y MCM se encuentran bajo presión financiera para mantener un grupo mucho más numeroso de subcontratistas que NFCA. KCM, en particular, es especialmente inflexible en obligar a que sus varias decenas de subcontratistas involucrados en la perforación subterránea compitan entre ellos para bajar los costes por unidad. Sus propios gerentes mineros se quejaron de la tiranía del departamento comercial sobre el de operaciones a la hora de tomar decisiones como la compra de maquinaria o la elección de subcontratistas. Las prácticas de gestión y los parámetros de seguridad se ponen en peligro para recortar costes. Por el contrario, para asegurar mayor estabilidad, NFCA utiliza subcontratas que se relacionan entre ellas en lugar de competir; ha tenido un solo subcontratista de minería, también chino, desde que comenzó la producción en Chambishi en 2003. Desde 2010, se dice que MCM ha pasado de una mentalidad mercantil a una mentalidad productora, como consecuencia de la reciente fusión entre su compañía matriz, Glencore, y Xstrata, una empresa importante de la minería global.

¿Explotación o exclusión?

Otra diferencia llamativa es que los conflictos laborales en NFCA han versado persistentemente sobre los bajos salarios, mientras que en KCM y MCM la mayor amenaza al personal son los despidos. Desde el

comienzo, el nivel salarial de NFCA para toda la plantilla ha sido aproximadamente el 30 por 100 inferior al de KCM, que es el más alto del Cinturón del Cobre, y el 15 por 100 inferior al de MCM, que es el segundo más alto. Este régimen de salarios bajos es un fundamento empírico para la extendida crítica de que la mina china es especialmente explotadora. (Otro ha sido la seguridad; en 2005, cincuenta y dos trabajadores zambianos murieron en un accidente en la fábrica de explosivos BGRIMM en Chambishi, propiedad parcial de NFCA). Sin embargo, los bajos salarios se compensan con la relativa seguridad de empleo, como observó un experto de la minería de Zambia: «NFCA nunca ha despedido gente, lo que es muy importante para este país». Los despidos masivos, como en 2008, son la primera reacción típica de las compañías privadas globales a la fluctuación del precio del cobre o la presión de los costes de producción. En 2013, KCM amenazó dos veces con despedir a un total de 3.500 trabajadores debido a la bajada del precio del cobre y a un supuesto plan de «mecanización».

Tanto el capital estatal chino como el capital privado global explotan a los trabajadores, pero ofrecen diferentes tratos: explotación estable (empleo seguro con salario bajo) contra exclusión flexible (empleo precario con salario más alto). La explicación en parte es histórica: en el momento de la privatización, los inversores nuevos heredaron regímenes laborales diversos en las diferentes minas; pero también se debe en parte a los intereses respectivos de estas dos variedades de capital. El interés de NFCA en el cobre en tanto que recurso físico más que financiero le permite planificar una expansión en la producción que requiere estabilidad laboral. De acuerdo con los funcionarios de Zambia, NFCA es la única compañía que siempre ha alcanzado sus objetivos de producción. Paradójicamente, la política de salarios bajos de NFCA también puede relacionarse con su lógica de acumulación integradora. La decisión de adquirir Chambishi no se tomó únicamente por motivos de rentabilidad, como hemos visto, y NFCA tuvo que adoptar un régimen de salarios bajos para conseguir beneficios con el mineral de baja ley de la mena. La compañía tuvo además pocas obligaciones heredadas, porque la mina llevaba trece años cerrada: solo cincuenta obreros de mantenimiento fueron asumidos con las condiciones de servicio anteriores a la privatización: es decir, estatus de empleo permanente y afiliación al sindicato. El resto de la fuerza de trabajo fue contratado por primera vez con contratos de duración determinada y salarios mucho más bajos. Los chinos no tenían experiencia doméstica de sindicatos autónomos o negociación

colectiva y la dirección intentó paralizar la afiliación a los sindicatos durante varios años. Con estas prácticas NFCA se ganó la reputación de ser el peor empresario del Cinturón del Cobre. A lo largo de los años, la presión persistente de los sindicatos sobre NFCA para que iguale la norma de la industria en términos de cobertura médica para las familias de los mineros, clasifique los niveles de empleo y ofrezca salarios básicos, jugó un gran papel en la consecución de una mejora gradual. La mayoría de los años, el índice de incremento del salario alcanzado por medio de la negociación colectiva es igual al de otras minas. Sin embargo, debido al bajo nivel de partida de Chambishi, sus salarios siguen siendo los más bajos del Cinturón del Cobre.

En KCM y MCM los inversores globales se hicieron con unas minas grandes y en funcionamiento y se vieron obligados a ofrecer a su fuerza de trabajo los mismos niveles de salario y condiciones de servicio que tenían bajo la propiedad estatal. Los trabajadores de KCM y MCM estaban mejor organizados y sus dirigentes sindicales fueron negociadores más contundentes en la mesa de negociación. Pero si los salarios son más altos, estas empresas tienen la capacidad de reducir sus operaciones y de despedir trabajadores. Las minas de propiedad privada están bajo una presión constante de «mostrar» a los accionistas que responden a la fluctuación del precio del cobre con recortes de costes. Tal como explicó un experto de la industria: «El método más seguro y rápido de rebajar los costes de producción es recortar personal». Los despidos, y su variante, la contratación de personal eventual por medio de la subcontratación se convierten, por lo tanto, en el crisol de los conflictos entre personal y dirección en KCM y, en menor grado, en MCM. El cambio de esta última hacia una mentalidad de producción no conlleva los factores de «acumulación integradora» que llevan a NFCA a adaptarse a las prioridades de Zambia.

Fortaleza y debilidad de los trabajadores

El capital estatal chino es exactamente igual de adverso que el capital privado global en lo que concierne a las demandas de los trabajadores, y solo cede bajo la máxima presión: huelgas salvajes apoyadas por toda la comunidad minera o, sobre todo, la intervención estatal. Tres sindicatos de mineros agrupan aproximadamente al 90 por 100 de los empleados directos de las tres minas. La ley garantiza que los representantes de los sindicatos tengan asiento en la mesa de negociaciones, pero las sesiones de negociación colectiva están dominadas por la dirección, que tiene el

monopolio de los datos financieros; los sindicatos no tienen la capacidad de investigación para poner en duda las estadísticas de la dirección sobre producción, beneficios, activos y pasivos, etcétera. Las negociaciones bloqueadas producen a menudo huelgas salvajes y paros sobre los que los sindicatos tienen escaso control. Los trabajadores informales y despedidos pueden convertirse en la fuente de radicalizaciones violentas durante tales huelgas, cuando los airados desempleados locales aprovechan el momento para paralizar las minas. Esa militancia ha sido a veces una moneda de cambio para los sindicatos, que pueden amenazar a la dirección recalcitrante con agitaciones comunitarias, incluso aunque los propios sindicatos tengan dificultades para controlar a las multitudes. Las tres minas han experimentado huelgas a las que se unieron e intensificaron los trabajadores temporales despedidos en las poblaciones, que no tienen nada que perder y todo que ganar de una demostración de fuerza importante contra las minas. Un minero que fue testigo de la huelga de 2012 en KCM explicaba:

Hasta al camarero y a los niños de la calle les gustaría ver un aumento de sueldo mayor para los mineros. Cuando los mineros tienen más dinero, gastan más en la comunidad local. Pero algunos de ellos son gamberros que querían robar y destrozar la propiedad de la compañía durante los disturbios. Lanzaron piedras a los trabajadores que suponían que iban a volver a trabajar. Aterrorizaron y atacaron a los dirigentes sindicales diciendo que habían aceptado sobornos de las minas.

La intervención del Gobierno puede inclinar la balanza de clase a favor de los trabajadores, pero es raro y solo sucede en la minería, no en la construcción. Tras la victoria de Sata en 2011, los trabajadores de ambos sectores organizaron protestas en las principales ciudades, exigiendo subidas salariales de hasta el 100 por 100 amparándose en el eslogan de la campaña de Sata, «Más dinero en tu bolsillo». El ministro de Trabajo del Frente Patriótico, Fackson Shamenda, prestó un fuerte apoyo a las demandas de los mineros, enviando funcionarios a las compañías del Cinturón del Cobre para solicitar una subida de 400 dólares lineales. Aunque la dirección protestó, la combinación de las protestas de los trabajadores y el Estado tuvieron como resultado concesiones significativas en la negociación colectiva de ese año. Después de que los trabajadores sacaran adelante una huelga excepcional de 20 días, NFCA aceptó una subida de salarios del 22 por 100, el mayor incremento registrado en la minería. El director ejecutivo de NFCA explicó: «Como era un Gobierno nuevo, pensamos que un incremento mayor sería un buen gesto por nuestra parte».

Sus vecinos, los trabajadores de MCM, también protestaron y el ministro de Trabajo forzó a la dirección a que aumentara su oferta del 12 al 17 por 100, frente a la demanda de los sindicatos del 30 por 100. En 2013, el Gobierno consiguió bloquear los planes de KCM para despedir, primero, 2.000 y, después, 1.529 trabajadores. En 2014, un videoclip protagonizado por Anil Agarwal, propietario mayoritario de Vedanta, se hizo viral en internet. Agarwal presumía de conseguir un beneficio fácil de 500 millones de dólares cada año desde su compra de KCM al Gobierno de Zambia por tan solo 25 millones de dólares, aunque la compañía ha declarado pérdidas cada año desde el principio. Ante esto, el Gobierno del Frente Patriótico reunió la voluntad política de emprender una auditoría forense en KCM y anunció que pronto se ampliaría a todas las minas.

La situación es absolutamente diferente en el sector de la construcción. Actualmente es difícil imaginar lo fuerte que era el sindicato de los trabajadores de la construcción de Zambia en la época en la que el Estado dirigía el proceso de desarrollo. (Es famosa la plataforma proporcionada por el sindicato para el lanzamiento de la carrera política del multimillonario ex presidente Frederick Chiluba). Ahora, la construcción de los proyectos de ingeniería civil a gran escala, carreteras y edificios, está dominada por contratistas extranjeros, sobre todo, de China y de Sudáfrica. La temporalidad es rampante: la mayoría son jornaleros o trabajadores eventuales con contratos de seis meses; a los trabajadores con contratos de un año se les llama «permanentes». En nuestra encuesta de veinte obras, solo dos habían tenido alguna señal de sindicalización, aunque los trabajadores de todas ellas informaron de paros, sabotajes o robos de herramientas cuando los salarios se pagaban tarde o, en algunos casos, no se pagaban. Aunque los trabajadores de la construcción protestaron junto a los mineros en 2011, recibieron muchísima menos ayuda del Gobierno de Sata. Al contrario que el cobre, la construcción no se considera un sector estratégico y el Gobierno de Zambia no ha formulado un plan estratégico para la industria, más allá del genérico «empoderamiento ciudadano». Por ley, todos los proyectos licitados por los contratistas extranjeros deben tener por lo menos el 20 por 100 subcontratado localmente, pero la norma no se hace cumplir y se salta con facilidad por medio de «contratistas interpuestos», ciudadanos de Zambia que firman como socios sobre el papel nada más.

Las condiciones de trabajo en las obras de construcción llevadas por chinos, privadas o estatales, no son significativamente distintas de las de sus homólogos sudafricanos y zambianos. Aunque los contratistas chinos han sido criticados por una explotación excesiva, nuestros datos comparados muestran que todos los contratistas llevan obras con condiciones de trabajo pésimas y pagan salarios de pobreza, en concordancia con el ridículo salario mínimo aprobado por el Gobierno. Los trabajadores de las veinte obras encuestadas informaron de accidentes, procedimientos de seguridad inadecuados, conflictos con la dirección y pago de salarios con retraso. Las compañías de construcción chinas de propiedad privada y algunas empresas zambianas eran responsables de las peores condiciones, mientras que las compañías chinas de propiedad estatal, tanto provincial como central, tenían estándares de trabajo similares a los de las sudafricanas. Muchos trabajadores de la construcción señalaron la falta de supervisión reguladora del Gobierno como el principal culpable de su apurada situación. Temerosos de perder sus trabajos y atenazados por la naturaleza temporal y móvil de los proyectos de construcción, no han sido capaces de arrancar muchas concesiones de ningún tipo de empresario.

3. EL *ETHOS* DE LA DIRECCIÓN

Todas las compañías extranjeras en Zambia se enfrentan a una crítica popular generalizada de su *ethos* empresarial. Sin embargo, es interesante que los puntos álgidos de la protesta cultural se interpretan de forma diferente para las dos variedades de capital. La cultura de trabajo china es tildada de excesivamente intensiva e inhumana; ha alimentado el rumor dañino de que los empleados chinos en África son «trabajadores convictos» enviados por Pekín¹⁷. Algunos incidentes industriales graves (tales como la explosión de 2005 en Chambishi y la protesta de los trabajadores en 2012 en la mina de carbón de Collum, propiedad de una compañía China privada en el sur del país, que terminó con el homicidio de un directivo chino) han labrado en la conciencia nacional la imagen de explotadores de los inversores chinos. Al mismo tiempo, los informes de fraude financiero y evasión fiscal han dañado la reputación de multinacionales como KCM y MCM. Hubo un escándalo público por

¹⁷ Yan Hairong y Barry Sautman, «Chasing Ghosts: rumours and representations of the export of Chinese convict labour to developing countries», *China Quarterly*, vol. 210, junio de 2012.

un informe filtrado en 2010 por una empresa auditora internacional, que mostraba que MCM se había dedicado a fijar masivamente precios de transferencia con su compañía matriz Glencore. La gran indignación pública por el vídeo de Vedanta de 2014, mencionada anteriormente, ha inducido a los políticos a hablar de nacionalizar KCM¹⁸.

Tragar amargura

Para comprender estas diferentes variedades de capital es claramente más importante el contraste del *ethos* de la dirección dentro de las compañías. El capital internacional depende de soldados de a pie expatriados para sacar adelante sus intereses y su forma de vida nos proporciona una ventana única para descubrir su particularidad. El aspecto más llamativo de la cultura de dirección en las minas estatales y la construcción china es lo que ellos llaman «tragar amargura». Esta combinación de compulsión moral individual e imperativos de control corporativo recuerda la memorable descripción de Max Weber de un «ascetismo laico»¹⁹. La diferencia es que el *ethos* chino es colectivo en lugar de individualista, vigilado a distancia por el Estado chino y el Partido Comunista de China. En comparación, el *ethos* de la dirección en las compañías privadas globales es mucho más individualista y emprendedor, con una separación más clara entre el ámbito corporativo y el personal.

¿Quiénes son estos directivos chinos? Muchos de los altos y medios directivos chinos que trabajan en Zambia actualmente proceden de contextos empobrecidos de las provincias interiores: por ejemplo, Shanxi, Jiangsu, Anhui, Henan y Yunnan. Se puede distinguir dos generaciones de expatriados. Los altos ejecutivos son en su mayoría hombres de cuarenta y cincuenta años, que han pasado la mayor parte de sus carreras profesionales ascendiendo en las filas de las compañías estatales mineras o de la construcción. La generación más joven se nutre de licenciados universitarios con títulos en ingeniería, minería o dirección de empresas, que hablan mejor inglés, pero no tienen experiencia previa de trabajar en empresas públicas. Las mujeres representan aproximadamente el 5 por 100 de los empleados chinos, la mayoría trabajan como intérpretes, encargadas de recursos humanos o contables. La gran mayoría tienen contratos de dos años, lo que refleja la precarización del propio mercado

¹⁸ El Gobierno de Sata nacionalizó la mina de carbón de Collum en 2013.

¹⁹ Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Los Ángeles, [1930], 1996, p. 63 [ed. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Alianza, 2004].

laboral chino. Para los zambianos son directivos expatriados, pero en la estructura social china se enfrentan a condiciones de empleo como las de los trabajadores migrantes que malviven en las ciudades chinas. No es sorprendente que algunos de ellos, medio en broma, se describan a sí mismos como «trabajadores migrantes de clase superior».

Como en Zambia la pobreza está presente en todas partes, es frecuente que en las conversaciones cotidianas se recuerden detalles de la pobreza abyecta en China, y cómo fue superada por medio de la excepcional capacidad de tragarse la amargura. Por ejemplo, de camino a la reunión anual de negociación colectiva, mientras nos dirigíamos por una carretera llena de baches y agujeros, el director de recursos humanos de NFCA comentaba: «Zambia nunca se desarrollará por culpa de la pereza de la gente, por su incapacidad de tragarse la amargura». Como estaba enfadado por la reivindicación del sindicato de una subida salarial de doble dígito, instruyó a su personal de recursos humanos sobre el valor de la frugalidad china durante los descansos en las negociaciones:

Si trabajas duro, conseguirás lo que quieres. Esto es lo que creemos en China. En nuestros cinco mil años de historia, nunca hemos querido pedir limosna o dinero prestado. Preferimos apretarnos el cinturón que pasar la vergüenza de pedir dinero a otros. Somos muy diferentes de nuestros trabajadores zambianos. No saben ganar dinero, pero quieren consumir. Son perezosos, pero quieren una subida cada año.

Los chinos utilizan la frase «tragar amargura» para expresar su disposición a soportar penurias, posponer gratificaciones, aceptar la disciplina de la empresa, ahorrar y reinvertir en el desarrollo personal y corporativo. Este discurso generalmente implica una censura moral severa y una división nacionalista profunda entre ellos y los zambianos. Los expatriados indios, sudafricanos y peruanos también comparan su cultura de seriedad en el trabajo con la indolencia africana, pero sin la connotación moral y nacionalista de los chinos. Un ingeniero indio que llevaba treinta y cinco años trabajando en Zambia atribuía la diligencia de los indios a la experiencia de crecer en un país pobre y superpoblado, no al hecho de ser indio:

Todavía recuerdo la infancia en mi pueblo, me peleaba todos los días con muchos otros niños para subirme a un carro de bueyes sobrecargado para ir a la escuela. Si no te levantabas de la cama más temprano que los otros, no conseguías subirte al carro. Si no eras suficientemente fuerte y competitivo, te caías del carro. Aprendimos muy pronto a sobrevivir, teníamos que competir y trabajar duro.

Por su parte los trabajadores zambianos no desmienten que el absentismo y la falta de compromiso existan, pero alegan que la causa es el empleo precario y no la cultura africana o el carácter nacional. Un sindicalista zambiano de NFCA explicaba:

Para los chinos que no tienen familias aquí –solo han venido a trabajar–, cuanto antes terminen su proyecto, antes se van a casa. Para los zambianos, tan pronto como terminen su trabajo, piensan que se quedarán sin empleo. La otra razón es que los zambianos no están bien pagados. Con unos ingresos mínimos no puedes cuidar bien a tu familia. Tienes que preocuparte cada día de si hay comida en la mesa para tus niños y tu mujer, así que te vas pronto, pides permiso para cuidarlos o coges un trabajo extra. No es que los zambianos sean perezosos por naturaleza²⁰.

En «China House»

La *China House*, nombre genérico otorgado por los locales al complejo residencial donde se alojan los empleados chinos de una empresa en concreto, se parece a una institución total informal. La *China House* incluye en su diseño organizativo un horario colectivo, que proporciona un ritmo colectivo y uniforme de vida cotidiana y disciplina física que es poco común entre otras comunidades de expatriados. Con una uniformidad sorprendente en muchas de las empresas chinas, la cantina sirve el desayuno a las seis de la mañana, el almuerzo al mediodía y la cena a las seis de la tarde. Los empleados hacen cola con sus palillos personales y sus cuencos de loza, que lavan después de cada comida. Los autobuses de la compañía representan el único medio de transporte para los expatriados chinos, excepto para los altos directivos que tienen coches asignados a ellos. Los autobuses no se utilizan solo para el trabajo, sino también para los desplazamientos de fin de semana al supermercado. Los sábados por la mañana, el autobús lleva y trae a los empleados al *Shoprite* local. Cuando trabajan en obras que se encuentran lejos, los empleados chinos no tienen días festivos oficiales. NFCA es la única compañía china que tiene un fin de semana de dos días; su subcontrata para los altos hornos sí tiene una

²⁰ Entrevista en Kitwe, 7 de julio de 2009. El discurso sobre la indolencia africana formaba parte de la ideología colonial, pero también se utilizó en la época posterior a la independencia por la elite política zambiana, de Kaunda a Chiluba, para impulsar a los ciudadanos a contribuir al desarrollo nacional. Michael Burawoy señaló, utilizando como indicadores los índices de absentismo y las huelgas, que los trabajadores de Zambia en realidad trabajaban más que muchos de sus homólogos en otras partes del mundo: Burawoy, «Another Look at the Mineworker», *African Social Research*, núm. 14, diciembre de 1972.

semana de seis días laborales para los empleados chinos, con el domingo como único día de descanso para que el personal recupere sueño, haga la colada y hable con la familia y los amigos por internet. Generalmente hay unas mínimas instalaciones de recreo: una cancha de baloncesto e instalaciones para tenis de mesa y bádminton; los corredores lo hacen en círculos dentro del complejo residencial porque no se sienten seguros para correr por el vecindario. Algunas compañías tienen un toque de queda formal a las ocho de la tarde y la mayoría tienen una norma informal de que los empleados deben notificar a sus superiores si tienen pensado llegar más tarde de esa hora.

El aspecto de la cultura de la *China House* que resulta más sospechoso para los africanos es la ausencia de vida familiar. Solo una diminuta minoría de los expatriados chinos trae a sus cónyuges y niños a Zambia, mientras que la mayoría de los indios, sudafricanos y peruanos llegan con sus familias. La gente se pregunta cómo pueden los chinos soportar la ausencia prolongada de apoyo emocional y compañía íntima. Al principio, muchas compañías chinas tenían una norma que prohibía estancias largas a los miembros de la familia de los empleados. Cuando se hizo evidente su impacto negativo sobre la estabilidad emocional y la productividad laboral, las compañías o bien relajaron las restricciones para los altos directivos o proporcionaron ayudas para fomentar las visitas cortas. Desde el punto de vista de los empleados, tragar amargura exige sacrificios, y la separación de los seres amados es simplemente uno de ellos. También señalan el sistema de educación competitivo en la República Popular China y las exigencias del mercado de trabajo como las razones para no desarraigar a la familia entera. La compensación principal para estos sacrificios es su salario, que en general supera dos o tres veces lo que recibirían en China. Para los africanos y los expatriados no chinos, la separación prolongada de la familia representa otro ejemplo más del ascetismo extremo de los chinos, que indica una extraña vena de inhumanidad.

Sin embargo, los empleados chinos no se quejan abiertamente sobre lo que los demás considerarían condiciones anormales de confinamiento en la *China House*. Han llegado a aceptarlo como el precio que tienen que pagar por su seguridad en África, y lo ven como una versión en el extranjero de *danwei*, el modelo de célula de trabajo socialista. Están encantados con la comodidad de los sistemas empresariales de consumo colectivo, y con el tiempo y el dinero que ahorran. En algunas *China Houses*, la empresa mantiene la tradición de distribuir raciones extra de

fruta, zumos, leche, champú y pasta de dientes en el día que los empleados denominan con humor «Día del Socialismo». El Partido Comunista Chino tiene una presencia discreta en las compañías estatales en Zambia, con reuniones de las células del partido para sus miembros, con el fin de recibir los documentos normativos importantes y las directivas de liderazgo. La disciplina del partido se refuerza también por medio de visitas regulares de Pekín. Por ejemplo, en el verano de 2013, el secretario para CNMC del Partido Comunista Chino, lideró una delegación para poner en marcha una campaña sobre «la frugalidad y la línea de masas» propuesta por los nuevos líderes chinos al mando de Xi Jinping. Los altos directivos fueron entrevistados uno a uno y los directivos de rango medio en pequeños grupos; se esperaba de ellos que hablaran en estas reuniones sobre cómo encajaría su estilo de trabajo con la línea actual del partido²¹.

Los miembros más jóvenes son los que tienen mayor dificultad para adaptarse a la soledad y el control férreo. Al describir el trayecto matinal al trabajo como «ir de una prisión pequeña a una prisión grande», una contable en la treintena me contaba lo mucho que echaba de menos a su hijo pequeño y a su marido en China. Una joven técnica universitaria que trabajaba en el laboratorio químico de los altos hornos me contó que lloraba mucho porque no era capaz de soportar la vida que llevaba en Zambia, dedicada solo al trabajo: claustrofóbica, monótona y «sin sentido». «La vida después del trabajo sigue siendo trabajo», dijo, deplorando la falta de contacto con el mundo exterior. Un refugio habitual ante la anulación de la vida personal consiste en cocinar «ilegalmente»

²¹ No existe un representante institucional u oficial para los inversores chinos, estatales o privados en Zambia. Los dos altos funcionarios chinos destinados en Lusaka por Pekín son el embajador, enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, y el consejero económico y comercial, enviado por el Ministerio de Comercio. Ninguno de ellos tiene autoridad legal u organizativa alguna sobre los ciudadanos y las empresas chinas en Zambia. Aparentemente, el vínculo entre estas dos organizaciones gubernamentales y la población china es voluntario y casual, especialmente entre los inversores privados, y tienen lugar en los banquetes del nuevo año chino, sesiones informativas periódicas, asesoramiento informal sobre costumbres empresariales, etcétera. En los últimos años, estos dos ministerios han estado enzarzados en una disputa en Pekín por ser el impulsor dominante de las relaciones China-África, en la que supuestamente el Ministerio de Comercio ha ganado al Ministerio de Asuntos Exteriores. En Lusaka el creciente poder del primero se hizo palpable cuando inauguró una impresionante oficina de última tendencia y un complejo residencial para el consejero económico y comercial y su personal en 2013, a varios kilómetros de distancia de la Embajada de China. Sobre la rivalidad entre estos dos ministerios, véase Lucy Corkin, «Redefining Foreign Policy Impulses toward Africa: the Roles of the MFA, the MOFCOM and China EXIM Bank», *Journal of Current Chinese Affairs*, vol. 40, núm. 4, 2011.

dentro del dormitorio, a lo que las compañías normalmente hacen la vista gorda. Preparar su propia comida los fines de semana, con un cocedor de arroz y un hornillo eléctrico, es un pasatiempo popular y una oportunidad excepcional para disfrutar de un espacio, estilo y sabor personal en un entorno controlado en todo lo demás. La dirección sabe que es humano permitir a los empleados un mínimo de libertad y un descanso de la comida de la cantina mes tras mes, para muchos, año tras año. Especies y comida deshidratada traída de China y cocinada siguiendo las recetas caseras procuran una satisfacción desmesurada. Por ejemplo, hacer *dumplings* caseros es un lujo que los chinos ofrecen a los amigos que les visitan los domingos, incluso a pesar de la complicación logística y el trajín que supone prepararlos sin disponer de una cocina de verdad.

En el sector de la construcción, las empresas públicas propiedad del gobierno central practican el mismo tipo de control sobre sus empleados chinos. Al contrario que los expatriados sudafricanos, que viven en apartamentos en la ciudad, con servicio doméstico y un 4x4 personal, los trabajadores chinos de la construcción viven en alojamientos provisionales espartanos, a veces hechos de contenedores de carga. Cocinan sus propias comidas y, en las obras más lejanas, incluso crían pollos y cabras como fuente de carne. Los salarios se pagan generalmente trimestral o semestralmente, y a menudo se ingresan directamente en la cuenta del empleado en China por razones de seguridad, conveniencia y ahorro obligado. El resultado es que la dirección y los trabajadores chinos de la construcción disponen de poca moneda local para gastar y la lejanía de muchos proyectos refuerza la tendencia a minimizar las interacciones locales. Si nos basamos en un análisis de las estructuras de coste de los concursos ofrecidos por contratistas chinos y no chinos, parece que, en general, los gerentes de obra chinos cuestan el 30 por 100 menos que otros gerentes expatriados, debido a sus condiciones inferiores de vida y empleo, reseñadas bajo el epígrafe de «gastos preliminares y generales» en los expedientes de los concursos. Tanto los funcionarios zambianos como los gerentes chinos afirman que esta diferencia del 30 por 100 es la razón por la que sus pujas siempre mejoran las de los otros contratistas en términos de costes.

Otras vidas

También en la minería del cobre, el estilo de vida chino, monástico y recluso contrasta con el de otros expatriados. Hasta 2009, los

expatriados indios que trabajaban para KCM en Chingola se buscaban su propia vivienda privada de alquiler, pero la compañía consideró que el mercado local no estaba suficientemente regulado para proporcionar estabilidad a sus empleados y finalmente construyó un complejo residencial para directivos indios de nivel medio, que los locales apodaron *Bombay Village*. En 2013 se alojaban allí aproximadamente setenta familias, en pisos de tres dormitorios con una cocina de verdad y un salón. Al contrario que los chinos, la mayoría de los indios traen a sus familias a Zambia. Las amas de casa expatriadas organizan su propio club de señoras para hacer obras de caridad en las comunidades locales; los niños van a escuelas locales y se hacen amigos de sus vecinos. Las mujeres indias a menudo han tenido que dejar sus carreras profesionales de profesoras o enfermeras, por ejemplo, para que la familia pueda permanecer unida, a pesar de la pérdida de ingresos. Cada hogar tiene su propio coche y rutina diaria y hace su propia comida. Cuando los niños llegan al momento crítico de pasar a la escuela secundaria, toda la familia vuelve a la India o a otro país donde puedan encontrar educación de calidad.

En MCM, los expatriados se buscan su propio alojamiento en diferentes partes de Kitwe. No hay un distrito de alojamiento empresarial o colectivo. La necesidad de mantener la vida familiar (por ejemplo, contratando personal de servicio de Zambia o conociendo a profesores zambianos por medio de la escuela de sus hijos) comporta más interacción con los zambianos locales que la de los chinos, cuyas vidas personales organiza la compañía de manera colectiva. Distribuidos por diferentes vecindades residenciales de la ciudad, los directivos expatriados de KCM y MCM se involucran también más en sus comunidades locales por medio de sus afiliaciones religiosas. Un directivo peruano de MCM que había trabajado en Zambia durante diez años explicó:

Las esposas [peruanas] que vinieron con sus maridos se ofrecen voluntarias para los orfanatos. La semana pasada celebraron un *braai* y donaron la recaudación para ayudar a los niños de la localidad. Yo estoy en la junta de una congregación católica que organiza clases para chicas, les enseña costura, francés e informática. Algunos chicos jóvenes peruanos incluso se echan novias allí.

Otra diferencia en el *ethos* de la dirección es que los expatriados de empresas privadas globales muestran una mayor ambición emprendedora. Un directivo de MCM tentado por KCM para un alto cargo rechazó la oferta tras enterarse de la tiranía del departamento comercial sobre

el personal de producción en la empresa «india». Pero está abierto a otras oportunidades internacionales o locales, mientras que sus homólogos chinos encuentran muy difícil competir en un mercado laboral realmente internacional. «KCM intentó reclutarme en 2008 y Glencore me estaba tentando para ir al Congo con un sueldo irresistible», dijo sonriendo. «Me podría retirar dentro de unos pocos años con ese sueldo. Pero lo rechazé por mi familia y porque me encuentro bien en Zambia». Tras obtener su estatus de residencia, me contó muy animado su plan de invertir en una casa de cuatro dormitorios de 120.000 dólares en una parcela grande en Kitwe.

Tras la reclusión de los expatriados chinos subyace un sentimiento de miedo e inseguridad palpable. Frente al mito de que las empresas chinas utilizan personal convicto (que a pesar del desmentido de Pekín y de una total falta de evidencia, se ha hecho viral en África y se ha difundido en los *think tanks*, los informes gubernamentales y los discursos de campañas electorales, así como en las páginas web populares) y otra publicidad negativa, que incluye un informe crítico de Human Rights Watch de 2011, los directivos chinos han optado por aislarse en un silencio impotente. Esos ataques culturales se ven como la confirmación de la victimización de China por parte de Occidente, un análisis histórico alimentado desde hace tiempo por el Gobierno del Partido Comunista Chino. El secretario del partido en Chambishi Copper Smelter [Fundición del Cobre de Chambishi] expresó una forma de verlo bastante extendida:

China ha perdido todas las anteriores oportunidades históricas de desarrollarse tan rápidamente como Occidente desde la dinastía Qing, cuando Occidente tuvo su oportunidad de hacerse con los recursos del resto del mundo [...]. Después tuvimos el socialismo y la economía planificada, lo que nos proporcionó una buena base para el crecimiento económico actual. Véase India: quebraderos de cabeza, tan pobres, tan poca educación, malas carreteras... China está mejor gracias a la inversión estatal de la época de la economía planificada. Pero el cobre de China es de baja calidad, así que necesitamos ir al extranjero. Los medios de comunicación de Occidente hablan entonces de explotación. Esa es una palabra terrible [...]. Porque nuestra mina llevaba abandonada mucho tiempo, tuvimos que invertir más que los otros y no podemos pagar salarios tan altos como MCM y KCM. Pero lo llaman explotación.

Los directivos de las empresas públicas chinas, que se han visto afectados por la crítica popular sobre la política nacional de «invertir fuera» de la República Popular China, son los únicos expatriados en Zambia que recurren a la *doxa* subalterna aprobada por el Estado que presenta

a China como la víctima y adoptan el *ethos* de «tragar amargura» como la esencia de la identidad china. Esta ideología les proporciona empoderamiento cultural y alivio en un mundo hostil y extraño, aunque las fronteras culturales que levanta ofuscan la relación de explotación entre el capital estatal chino y ellos mismos como sus empleados.

4. CHINA Y LA CLASE OBRERA DE ZAMBIA

Al evaluar el impacto de China, los intereses de las elites gobernantes tienen que ser considerados de manera separada de los de los trabajadores africanos. De manera similar, las cifras agregadas de crecimiento son indicadores muy pobres de las condiciones de vida de los africanos normales. Gracias a un fuerte aumento en los precios globales del cobre, empujado por el «superciclo» en la demanda de materias primas por parte de China e India, la tasa de crecimiento anual de Zambia registró una media del 7 por 100 entre 2006 y 2013. La inversión extranjera directa ha reactivado la producción y la creación de empleo en los sectores de la minería del cobre y de la construcción. A partir de 2011, la subida del salario mínimo del Gobierno del Frente Patriótico ha beneficiado a los muchos zambianos que trabajan en empleos temporales mal pagados, mientras que el incremento de los impuestos sobre los derechos sobre el mineral y sobre los proyectos de infraestructuras rurales hicieron crecer la esperanza en una nueva época de prosperidad nacional. La euforia popular en las comunidades mineras se desvaneció pronto, sin embargo, cuando se hizo evidente que los ingresos fiscales iban a beneficiar a Lusaka, no al Cinturón del Cobre. En las ciudades mineras, como Kitwe, Chambishi, Chingola y Chililabombwe, la gente se queja a diario del deterioro de las carreteras llenas de baches, de las escuelas públicas con huelgas continuas donde no se paga a los profesores y de los hospitales sin medicinas. En las ciudades mineras densamente pobladas, los mineros viven todavía sin electricidad o alcantarillas. Las huelgas son prácticamente ilegales y las compañías mineras han instalado cámaras de vigilancia para identificar a los «instigadores» de reivindicaciones sindicales.

A los trabajadores zambianos, la distinción entre el capital estatal chino y el capital privado global no les dice nada. Un régimen laboral basado en la explotación por medio de salarios bajos no es mejor que uno que se basa en la temporalidad y los despidos. Ambos conllevan la precariedad

permanente, una realidad que está reestructurando el ámbito vital de la clase obrera zambiana. Al agarrarse a sus empleos actuales como pueden, muchos mineros del cobre (a menudo la única persona que tiene un salario en una familia con seis o más personas dependientes) encuentran que sus responsabilidades económicas familiares están muy por encima de su capacidad de obtener ingresos. Una de las principales funciones de los sindicatos, desde la privatización de las minas y los recortes de los subsidios y las ayudas en especie, ha sido organizar microcréditos para sus miembros. Barclays, Bayport y Finance Bank se han encontrado con un mercado ávido entre la minoría de zambianos que tiene un contrato de empleo formal. Los préstamos se conceden con tasas de interés de aproximadamente el 20 por 100 y un periodo de amortización ligado a la duración del contrato del trabajador. Las compañías mineras llevan un sistema de deducción automático para pagar a los bancos directamente de la nómina de los trabajadores.

De acuerdo con los sindicatos y los directores de recursos humanos, más del 90 por 100 del personal ha solicitado por lo menos un préstamo. Muchos de ellos se quedan con la paga a cero tras aplicar todas las deducciones, dejándoles poca motivación para incluso presentarse a trabajar. Cuando los préstamos con mediación de la compañía no son suficientes, muchos recurren a *shylocks* (tiburones usureros que aplican un interés del 50 por 100 con un periodo de devolución de un mes) y acaban por encontrarse envueltos en la trampa de la deuda. Tanto los sindicatos como las gerencias se quejan de que los mineros malgastan su dinero en bebida, mujeres y coches de segunda mano, con conflictos matrimoniales, absentismo y baja productividad como consecuencia. Otros utilizan los préstamos para invertir en negocios paralelos tales como la cría de pollos, un puesto en el mercado o un taxi. Pero la mayoría de estas aventuras no sobreviven al más mínimo capricho del mercado y terminan en pérdidas económicas que requieren más préstamos.

¿Exproletarios?

En una visita a los mineros en la ciudad minera del yacimiento de KCM, me encontré con una situación absurda: había coches particulares aparcados junto a chabolas improvisadas, con tejados endeblés sujetos precariamente con piedras o sacos de arena. Un sábado por la tarde, con toda la ciudad congregada en el estadio para ver un partido de fútbol local, las carreteras estaban repletas, parecía un desfile de coches

de segunda mano. Estaba con un delegado sindical apodado CNN, que había trabajado en la mina subterránea de Nchanga durante veinte años. Había visto de todo, ya que había trabajado en la compañía estatal zambiana ZCCM, en Anglo-American y ahora en Vedanta. Pero su principal fuente de ingresos durante los últimos trece años no había sido su empleo en la mina, sino su tienda de reparaciones de televisores (de ahí el apodo). En un pequeño local alquilado al club de tenis privatizado, se apilaban en las estanterías viejos reproductores de VHS y los televisores entregados por sus clientes se amontonaban por todas partes. Su sueldo neto era aproximadamente de un millón de kwachas, alrededor de 200 dólares, pero el negocio de reparación le reportaba tres millones de kwachas al mes, o sea, 600 dólares. Se quejaba de que el modo de pensar de los mineros hoy en día era muy diferente al del pasado; no había compromiso con la minería ni ilusión por depender de las minas para la seguridad, o del Gobierno.

Otro minero de KCM, Chilando, resumió el cambio en la forma de ver el mundo: «Estamos pasando de la cultura del empleo a la cultura del emprendedor. Dependemos de nosotros mismos. No hay seguridad en los empleos». Como minero de segunda generación, su experiencia es emblemática del cambio radical en las condiciones y la mentalidad de los trabajadores zambianos. Su padre trabajó como minero en una explotación subterránea en Luanshya y volvió a su pueblo como campesino cuando se retiró en 1979: una trayectoria típica en aquella época. Nacido en la ciudad, Chilando no tienen un pueblo al que volver. Consiguió un trabajo en ZCCM en 1996 con 24 años de edad como minero. Recordaba pensativamente y con precisión:

Paseaba por la ciudad un día cuando topé con la visita de Chiluba a Nchanga para anunciar la privatización de las minas y la venta de las viviendas a los inquilinos. Estaba haciendo politiquero y la gente le aplaudía. La gente nunca había imaginado llegar a ser propietaria de sus propias casas. Al ser un trabajador de nivel 8 y soltero, yo estaba al final de una larga lista de espera. Después de que vendieran todas las casas, me di cuenta de que me había quedado sin casa... Chiluba prometió un futuro de color rosa que nunca se hizo realidad. Pero ahora no vemos ningún futuro [...], estoy utilizando mi préstamo de 800.000 kwachas para construir una casa. Una vez que asientas a tu familia y no tienes que pagar un alquiler, puedes autoemplearte. Me atreveré a montar mi negocio cuando construya mi casa. Los préstamos que tenemos ahora son buenos para progresar porque nos ayudan a construir nuestras propias casas, comprar coches e invertir en oportunidades de negocio para nosotros o nuestras mujeres.

La brecha generacional marcada por la privatización funciona como una división fundamental entre los mineros zambianos. En Chambishi hay una profunda grieta entre los mineros veteranos, que comenzaron sus carreras bajo el sistema de propiedad estatal y se beneficiaron de las ventas de viviendas de ZCCM, y sus homólogos más jóvenes, que perdieron el tren. La división es patente en las formas de residencia y en la desigual capacidad financiera para emprender una actividad económica. En la zona urbana de Chambishi, se encuentran las viviendas más antiguas y más agradables, construidas en la época de ZCCM, con electricidad y alcantarillado. Algunos de estos mineros veteranos poseen los medios económicos para llevar pequeños negocios, vender alimentos y tarjetas de recarga de teléfonos móviles o proporcionar recambios o servicios a las minas. Exsindicalistas llevan ahora una pequeña asociación de negocios desde sus hogares. Otros se han trasladado a otros lugares y han alquilado sus viviendas para generar ingresos. Justo al lado de la ciudad destaca el suburbio donde viven los mineros más jóvenes y los trabajadores temporales. Las chabolas de mala calidad se amontonan entre las aguas residuales y toda la zona está inundada de bolsas de plástico blancas que los residentes juntan como vallas para crear un poco de privacidad. No hay electricidad ni agua corriente en las casas. La pobreza abyecta está a plena vista: niños demasiado pobres para ir a la escuela, hombres y mujeres jóvenes que se beben la vida en antros bulliciosos de la vecindad donde sirven destilados caseros fuertes y tirados de precio. Esta brecha, que se basa en la diferencia generacional, el estatus de empleo y el bienestar económico, fragmenta incluso el segmento más organizado de la clase obrera desde dentro.

La llegada de inversión extranjera y las cifras de crecimiento que inspiren la retórica de una África que «prograsa» coexisten de manera incongruente con la creciente precariedad en el empleo y en las condiciones de vida. A pesar de la subida de los precios globales del cobre, la mayoría de las comunidades mineras siguen inmersas en una profunda pobreza. El aumento de los impuestos no se convierte necesariamente en más gasto social, igual que el crecimiento económico acumulado no siempre trae mejores condiciones de vida para la gente.

5. LÍMITES Y COMPARACIONES

La «China global» no es ni una potencia hegemónica imperialista temida y condenada por Occidente ni el socio igualitario del desarrollo ventajoso para todos proclamado por Pekín. Al abrir la caja de Pandora de las «variedades de capital», esta investigación ha sostenido que el capital estatal chino tiene una lógica peculiar, unas prácticas y un *ethos* propio, diferente al del capital privado global. La experiencia de Zambia durante los últimos quince años indica que el capital estatal chino puede ser a la vez más flexible y más peligroso para el desarrollo africano que el capital privado global de maximización de beneficios, dependiendo de la voluntad política de la elite gobernante local y la fuerza negociadora de los trabajadores organizados; la comparación entre la minería del cobre y el sector de la construcción coloca en primer plano la centralidad de políticas diferenciadas por sectores, en ambas partes. También está claro que los inversores estatales chinos ni tienen capacidad para debilitar el orden neoliberal dominante ni ningún interés en reemplazarlo.

Varios estudios recientes coinciden con la defensa presentada aquí de que los resultados de la inversión china en África vienen determinados por la improvisación y la negociación en escenarios político-económicos específicos. Incluso en el mundo en vías de desarrollo, no hay garantía de que el dominio chino pueda comprarse con inversión masiva por parte de Pekín. Al desenmascarar lo que los medios de comunicación occidentales han vendido como el «modelo de Angola» (la concesión por parte de China a Angola de «préstamos garantizados con petróleo», intercambiando recursos por infraestructuras), Lucy Corkin ha sacado a la luz la formidable capacidad negociadora de la elite angoleña en sus tratos con China²². Desde la fijación del precio de su envío de petróleo a la República Popular China hasta el bloqueo del acceso de las compañías chinas a la propiedad de los campos de petróleo angoleños o la negociación de un contenido local superior en los préstamos ventajosos y la diversificación de sus líneas de crédito internacionales, la elite política angoleña se sabe defender. Su agencia, autocrática y corrupta, pero bregada en décadas de participación en la Guerra Fría por delegación, tiene que ser tenida en cuenta en cualquier discusión sobre China en Angola.

²² Lucy Corkin, *Uncovering African Agency: Angola's Management of China's Credit Lines*, Farnham, Surrey, 2013.

En Sudán, tal como Luke Patey ha señalado, las compañías de petróleo chinas han tenido que manejarse en un terreno político mucho más traicionero, negociar y a veces plegarse a los líderes locales. Fue Jartum el que echó a los intereses petroleros de Estados Unidos e impuso un acuerdo compartido a los inversores chinos, malayos, canadienses e indios para desarrollar los campos de petróleo sudaneses. Como CNMC en Zambia, la Corporación Nacional de Petróleo de China se lanzó al extranjero a mediados de la década de 1990 con poca experiencia internacional y una tecnología relativamente atrasada. Sus directivos estaban «totalmente perdidos», según los ejecutivos del petróleo occidentales, y utilizaron Sudán como campo de pruebas para una expansión global más amplia. La empinada pendiente de aprendizaje que tuvieron que remontar incluyó una guerra civil, ataques armados por parte de las comunidades locales y negociaciones con el régimen recién establecido y precario de Sudán del Sur²³. También en América Latina, estudios recientes comparados de la inversión estatal china en la minería y el petróleo ponen de relieve los límites de la estrategia económica de Pekín, debido a las estructuras institucionales de las diferentes industrias y los mercados de recursos, y a la capacidad reguladora de los países anfitriones respectivos²⁴.

El análisis de los intereses fragmentados y competitivos de los actores estatales chinos (por ejemplo, los intereses corporativos del Banco de China para el Desarrollo y de las compañías petroleras nacionales contra los intereses estratégicos de Pekín) también nos previene contra la conclusión fácil de que la «China global» es una estrategia a gran escala, desplegada a la perfección y con eficacia por un Estado-partido autocrático en Pekín²⁵. De vuelta a Zambia en el verano de 2014, cuando el director chino responsable de la Zona Económica Especial de Chambishi miró por la ventana de su suntuoso despacho, pudo apreciar muchas fábricas vacías a la espera de inversores que las ocuparan. El tiempo dirá si la Zona prosperará o decaerá, pero por el momento parece que el Estado chino no ha conseguido que su capital haga realidad los sueños de desarrollo de los zambianos.

²³ Luke Patey, *The New Kings of Crude: China, India, and the Global Struggle for Oil in Sudan and South Sudan*, Londres, 2014.

²⁴ Ana Cristina Alves, «Chinese Economic Statecraft: A Comparative Study of China's Oil-backed Loans in Angola and Brazil», *Journal of Current Chinese Affairs*, vol. 42, núm. 1, 2013; Amos Irwin y Kevin Gallagher, «Chinese Mining in Latin America: A Comparative Perspective», *Journal of Environment Development*, vol. 22, núm. 2, 2013; Elisabeth Economy y Michael Levi, *By All Means Necessary: How China's Resource Quest is Changing the World*, Oxford, 2014.

²⁵ Erica Downs, «China Development Bank's Oil Loans: Pursuing Policy—and Profit», *China Economic Quarterly*, diciembre de 2011.

TIMOTHY BRENNAN

APUESTAS SUBALTERNAS

Con la dialéctica la muchedumbre alcanza la cima¹.

Friedrich Nietzsche

ES BIEN SABIDO que, al menos en sus traducciones estadounidenses, Frantz Fanon escribió acerca de un colonialismo moribundo². Si hoy oímos hablar del poscolonialismo moribundo es porque ningún análisis gramatical logra librar al término de sus múltiples ironías. Junto con el «pos» de una supuesta secuela, radica la metálica realidad de un penetrante, aunque a veces indirecto, imperialismo, que todavía está profundizándose en Puerto Rico y Palestina, y recientemente se ha expandido hacia significativos nuevos territorios en Afganistán, Iraq y Ucrania, llenos de juntas prooccidentales y cómplices satrapías locales. Parece que el colonialismo no está completamente muerto. El empobrecimiento provocado por el capital sigue expresándose de formas ampliamente culturales, no solo militares o económicas, que despliegan todos los distintivos del antiguo sistema de reasentamiento y reeducación. Al dominio occidental de las noticias mundiales, el entretenimiento y las tendencias en educación superior se suma una diáspora masiva de legiones semipermanentes de turistas, expatriados en busca de diversión, misioneros, mercenarios, teóricos académicos, especuladores inmobiliarios y grupos diplomáticos occidentales, y todos juntos hacen que la época del Tratado de Berlín de finales del siglo XIX parezca subdesarrollada en comparación.

¹ *The Complete Works of Friedrich Nietzsche*, vol. 16, ed. Oscar Levy, Londres, 1909-1913, p. 12. Nietzsche despreciaba a los subalternos, denunciando a la dialéctica socrática por situar a las clases bajas en el centro de la escena.

² Me gustaría agradecer a Keya Ganguly su ayuda con este ensayo.

El término «poscolonial» es constitutivamente problemático, por lo tanto, porque comporta la contemporización estratégica de su comienzo, la incongruencia de sus tonos y temas discursivos, en contraste con una realidad bastante más contundente de propaganda imperial, cámaras de torturas extranjeras y robo de las tierras de otros. Sobre este desnudo telón de fondo, los debates suscitados por el magistral *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, de Vivek Chibber, parecen un poco limitados³. Para poner de manifiesto el funcionamiento interno del influyente campo académico conocido como «teoría poscolonial», como él se dispone a hacer, haría falta aclarar primero esta catacresis en el núcleo de su idea: explicar cómo las anteriores tradiciones de pensamiento anticolonial se convirtieron de repente, y de manera violenta, en poscoloniales, en una absorción hostil que tuvo lugar en los círculos académicos metropolitanos a mediados de la década de 1980.

Los estudios poscoloniales emergieron de manera incierta, sin disponer siquiera de un nombre establecido, principalmente dentro de los departamentos académicos de literatura. En retrospectiva, ciertos acontecimientos destacados parecen ahora haber ayudado a darles vida: la publicación del libro de Edward Said *Orientalismo* en 1978, el congreso sobre «Europa y sus otros» en la Universidad de Essex en 1984, y el número especial titulado «Race, Writing, and Difference» (1985) de *Critical Inquiry*, la más prestigiosa revista estadounidense sobre humanidades. A medida que lo poscolonial empezaba a fusionarse en torno a una serie de temas relacionados, sus contornos adquirirían coherencia: ampliar los programas universitarios para incluir fuentes no occidentales, descubrir y promocionar actos históricos de resistencia nativa y poner en entredicho las tergiversaciones de la historia imperial, forjando un nuevo vocabulario para luchar contra el eurocentrismo. Sobre todas estas bases, la iniciativa resultó tener mucho éxito y sus efectos –no solo entre los estudiosos, sino también en la edición convencional y en las artes– han sido positivos en gran medida a lo largo de los años.

Convertir a Europa en el otro

Aunque creada por los departamentos de inglés, la investigación poscolonial distaba mucho de ser solo literaria. Ya a comienzos de la década de 1970, las revoluciones en el ámbito de las disciplinas por las

³Vivek Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, Londres y Nueva York, 2013.

desestabilizaciones de la «teoría» franco-alemana habían producido tipos de escritura mixtos en el propio campo literario: obras de filosofía, realmente, que combinaban las técnicas de la etnografía y la historia en un lenguaje salpicado de términos y actitudes marxistas y anarquistas. Para la mayoría de quienes trabajaban en el campo de las humanidades en aquel momento, los estudios poscoloniales no *eran* sino teoría cultural en una de sus formas institucionales especializadas; es decir, predominantemente continental y en gran medida psicoanalítica, semiótica y fenomenológica. Estas tendencias particulares del pasado filosófico iban ahora unidas, como si poseyesen una compatibilidad genética, con la crítica al eurocentrismo. «Teoría poscolonial», por lo tanto, fue el nombre que vino a darse a un matrimonio inverosímil: una conversión de Europa en el otro, articulada en los conceptos de un grupo especializado de filósofos europeos y sus diversos discípulos de finales del siglo xx en un ambiguo rechazo al «hombre occidental». El contenido de esta amalgama teórica en todas sus variantes –derivadas principalmente de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger a través de intérpretes de posguerra como Jacques Derrida y Michel Foucault– unió una serie de temas verosímiles, aunque no obviamente relacionados: escepticismo respecto al potencial emancipador de la Ilustración, la idea de «otredad» como hecho ontológico (en forma de ser o alteridad), y la muerte del sujeto histórico como un yo dotado de voluntad o activo. Con genuina militancia, la teoría se dispuso a codificar formas de resistencia que explícitamente excluían las aportaciones marxistas a la independencia anticolonial, no simplemente como subproducto de su búsqueda de paradigmas nuevos, sino como *telos* central y autodefinidor.

Los estudios poscoloniales ganaron impulso en un entorno marcado por el final de la prosperidad económica de posguerra (1972), la retórica mediática de lo que en aquel momento Fred Halliday denominó la «Segunda Guerra Fría» (1983) y la caída del Muro de Berlín (1989). Bajo estas presiones, el énfasis temático tendió a trasladarse de las guerras de maniobra a la complicidad mutua entre colonizador y colonizado, de los antagonismos de clase a la migración y la «urbanidad maliciosa», de la lucha por la soberanía política a un rechazo a la llamada opresividad de la modernidad, por un lado, y al sesgo «productivista» de la economía política, por otro. Este conjunto volátil, de tono militante, pero que recordaba actitudes más convencionales en la cultura general, recorrió victoriosamente las humanidades para penetrar en las artes, la antropología, la historia, la geografía y las ciencias políticas. En cuanto laboratorios de teoría, los

departamentos de literatura se situaron en la vanguardia. Sus iniciativas no dejaron ningún campo intacto bajo el signo del «sujeto», la «diferencia» y los «intersticios». El irreprimible impulso del movimiento más amplio hacía parecer razonables las proclamas de una «ruptura copernicana». Nacieron nuevas revistas para dar voz a la nueva agenda –*Interventions, Postcolonial Studies, Transition, Public Culture*– y otras viejas y veneradas fueron reorganizadas para hacerlas encajar en el nuevo sistema. Nació un panteón, cuyas principales figuras son ahora ampliamente conocidas: Edward Said, cuyo *Orientalismo* fue supuestamente el documento fundador del campo, pero con elaboraciones aportadas con posterioridad en un tono muy distinto por estudiosos como Gayatri Spivak, Peter Hulme, Abdul JanMohamed, Homi Bhabha y otros muchos.

La aparición del subalternismo

Los estudios subalternos, por contraste, tuvieron una etiología muy distinta. Fueron desarrollados principalmente por historiadores sociales indios y no por críticos culturales, y antes de 1988 eran relativamente influyentes, si bien dentro de una pequeña órbita. Lanzados en 1982 por Ranajit Guha en una serie de tres volúmenes sobre la India colonial –más tarde la serie crecería hasta superar los diez volúmenes–, eran sobre todo una rebelión contra la historiografía elitista del movimiento de liberación indio. Al leer entre las líneas de los documentos oficiales, o extrapolar nuevos descubrimientos archivísticos, pretendían proporcionar un retrato de la inteligencia y la capacidad improvisadora de los insurgentes campesinos. Si su marxismo era un tanto heterodoxo, se inspiraba, no obstante, en las flexibles teorías de Antonio Gramsci sobre la hegemonía, el Estado, el «sentido común» y, por supuesto, lo «subalterno» en sí, una de sus principales acuñaciones en los *Cuadernos de la cárcel*⁴. El profesor de Guha había sido fundamental para introducir a Gramsci entre los intelectuales de Bengala Occidental, donde sus escritos habían sido debatidos con entusiasmo desde la década de 1950, en las traducciones de la edición estadounidense de 1957. El movimiento tomó también parte de su ímpetu de importantes precedentes en las historias antinómicas desde abajo producidas por veteranos del Grupo de Historiadores del Partido Comunista en Reino Unido, en especial,

⁴ Se puede percibir cómo afectó la «teoría» a la lectura de Gramsci en India en las actas de un taller sobre Gramsci y el sur de Asia organizado en el Centre for Studies in Social Sciences de Calcuta en 1987, reproducidas en *Economic and Political Weekly*, 30 de enero de 1988.

quizá, *Rebeldes primitivos*, de Eric Hobsbawm, *El levantamiento inglés de 1381*, de Rodney Hilton, y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Edward Thompson.

En 1986, el foco del grupo subalterno empezaba a alejarse de la conciencia espontánea de la rebelión campesina. En lugar de crónicas anecdóticas sobre luchas locales, era más probable encontrar un radical cuestionamiento de la «modernidad». Como lamentaba uno de los miembros originales, Sumit Sarkar, en las obras del grupo disminuía la presencia de los subalternos, sustituida por el énfasis en las rupturas históricas, los peligros del universalismo y el «fragmento», un dato ahistórico y abierto que se ofrecía para la improvisación hermenéutica al tiempo que se resistía a la incorporación en una teoría del todo social. La verdad pasó a ser definida más como *necesidad*, es decir, como lo que uno podía descifrar en el registro para fines propios. La historia, el sospechoso progresismo de un materialismo histórico estrictamente empirista, se consideraba inferior a la *memoria* subalterna y a las realidades sentidas de la «cultura» indígena. Los estudios subalternos, en resumen, habían descubierto la teoría poscolonial.

Con el tiempo la relación pasó a formalizarse. La introducción oficial de los estudios subalternos en la teoría poscolonial se produjo cuando Spivak editó junto con Guha, con prefacio de Said, una colección de artículos escritos por componentes del grupo en la década de 1980. *Selected Subaltern Studies* (1988) los introdujo esencialmente en ese campo más amplio, aunque ello exigió una buena dosis de traducción conceptual. Para dar la bienvenida a los estudios subalternos en el emergente campo de la teoría poscolonial, Spivak tuvo que sortear el problema de que sus historiadores estuviesen centrados en sujetos individuales y colectivos a quienes habían descrito como actores conscientes, sensibles y combativos de la historia, frente a los «vestigios» representativos. La delicada operación de Spivak fue la de permitir que los «sujetos» estuviesen y no estuviesen allí al mismo tiempo, permitiendo las alusiones tácticas al sujeto (ilusorio) en busca de un proyecto más amplio, que ella denominó la «fuerza crítica del antihumanismo». Mediante la entrada en este medio discursivo, los estudios subalternos adquirieron las credenciales teóricas que les dieron prominencia internacional, convirtiéndolos a su vez en un conducto para las nociones poscoloniales en las ciencias sociales.

La intervención de Chibber

El estudio de Vivek Chibber tomó forma en los campos de fuerza de esta historia, aunque no siempre con plena conciencia de los detalles de la misma. Profesor de Sociología en la Universidad de Nueva York, Chibber ya había escrito un libro bien recibido, *Locked in Place: State-Building and Late Industrialization in India*⁵. Este estudio correctamente realizado sobre el Estado poscolonial indio exploraba el dinámico poder relativo de los intereses burgueses en la desmovilización de los trabajadores. El largo capítulo dedicado al «mito de la burguesía desarrolladora», en especial, anticipa algunos de los argumentos que Chibber plantea en el nuevo libro, proponiendo, por ejemplo, que la nueva India –a diferencia de China y Rusia– había adoptado una senda capitalista como para demostrar que «la planificación no necesitaba presuponer la abolición de la propiedad, sino que era posible, de hecho, engancharla al motor de la acumulación capitalista»⁶. Su desarrollo fue bloqueado, sin embargo, por «la resistencia generalizada y organizada de la clase empresarial»⁷.

Aun así, poco hay en este primer estudio que permitiese anticipar el acontecimiento en el que se convertiría *Postcolonial Theory*, en buena medida porque Chibber nunca se había movido por los círculos poscoloniales y era completamente desconocido en ellos. Acusado por algunos de caricaturizar el proyecto subalterno, de no ser auténticamente poscolonial, de estar demasiado centrado en Europa o de ser hiperbólico, el libro se ha elevado por encima de buena parte de esta crítica para ser analizado con respeto en revistas especializadas en sociología, reseñas de exigentes maoístas franceses, periódicos indonesios, revistas transversales estadounidenses y la blogosfera⁸. Presentado en los congresos

⁵ Vivek Chibber, *Locked in Place: State-Building and Late industrialization in India*, Princeton, 2003.

⁶ V. Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, cit., p. 3.

⁷ *Ibid.*, p. 85.

⁸ Entre los análisis más equilibrados e informativos sobre el libro se encuentra el de Pranav Jani, «Marxism and the Future of Postcolonial Theory», *International Socialist Review*, primavera de 2014. Un tratamiento altamente informado y especializado es el de la mesa redonda de Ho-fung Hung, en la que participaron George Steinmetz, Bruce Cumings y otros científicos sociales, en «Review Symposium on Vivek Chibber's *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*», *American Sociological Association*, vol. 20, núm. 2, 2014. Críticas a Chibber desde la izquierda que demuestran un verdadero conocimiento de la teoría poscolonial –muchas reseñas no están familiarizadas con ella– son, por ejemplo, la de Julian Murphet, «No Alternative», *Cambridge Journal of Postcolonial Literary Inquiry*, vol. 1, núm. 1, marzo

organizados por *Historical Materialism* organizados en Nueva Delhi, Nueva York y Londres en 2013, y debatido en congresos académicos y mesas redondas, suscitó reveladores intercambios de opiniones entre Chibber y sus detractores. Las respuestas del autor han sido vigorosas, instructivas y, en su mayor parte, convincentes.

Los argumentos planteados en el libro, después de todo, no son nada si no están bien sustentados, al menos sobre las bases elegidas por el autor. El procedimiento de Chibber es el de reformular las afirmaciones de los estudios subalternos –su caso paradigmático para la teoría poscolonial en general– dejándolos hablar por sí mismos en largas citas, y después sometiendo estas afirmaciones a una serie de comprobaciones. Esto lo hace de manera muy concienzuda, y constituye uno de los rasgos más distintivos del libro. Concluye que los estudios subalternos hacen una interpretación errónea del capitalismo, que su retrato del marxismo está distorsionado y es tendencioso, y que su insistencia en la diferencia cultural de la conciencia subalterna es incómodamente esencialista. Es, de hecho, un nuevo retorno, si bien oculto y autoalienante, a la afirmación orientalista de que el racionalismo, el laicismo y el realismo están descalificados para ser del «Este», que solo lo absolutamente periférico ha encontrado un espacio fuera del control del Occidente ideológicamente contaminado, y por añadidura solo en la medida en la que permanece fijo en su otredad, impenetrable a cualquier otra otredad.

Basando su alegato en una lectura atenta de tres de los principales aliados al colectivo de los estudios subalternos –Guha, Partha Chatterjee y Dipesh Chakrabarty–, Chibber fija su atención en lo que considera las claves de la supuesta revisión efectuada por ellos. Dichas claves suponen postular la incapacidad del capital para universalizarse en India; y la consiguiente incapacidad de las elites indias, en contraste con sus predecesoras europeas, para alcanzar la hegemonía por medio de instituciones democráticas: la burguesía india no era heroica, sino tímida, y los subalternos indios estaban marcados por una diferencia cultural obstinada y resistente a las normas occidentales, los modos de pensar religiosos principalmente, pero también las prácticas de parentesco y lealtad que convertían la modernidad occidental en un libro cerrado.

de 2014, y la de Axel Andersson, «Obscuring Capitalism: Vivek Chibber's Critique of Postcolonial Theory», *Los Angeles Review of Books*, 6 de noviembre de 2013. Una defensa de los estudios subalternos contra Chibber es la de Partha Chatterjee, «Subaltern Studies and Capital», *Economic and Political Weekly*, 14 de septiembre de 2013, y Gayatri Spivak (citado más adelante).

Chibber refuta estas afirmaciones con eficacia, con muchas pruebas y contraargumentos, ampliando alegaciones planteadas por otros antes que él⁹. Explica, razonablemente, que los subalternistas confunden universalidad con homogeneidad; que, en contra del retrato plano que ellos hacen de la lógica del capital, la propia historia de este, incluso en Europa, ha sido desigual, no lineal y compleja, igual que en la periferia planetaria. Es innegable, asimismo, que las necesidades materiales de la vida –comida, vivienda y cobijo– motivan a las clases subalternas de todas partes. La lucha por cubrir las es, de hecho, la condición *universal* del conflicto entre las elites y los pobres. La burguesía de Europa, por su parte, desplegó la misma timidez y traición que sus homólogos orientales y, como estos, hubo que empujarla desde abajo para posibilitar el establecimiento de instituciones democráticas básicas.

Una historia mal percibida

Aquí, sin embargo, a pesar de la firme base del argumento, empezamos a ver que *Postcolonial Theory* carece de contacto con el universo ideológico que supuestamente pretende diagnosticar. Afirmar, como hace Chibber, que los estudios subalternos son «el representante más insigne» de la teoría poscolonial no es solo invertir el orden de influencia, sino también no entender que interiorizar las posiciones ya arraigadas de la poscolonialidad permitió a los subalternistas adquirir un alcance más general¹⁰. No se trata, por lo tanto, de que la teoría poscolonial «se hiciera influyente» –como él escribe– cuando se alió con los estudios subalternos, sino al contrario.

La recepción del libro ha sido, en esta medida, frustrante. Es como si, por un lado, encontrásemos destacado en negrita un renovado énfasis en la clase, la revolución y el capital; y, por otro, el «pensamiento subalterno»; pero en ninguno de ellos se presta atención a que el ajuste estructural, las medidas de austeridad del Banco Mundial o el «mundo libre» de Natopolis están mediados por agentes vivos, rechazando la afirmación de que las limitaciones impuestas por el capital son leyes naturales impenetrables a la lógica de los rebeldes. Entre Chibber y sus detractores, el pensamiento y la estructura se han mantenido a distancia segura

⁹ Por ejemplo, Tom Brass y Sumit Sarkar, en Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 127-162, pp. 300-323.

¹⁰ V. Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, cit., p. 5.

uno de otra. A un lado de la contienda, el materialismo aparece como una fortaleza contra los caprichos de lo contradictorio; al otro, lo contingente es el refugio de un principio sagrado, una barrera contra todas las determinaciones. Dado que la política de los estudios subalternos tomó forma en la elevación de regímenes significantes o discursivos, podríamos decir que el problema de lo *literario* reverbera en todos los debates en torno al libro de Chibber: en parte, como él diría, en forma de contaminación idealizadora y culturalista, pero también –en un movimiento que a él se le escapa– como tema de una de las corrientes más vitales del propio marxismo del siglo xx. En esta medida, lo literario sigue siendo el punto ciego de una polémica, por lo demás, admirable.

¿Qué haría falta para cuestionar plenamente las afirmaciones de la teoría poscolonial? Habría, como mínimo, que cuestionar la autoconcepción del campo como una ruptura copernicana; y exigiría someter su base teórica supuestamente antieurocéntrica a mayor examen, en una investigación histórica más intelectual que el estudio comparativo de Chibber entre la transición del capital y la revolución burguesa. Ambas líneas de cuestionamiento nos llevan, de una manera un tanto inesperada, a la época de entreguerras.

La teoría poscolonial, que se considera a sí misma un salto inaugural, efectúa una afirmación extrema: que todos los estudiosos occidentales anteriores a ella deberían considerarse nada menos que «un bochorno» –como lo expresa un grupo de comentaristas– marcado por la vergonzosa falta de atención a la emergencia del Tercer Mundo y a las formas de ser no occidentales¹¹. Pero dicha acusación elude las sociologías insurgentes, las historias orales y los estudios negros y étnicos de la generación precedente; lleva a quien la sostiene a escribir, como los críticos poscoloniales han hecho a veces, como si no hubiese habido en el siglo xx estudios sobre el impacto de la expansión planetaria del capitalismo, ni teorías económicas sobre el sistema conocido –por primera vez– como imperialismo propiamente dicho; ni exploraciones críticas de la estética política del *boom* latinoamericano en la década de 1970; y ni siquiera teoría de la dependencia o de los sistemas mundo.

¹¹ Sussie O'Brien e Imre Szeman, «Introduction: The Globalization of Fiction/the Fiction of Globalization», *South Atlantic Quarterly*, vol. 100, núm. 3, 2001.

El anticolonialismo en Europa

Se ha dejado fuera de la conversación a precursores clave, a pesar de haber tomado a menudo discretamente prestadas sus ideas: Jean-Paul Sartre y *Les Temps Modernes*; la crítica a los medios de comunicación chilenos liderada por Armand Mattelart a comienzos de la década de 1970; los escritos de Oliver Cromwell Cox sobre raza y clase; de Basil Davidson, sobre la formación de Estados en África; de Leo Wiener, sobre el papel de África en el Nuevo Mundo precolombino; las agudas historias imperiales de James Morris, V. G. Kiernan y Eric Wolf; de C. L. R. James, sobre Lenin y la liberación negra. De un plumazo, estas ricas aportaciones –que realmente formaban parte de un sistema de escritura sustancial e integrador en los ambientes en general marxistas de la teoría crítica, la filología de izquierdas y los movimientos solidarios– fueron abruptamente eliminadas del presente.

La teoría poscolonial se presentó a sí misma de manera inverosímil, por consiguiente, como una especie de «año cero» del pensamiento anticolonial; la suposición imperante ha sido que el comienzo del siglo xx, antes de la descolonización de posguerra, fue «un periodo de entusiasmo imperialista prácticamente indiscutido»¹². Pero esto es pasar por alto los años transcurridos entre las dos guerras mundiales, cuando la conciencia europea de las colonias cambió abruptamente. Una nueva cultura de anticolonialismo surgió y prosperó en las columnas sobre arte de los periódicos de izquierdas, en los cabarés de la clandestinidad política, y en los grupos culturales del Frente Popular. Las ondas sísmicas de la Revolución rusa en la periferia oriental de Europa se sintieron de manera espectacular e inmediata en Asia y Oriente Próximo. Surgieron organizaciones internacionales que traían emisarios de todas las colonias y los reunían con los intelectuales europeos formalmente en pie de igualdad para establecer un frente común, con un programa antiimperialista compartido¹³. Un fermento intelectual a esta escala era una rareza en la historia europea. El patrocinio de la retórica y la práctica anticoloniales creó un masivo repertorio de

¹² Edward Said, *Culture and Imperialism*, Nueva York, 1993, p. xix [ed. cast.: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 2012).

¹³ M. N. Roy, en un tipo de crítica conocido, denunciaba con razón a la Tercera Internacional por su «comprensión defectuosa de la situación en otros países», y por «proyectar los problemas rusos» en otras realidades. (M. N. Roy, *The Communist International*, Bombay, 1943, pp. 42-43). Pero como otros, reconocía que la Internacional creaba unas redes, ideaba unas armas retóricas y prestaba una ayuda material que se convirtieron en modelos para la descolonización de posguerra.

imágenes, tropos y vocabularios que planeó sobre la mente de todos –de izquierda a derecha– durante todo el periodo.

La atención sensible a culturas y pensadores no occidentales en el trabajo, entre otros, de Ilya Ehrenburg, M. N. Roy, Larissa Reissner, Nancy Cunard y Sergei Tretiakov; la resistencia profundamente ética al imperio en Willi Münzenberg, Rosa Luxemburg, César Vallejo, George Padmore y Ho Chi Minh, todos activos en Europa durante estos años; y el examen de las huellas estéticas y epistemológicas del dominio colonial en Carl Einstein, Paul Nizan, Diego Rivera y Alejo Carpentier no fueron iniciados por el giro poscolonial a partir de la década de 1980, sino mucho antes, entre las guerras mundiales, por intelectuales blancos y negros, europeos y no europeos, en el amplio campo del movimiento comunista internacional. Chibber menciona de pasada a Karl Kautsky, León Trotski y otros que exploraron la dinámica de la economía agraria y el desarrollo desigual, pero el sentido de esta historia político-cultural más amplia se pierde, y su desconcertante relación con la teoría y el método queda sin diagnosticar.

El racismo en la filosofía

En cuanto a la teoría poscolonial, necesitamos una mejor percepción de su propia prehistoria, sobre todo con respecto a los neorracismos del *demi-monde* filosófico de entreguerras del que deriva. En este sentido resulta crucial reconocer los modos en los que el pensamiento francés de posguerra entretejió los hilos de una filosofía alemana menos compatible con él. Las principales hebras de este tejido fueron, en primer lugar, la recepción clave en entreguerras de la anterior *Grosse Politik* de Nietzsche, la «gran política» de una nueva elite cosmopolita que llamaría a los resentidos proletarios a dirigirse a las colonias, donde podrían escapar de la esclavitud socialista y redescubrir su hombría poniendo en línea a los súbditos coloniales¹⁴; en segundo lugar, la *Kriegsideologie* de Martin Heidegger y otros que pretendían salvar a la civilización alemana con un nuevo imperio enriquecido por la profundidad metafísica alemana, luchando contra la superficial mentalidad de tendero de los dos colosos, Washington y Moscú; y, por último, los panegíricos fenomenológicos de Edmund Husserl a la mente europea contra la pobreza intelectual de sus

¹⁴ *The Complete Works of Friedrich Nietzsche*, vol. 9, pp. 215-217; vol. 10, p. 78; vol. 12, p. 196; vol. 13, p. 224.

adláteres planetarios¹⁵. Liderando los entusiasmos de posguerra –y creando un paradigma para buena parte de lo que la teoría se convertiría mas tarde– se encontraban Georges Bataille, que en *La part maudite* (1949) subvirtió alegremente los ideales de la liberación anticolonial, y Alexandre Kojève, cuya profunda influencia en el pensamiento francés de posguerra es comúnmente reconocida¹⁶.

Europa, considerada por Kojève la «vanguardia de la humanidad», se enfrentaba al espectro de su propio fin, sostenía él, en la «realización chinosoviética del bonapartismo robespierrista» de posguerra. Despreciando el «acceso de Togolandia a la independencia» y «la autodeterminación de los papúes», Kojève consideraba dichos movimientos poco más que una apuesta comunista para eliminar «las secuelas numerosas y más o menos anacrónicas de su pasado prerrevolucionario»¹⁷. Si bien se trata de pronunciamientos idiosincrásicos, son, no obstante, señales que marcan la ruta recorrida por la teoría poscolonial –en su propia mente, de manera «subversiva»– desde el lado más oscuro de esta misma Europa a la que quería provincializar.

Los modelos teóricos más inmediatos de la teoría poscolonial fueron, por supuesto, Foucault y Derrida, aunque muy poco se ha discutido sobre las inquietantes implicaciones de las asociaciones de estos autores con tales ideas de entreguerras, lo cual está relacionado en parte con las formas en las que el eclecticismo teórico confunde el pasado, generando conocimientos, pero también bloqueando, o al menos enmarañando, otros. Por poner un ejemplo, si bien en general *Orientalismo* se considera foucaultiano, Said se distanció explícitamente de aquellos aspectos del pensamiento de Foucault que derivaban de fuentes heideggerianas. Aunque conocido por su estudio del «discurso» orientalista, Said entendía por ese término un concepto derivado en último término de una teoría marxista de la

¹⁵ Edmund Husserl, *Phenomenology and the Crisis of Philosophy* [1935], Nueva York, 1965, pp. 149-192.

¹⁶ Editado durante la primera oleada de descolonización de la posguerra, *La part maudite* (1949) de Bataille tomaba los lemas de los movimientos independentistas –libertad, representación política, desarrollo– para hacerlos explotar desde dentro. Aludiendo a la nueva «situación mundial» de descolonización –y a su propio temor a que dicha situación mundial se soviétizase–, su estudio tomó como término central la «soberanía», a la que se esforzó por desligar de sus asociaciones con los movimientos independentistas de tal forma que acabó haciendo referencia, por el contrario, a la crueldad de la libertad sexual.

¹⁷ Alexandre Kojève, *Introduction to the Reading of Hegel*, Ithaca, 1969, pp. 160-161.

ideología¹⁸. Podría decirse que su argumento gira en torno a la ideología en un sentido más tradicional: en que su concepción del discurso, a diferencia de la de Foucault, no descarta la idea de agentes de poder culpables, de personas con agendas e intereses privilegiados, de grupos de creencias y políticas activas, o la *injusticia* básica de la cosmovisión orientalista. Era más que contradictorio que estas múltiples investigaciones del ser humano en cuanto agente, en cuanto sujeto histórico –la insistencia de la deconstrucción en lo escrito sobre lo oral y lo vernáculo, pongamos, considerados como ejemplos de una sospechosa «metafísica de la presencia»–, fuesen tan ampliamente atacadas y socavadas por las mismas fuerzas que buscaban, en apariencia, promover la emergencia de los pueblos periféricos¹⁹.

Tradiciones filológicas

Estas colisiones a medias entendidas de las diversas tradiciones destacan más cuando empezamos a dar nombre a las teorías culturales y literarias del marxismo contra las que la derecha filosófica de entreguerras diseñó su contraataque. Nuestras actuales interpretaciones de la historia intelectual minimizan gravemente en qué medida podría considerarse que el marxismo pertenece a la «filología» en el sentido ampliado que Erich Auerbach dio al término en la traducción que en 1924 hizo de la *Scienza nuova* de Giambattista Vico al alemán. Allí la definió como «todo aquello que ahora denominamos las humanidades: toda la historia en sentido estricto, la sociología, la economía nacional, la historia de la religión, la lengua, el derecho y el arte»²⁰. Tanto el marxismo como la filología se adhirieron a las formas históricas de conocimiento en un tiempo en el que estaban sometidas a un intenso ataque por parte del positivismo lógico de los seguidores de Saussure –los «neolalistas», como los denominó Gramsci– y del emergente formalismo de la lingüística de Praga. El marxismo de entreguerras encontró causa común con la filología en que a ambos les interesaban los vestigios sedimentarios del pasado, la

¹⁸ Amplió este argumento en «Humanism, Philology, and Imperialism» (en *Wars of Position: The Cultural Politics of Left and Right*, Nueva York, 2006); y en «Edward Said as a Lukácsian Critic: Modernism and Empire», *College Literature*, vol. 40, núm. 4, otoño de 2013.

¹⁹ Al argumento de Chibber le habría venido bien explorar las bases del esencialismo subalterno en los círculos más amplios de la «teoría» propiamente dicha. Véase el provocativo estudio de Ian Almond, *The New Orientalists: Postmodern Representations of Islam from Foucault to Baudrillard*, Londres y Nueva York, 2007.

²⁰ Erich Auerbach, «Einleitung», en Giambattista Vico, *Die neue Wissenschaft*, Múnich, 1924, p. 23.

creatividad de los elementos innombrados, no pregonados, subalternos, de la sociedad. Ambos se mostraban escépticos respecto al movimiento filosófico para evacuar al sujeto histórico e insertar, en su lugar, un sujeto de la escritura fetichizado, lo que Gramsci denominó sardónicamente «caligrafismo».

El propio Gramsci marcó explícitamente el vínculo: «La experiencia en la que se basa la filosofía de la praxis no puede esquematizarse; es historia en su infinita variedad y multiplicidad, cuyo estudio puede dar nacimiento a la filología como método de análisis para determinar los datos particulares y a la filosofía entendida como una metodología general de la historia»²¹. De una tradición bastante distinta, los círculos en torno a la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamin establece esta conexión incluso más firmemente en el *Libro de los pasajes*, cuando expresa que su intención es, en parte, «demostrar con el ejemplo que solo el marxismo puede practicar la gran filología, en lo que a la literatura del pasado siglo se refiere»²². Incluso de pasada, estos ejemplos demuestran que una verdadera consideración de las aportaciones del marxismo al conocimiento reflexivo no puede eludir las dimensiones o las fuentes humanistas e interpretativas del mismo, y buena parte de lo que los estudios subalternos, con su concentración en lo particular, lo fragmentario y lo múltiple, pensaban estar corrigiendo del marxismo, se encuentra aquí en el marxismo filológico, expresado mucho antes y sin los prejuicios antihistoricistas de la teoría.

Los límites del hablar claro

Estas son cuestiones que, pese a todos los méritos de su libro, Chibber no aborda, y ni siquiera imagina, a pesar de que nos dirigen a la cuestión central y silente situada en el corazón del conflicto de tradiciones en el que él mismo se introduce: ¿qué significa *leer*? El problema de la prueba y la verdad nos sitúa frente a frente con los temas sustantivos planteados por *Postcolonial Theory* acerca de los debates de transición en la India posterior a la independencia. Lectores que, por lo demás, lo apoyan empiezan a cuestionar el libro en el momento en el que el

²¹ Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, vol. 2, ed. Valentino Gerratana, Turín, 1975, Q11, f 25, p. 1429 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, Ediciones Era, tomo 1, 1981; tomo 2, 1981; tomo 3, 1984; tomo 4, 1986; tomo 5, 1999; tomo 6, 2000].

²² Walter Benjamin, *The Arcades Project*, ed. Rolf Tiedermann, Cambridge (MA), 1999, p. 476 [ed. cast.: *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2007].

autor anuncia que confrontará la «teoría» subalterna –su práctica historiográfica–, pero no la teoría tal y como los estudios poscoloniales han entendido siempre el término. Evitar este encuentro institucional en particular le impide reunirse con su audiencia allí donde esta se encuentra, y limita su capacidad para captar el arte discursivo y epistemológico de sus interlocutores.

Es razonable decir que la integridad con la que Chibber persigue su objeto interfiere a veces; es el lado positivo de un rasgo negativo, un racionalismo franco que trata con inocencia cada argumento, como si desenvolverlo pragmáticamente pudiera conducir a deshacerlo. Plantea, por ejemplo, un correctivo muy necesario a las tergiversaciones que los subalternistas hacen de Marx, pero pierde la oportunidad de fortalecer la precisión de sus argumentos sociológicos demostrando que Marx se basaba en las verdades contenidas en su propio estilo literario persuasivo. Cualquiera que haya leído con atención a Hegel sabrá que la verdad tiene una forma, y que la forma es un aspecto sustancial de sus argumentos y de los de Marx. El elemento literario presente en los estudios subalternos atiende a esta dimensión, si bien tendenciosamente, y por ello no es posible eludirla sin más. La resistencia efectiva a sus atractivos exige, de hecho, abordarla de frente.

La forma en la que se expresa algo tiene mucho que ver, tanto para el marxismo como para la teoría poscolonial, con la verdad de ese algo en el sentido hegeliano de que la verdad es un intercambio activo, la «fabricación» de un concepto adecuado para su objeto. El estilo polémico de Marx no es solo una estrategia retórica, sino un tipo particular de inteligencia que permite observaciones imposibles de hacer si se consideran las materialidades solo de manera desapasionada y socialcientificista. El famoso uso de la imagen del «fetiche», por ejemplo, o la descripción de la mercancía como un «jeroglífico» son mucho más que residuos hegelianos en los escritos de Marx. A pesar de su repetida burla en contra de la abstracción hegeliana y a favor de lo sensiblemente material, dicho lenguaje figurativo permite la alegación filosófica de que lo conceptual es lo que saca a la luz la base material de la sociedad, en un proceso de síntesis intelectual que es obra de la escritura en sí. Como útilmente manifiesta Keston Sutherland: «El pensamiento de Marx en *El capital* es tanto filológico como satírico, al igual que los riesgos de estilo en su sátira son en sí obra del pensamiento y no un mero adorno de este»²³.

²³ Keston Sutherland, «Marx in Jargon», *World Picture* 1, primavera de 2008.

Dos estilos de argumentación

Chibber desmantela las pretensiones de la historiografía subalterna con admirable precisión. Incluso cuando parece que ha ido demasiado lejos, exagerando su alegato –algunos lectores han considerado un ejemplo de este tipo la acusación de «orientalismo»–, una comparación con sus fuentes revela que se ha mostrado juicioso, a menudo frente a reacciones desmedidas desde algunos círculos. Por otra parte, los errores que sondea son pocos en número y de tipo similar, y por esta razón sus argumentos tienden a resistirse. Más aún, las categorías estructurales de su argumento –clase, revolución, liberalismo, trabajo– tienen un carácter definicional establecido y carente de una atención flexible a los cambios de rumbo y a las incongruencias que caracterizan enfoques más interpretativos. La enorme infinidad de apelaciones de los subalternistas a una otredad constante no puede ser desplazada mediante la invocación del capital y de la clase si los términos parecen universales muertos. El ordenamiento silogístico de su argumento se basa excesivamente en una lógica de refutación –mera negación– y no logra, en consecuencia, captar dialécticamente la dependencia de sus oponentes respecto al mismo marxismo del que se apropian, aunque sea solo para distorsionarlo.

Es probable que a los dedicados a la teoría poscolonial la intervención de Chibber les parezca algo que atañe a su propio ámbito, pero que no llega a dominarlo. Encontramos también algunos errores fundamentales. Él plantea que el «giro cultural», por ejemplo, hace referencia solo a la inoportuna influencia del posestructuralismo en disciplinas ajenas a la literatura, cuando la crítica hegeliana de izquierdas abrió desde muy pronto la puerta a una investigación particular de la cultura entendida como un espacio de formación, evaluación e interpretación políticas y económicas, en la obra, entre otros, de Engels, de Alexandra Kollontai, de Georg Simmel en su sociología poética y no marxista, o de Trotski sobre la vida cotidiana. Podría decirse, pensando en Raymond Williams, Henry Lefebvre y Georg Lukács, que las teorías materialistas de la cultura se encuentran entre las principales inspiraciones del marxismo del siglo xx.

Para ser justos, Chibber nunca afirma ser exhaustivo, y hay en todo su análisis una claridad ingeniosa y una calma *pedagógicamente* superior a la mayoría de los que le precedieron. Y sin embargo, para justificar por qué no se ocupa de la teoría cultural, declara que «lo que importa no es si [los historiadores subalternos] son fieles a una u otra tradición teórica, sino si

han presentado argumentos sensatos». El problema es que lo que es o no «sensato» o «cierto» o, de hecho, un «argumento» tiene mucho que ver con la «tradición teórica» de cada uno. La presentación que Nietzsche hace de la «genealogía» en *La genealogía de la moral*, por ejemplo, no es, como a veces se considera, una historia aleatoria, multicausal y subalterna, sino una teoría de la lectura. Nietzsche nos aconseja primero incluir lo «perverso» para estimular la concordancia con las seducciones de lo antinómico; a continuación, sustituir el sujeto con voluntad por una «voluntad de verdad» textual; y por último, evitar la refutación, nunca negar la verdad de los antagonistas de uno, puesto que la crítica solo sirve para dar poder a los rivales honrándolos con la atención. Este gusto por eludir a los oponentes situándose en un plano superior, en lugar de discutir con ellos, está poderosamente conectado con los golpes maestros metodológicos representados por una serie de figuras centrales de la teoría de posguerra –la «lectura sintomática» de Althusser, la productividad de la verdad de Deleuze y la confianza de Derrida en la plenitud semántica– y que apuntan a la ilusión de una interpretación definitiva. Cada una de estas estrategias recorre el corpus poscolonial. Juntas, expresan definitivamente sus puntos de vista y procedimientos.

Así, pues, demoler las pretensiones de la «desacertada terminología» de los subalternistas, en palabras de Chibber, es, al menos en parte, no entender lo esencial. Las formulaciones de Chatterjee y Chakrabarty le parecen escurridizas, vagas, oscuras y difíciles de entender. Pero esto es algo así como considerar abstracta la geometría o breves los obituarios. El estilo es intrínseco al proyecto. Los métodos de este tipo de teoría cultural –y a estas alturas podemos coincidir en que los estudios subalternos entran en su órbita– no se basan en la precisión, el contexto o la intención históricos, sino en la producción de resultados políticos por medio de una ocasión textual. La crítica sería a los oponentes, como la de Chibber, deja efectivamente oculto lo que Alain Badiou denomina con razón «el poder de lo falso»²⁴. Y esto es lo que debe abordarse, entre otras cosas, en cualquier crítica plenamente eficaz a la teoría poscolonial.

Dos variedades de marxismo

Quienes lo han reseñado consideran *Postcolonial Theory* un enfrentamiento entre el marxismo y la teoría poscolonial, aunque yo sugeriría que

²⁴ Alain Badiou, *Deleuze: the Clamor of Being*, Minneapolis, 2000, p. 55.

también ilustra un conflicto más interesante dentro del propio marxismo. Implícita en el intercambio está una división entre cultura y ciencia que ni Chibber ni sus revisores –críticos o de otro tipo– parecen reconocer: la bifurcación interna de las interpretaciones humanista y científico-social del marxismo halladas en los debates de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Y que siguen acompañándonos en buena medida.

La confrontación fue más dura, quizá, en la resistencia de Georges Sorel y Paul Lafargue a lo que ambos consideraron el marxismo mecanicista de Rudolf Hilferding y Georgi Plejánov; Sorel incluyó explícitamente a Vico en su estudio de 1896 para reinyectar en la idea de transformación social la «poesía» de la imaginación sociológica de su predecesor²⁵. Vestigios de esa confrontación son legibles también en la asunción por parte de Gramsci de la «Revolución rusa contra *El capital*» y su rechazo frecuentemente irritado en todos los *Cuadernos* al positivismo de Achille Loria y a lo que él denominaba el «lorianismo», junto con la defensa del elemento –cultural– «activo» en estratos sociales siempre enfrentados por su propio estatus político con resultados inciertos. Un emparejamiento más reciente de este tipo podemos encontrarlo en el reto de Edward Thompson a Louis Althusser²⁶.

Dichos emparejamientos apuntan a una división más amplia respecto a la regeneración teórica del marxismo en el periodo de posguerra: por un lado, los conocidos modelos derivados de Spinoza por Althusser y Antonio Negri (Karl Korsch se quejaba de la creación por parte de Plejánov de un Marx spinozista ya en la década de 1930); en el otro bando, el filológico, la presencia menos conocida, pero anterior y posiblemente de mayor alcance, de Vico en la obra de Marx, Lukács, Horkheimer y otros, incluido, por supuesto, Said²⁷. Los atractivos de Vico para Marx y

²⁵ Paul Lafargue, *Le déterminisme économique de Karl Marx: Recherches sur l'origine desde idées de justice, du bien, de l'âme et de Dieu*, París, 1911; Georges Sorel, *Études sur Vico et autres textes*, ed. Anne-Sophie Menasseyre, París, 2007.

²⁶ Edward Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Nueva York, 1978 [ed. cast.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981].

²⁷ Marx hace referencia a Vico al menos tres veces en sus escritos, aunque lo viquiano de su pensamiento –como observaron comentaristas posteriores– tiene más que ver con los sistemáticos paralelos con Vico debidos a sus fuentes comunes (Varro sobre el derecho romano, por ejemplo [Karl Marx, *Grundrisse*, Londres, 1973, p. 834]), y por medio de Hegel, cuyas influencias viquianas han sido bien marcadas. Véase *El capital*, vol. 1 (Londres, 1990, p. 493), y la carta a Ferdinand Lassalle (*Collected Works*, vol. 41, Moscú, 1985, p. 355), en la que Marx elogia a Vico y observa que se situaba en «la base de la filología comparativa». Más respecto a esta tradición en Timothy Brennan, *Borrowed Light: Vico, Hegel and the Colonies*, Stanford, 2014.

posteriores marxistas no son, a esta luz, difíciles de explicar. A comienzos del siglo XVIII, la defensa que Vico efectuó de los escritos históricos contra las afirmaciones científicas planteadas por la Ilustración de que carecían de sentido y eran arbitrarios –un prejuicio articulado de forma más abierta por Descartes– descansaba en la *Scienza nuova* en la lucha de clases y en la centralidad del trabajo para la civilización. Vico, el materialista, fue el primero en escribir historia combinando las condiciones materiales objetivas de esta con sus texturas cualitativas y sentidas. Vico, el primer sociólogo, es también el primero en sostener que ideas, innovaciones lingüísticas y formas de arte específicas se corresponden con las condiciones de organización social de un periodo, una opinión que muchos han considerado la génesis del materialismo histórico de Marx²⁸. Las configuraciones viquianas del marxismo han recibido muy poca atención y, sin embargo, son fundamentalmente pertinentes para el debate generado por *l'affaire Chibber*, en buena medida porque en ellas las antinomias aparentes de ese debate –exacerbadas en parte por el hecho de que Chibber enmarque su argumento como un rechazo al «culturalismo»– están en principio superadas²⁹.

El marxismo en la teoría poscolonial

Dadas estas consideraciones, podemos apreciar el, por lo demás, asombroso hecho de que *Postcolonial Theory* haya recibido tanta atención en un medio en el que tantos críticos de la teoría poscolonial pasaron antes que él desapercibidos. Llamativamente respaldado por importantes figuras de la izquierda como un gran avance, el libro fue escrito, de hecho, siguiendo a críticos marxistas situados dentro de la teoría poscolonial que llevaban más de dos décadas atacando al «pseudorradical establishment» poscolonial (palabras de Slavoj Žižek). El «espectro del capital» persigue a la teoría poscolonial desde hace bastante tiempo.

²⁸ Por ejemplo, Max Harold Fisch y Thomas Goddard Bergin en su brillante introducción a *The Autobiography of Giambattista Vico* (Ithaca y Londres, 1944), donde señalan que la atribución se retrotrae a Georges Sorel, *Études sur Vico*; un ejemplo más contemporáneo, uno de muchos, puede encontrarse en Lawrence H. Simon, «Vico and Marx: Perspectives on Historical Development», *Journal of the History of Ideas*, vol. 42, núm. 2, 1981.

²⁹ Los linajes viquianos del marxismo han sido analizados con entusiasmo, al menos, fuera del ámbito académico anglo-estadounidense. Véanse, por ejemplo, David Roldán, «La recepción filosófica de Vico y sus aporías filológicas. El caso del marxismo occidental», *Pensamiento*, vol. 68, núm. 253, 2012; Alberto Mario Damiani, *La dimensión política de la Scienza Nuova y otros estudios sobre Giambattista Vico*, Buenos Aires, 1998.

Durante toda la década de 1990 y a comienzos de la de 2000, los marxistas críticos con la tendencia poscolonial atacaron la problemática idea de «Occidente», desautorizando su influencia sobre un campo basado en las oposiciones entre civilizaciones, y proyectando una vital contratendencia marxista dentro del campo, una fuerza situada ahora en una constelación visible que el *establishment* poscolonial no podía pasar por alto³⁰. La primera andanada de Benita Parry en *Oxford Literary Review* (1987) contra la «exorbitación» del discurso colonial implantó un nuevo tono, rescatando a Fanon de sus más recientes intérpretes coloniales, como Bhabha; Fernando Coronil, ya en 1992, exigía nada menos que la descolonización de la teoría poscolonial; y la obra de Neil Lazarus destilaba la crítica marxista a la teoría poscolonial en una serie de influyentes ensayos, llevando finalmente diversos pensadores e ideas heterodoxos a la centralidad institucional con su *Cambridge Companion to Postcolonial Literary Studies* (2004). El alcance de la obra, buena parte de ella publicada y debatida destacadamente, no se limitaba ni mucho menos al «frente literario y cultural», al que Chibber se refiere un tanto despectivamente en una de sus primeras notas a pie de página, a pesar de que nadie antes que él había examinado de manera tan sistemática los elementos componentes de la revolución burguesa de modo comparativo³¹.

Este descuido de los precursores se extiende también a los antagonistas de Chibber. Merece la pena señalar que los estudios subalternos abarcan más que tres estudiosos (o tres libros). Dejando a un lado el foco narratológico de los estudios subalternos, su despliegue de un *récit de crime* foucaultiano, sus conmovedores dramas sobre los *adivasis* y las viudas aldeanas que hablan «en susurros y entre sollozos», Chibber descuida

³⁰ Respectivamente, Benita Parry, *Postcolonial Studies: A Materialist Critique*, Londres y Nueva York, 2004, p. 36, y Fernando Coronil, «Can Postcoloniality Be Decolonized? Imperial Banality and Postcolonial Power», *Public Culture*, otoño de 1992, vol. 5, núm. 1.

³¹ V. Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, cit., p. 4. La obra de Vasant Kaiwar es muy interesante en este contexto. A partir de 2004, anticipó muchas de las posteriores líneas de ataque de Chibber, demostrando peculiares puntos fuertes de los que carecen los esfuerzos de este: por ejemplo, una mayor referencia a estudiosos anteriores, mostrando una percepción de las texturas y los sabores de todo, desde el *adda* bengalí a la mezcla integral de sociología y literatura que anima los mejores trabajos poscoloniales. También él atribuye a Guha un «entusiasmo orientalista», lo critica por marginar la cuestión musulmana y por expresar opiniones que a veces se acercan incómodamente a las «fantasías organicistas de la derecha hindú contemporánea acerca de la “tradicación”» (Vasant Kaiwar, *The Postcolonial Orient: The Politics of Difference and the Project of Provincializing Europe*, Leiden, de próxima publicación).

de algún modo las mejores obras de esta corriente: Gyanendra Pandey, sobre la construcción del comunalismo; David Arnold, sobre el cuerpo, la enfermedad y la medicina en India; Bernard Cohn, sobre el lenguaje y el orden colonial; y Shahid Amin, sobre los silencios en los textos de la elite³². Buena parte de esta obra es empática, valiente e inteligente, un mundo aparte de los casos extremos de Chatterjee y Chakrabarty (quizá en especial este último), en los que las caricaturas no solo del marxismo, sino también de la historia y de lo humano ya no son incidentales, sino programáticas. Incluso aunque Chibber elogia la obra de Guha, no ayuda a captar la pasión de la escritura: que se extiende desde su influyente interpretación de los *Grundrisse*, y su interesante análisis sobre el dominio colonial, hasta sus enérgicos apartes sobre algunos de los momentos más indignantes de la historiografía colonialista, una bibliografía que Guha describe como «todavía enrojecida con el brillo de los “logros” imperiales, un lenguaje que permite que los insultos racistas pasen en el uso cotidiano por bromas inocuas»³³.

Chakrabarty no comparte tanto el foco de Chibber –el trabajo y el Estado– como el arte de la conversación, las «texturas» del lenguaje y la intraducibilidad. Cita a Derrida, proclama a Heidegger su «icono» y se demora en los momentos cabalísticos y los presagios escatológicos de Benjamin. Contraponiendo la memoria a la historia para establecer un contraste entre lo subalterno y lo intelectual, reproduce la familiar mascarada heideggeriana del filósofo que se presenta como un guerrero solitario en lucha contra el caos especulativo de la metafísica europea. Aun siendo un intelectual –y no un subalterno–, puede de este modo asumir el disfraz de un observador aldeano, cartografiando su senda a través de los bosques del pensamiento, nómico, intuitivo, revelador. El sublime campesino reaccionario de Heidegger es de este modo reproducido en este avatar posmoderno.

Pero el tono de este *contretemps* no logra entrar en la imagen, porque Chibber solo manifiesta interés por «la obra empírica». En el argumento de Chakrabarty, se queja, «las razones tienen que basarse en creencias, deseos, valores y demás, todos los cuales están culturalmente contruidos», al igual que Chatterjee asume «la profunda significación de la

³² Véase Priya Gopal, «Reading subaltern History», *The Cambridge Companion to Postcolonial Literary Studies*, pp. 139-161, un artículo que yo sigo aquí. La cita es de Guha, «Chandra's Death», en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies* v, Delhi, 1987, p. 141.

³³ Ranajit Guha, *Dominance Without Hegemony*, Cambridge (MA), 1997, pp. 14-16.

cultura y la conciencia». Pero esto es asumir que la insistencia en la «cultura» condujo de manera inexorable a todos los errores y las elisiones cometidos por ellos: al tratamiento vago dado al capital o las suposiciones sesgadas acerca de la conciencia subalterna. Incluso cuando hace referencia a obras tan críticas hacia los estudios subalternos como la suya propia, prevalece la misma jerarquía manifiesta de intereses.

Legados

Podríamos inclinarnos a pasar por alto la hostilidad de Chibber a considerar la cultura como un objeto, si no fuese porque realmente dicha hostilidad le desvía de su objetivo: por ejemplo, uno de los principales tropos de Chakrabarty, la afirmación del presente «contra sí mismo» en las formaciones coloniales. Esta idea, debemos recordar, está tomada de Ernst Bloch, cuyas investigaciones altamente originales, en las décadas de 1920 y 1930, acerca del ámbito cultural de la religiosidad –siendo un leninista convencido– son totalmente elididas en la predecible acusación manifestada por Chakrabarty de que los marxistas no tienen nada productivo que decir acerca de la religión. Asume así lo que en Bloch era de hecho un lamento: «La pluralidad inherente al “ahora”, la falta de totalidad, la constante fragmentariedad, que constituye el presente de cada uno»³⁴. Es decir, si los entrelazamientos de la cultura y el ser objetivo constituían una parte fundamental del modo de pensar de Bloch, estos no se encuentran ni en Chakrabarty ni en Chibber. Una incursión más flexible en el proyecto subalterno, y contra él, habría tratado de estos precursores marxistas de entreguerras, a menudo imitados –y de algún modo también denigrados–, que se centraron en la mismísima disonancia intelectual entre la ciudad y el campo, el centro y la periferia sobre la que tanto reflexionan los estudios subalternos contemporáneos. Bloch quería arrancar a la gente de las garras de «una contemplación ascética del irresuelto mito del viejo y oscuro ser o de la naturaleza», una declaración que no podía ser más pertinente con respecto a la fe identitaria de los estudios subalternos en la otredad rígida del sujeto colectivo indio.

La ventaja de haber reclamado para sí la exclusiva autoridad de evocar y de ser el subalterno es que uno puede hacer referencia, sin cohibición, a

³⁴ Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe*, Princeton, 2000, p. 243. La apropiación deriva de Homi Bhabha, como Keya Ganguly señala en «Temporality and Postcolonial Critique», *The Cambridge Companion to Postcolonial Literary Studies*, cit., p. 174. Las citas de Bloch pertenecen a este artículo.

una «historiografía occidental» que supuestamente narra la historia como un progreso de la conciencia, y hacerlo mostrándose al mismo tiempo modesto acerca del grado en el que uno habla en y a través de este llamado Occidente. Si Chakrabarty refleja lo que el historiador Vasant Kaiwar denomina, con razón, una curiosidad histórica «notablemente angosta» —«con ricas descripciones de un bando (Calcuta) y esbozos esquemáticos y muy austeros del otro (Europa)»—, dicho reduccionismo es también evidente en la reciente reseña del libro de Chibber efectuada por Spivak³⁵. En ella ataca a la editorial, Verso, por su «pequeño marxismo británico», como si no hubiese sido Verso la que, más que cualquier otra, presentó a los lectores metropolitanos (orientales y occidentales) obras de intelectuales y activistas desde Brasil y China hasta Italia e India, creando desde todos los puntos de vista la esfera pública internacional de izquierda más amplia desde la Segunda Guerra Mundial.

Claramente, como indican tales reacciones, las diferencias políticas que se arremolinan en torno al debate sobre quién tiene derecho a hablar y en qué lenguaje disciplinar o teórico son muy reales, irreconciliables incluso; por esa razón importa mucho cómo expresa cada uno las diferencias: tanto para dar en el blanco como para demostrar la validez de la propia posición. Yo apostarí por dar más autoridad a los legados vitales de un *generalismo* intelectual humanista que, durante tanto tiempo, ha animado el pensamiento hegeliano de izquierda en forma de marxismo propiamente filológico e interpretativo.

³⁵ V. Kaiwar, *The Postcolonial Orient: The Politics of Difference and the Project of Provincializing Europe*, cit.; Gayatri Chakravorty Spivak, «Review of *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*», *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 27, núm. 1, 2014.

EL PARADIGMA DE LA APERTURA

¿QUIÉN PODRÍA PONER objeciones a la «innovación abierta»? El término, que ha migrado desde el desarrollo de *software* para convertirse en materia prima de la estrategia de la gestión empresarial, parece conjurar los aspectos más deseables del capitalismo estadounidense contemporáneo: libertad, creatividad, accesibilidad democrática, posibilidad de nuevas fronteras. El paradigma de la «apertura» promete combinar nuevos sistemas de producción, hechos posibles por las tecnologías de la web 2.0 y el encogido espacio de la globalización, con novedosas formas de organización de las empresas y de extracción de valor; ofrece una poderosa arma en la competencia entre las empresas y un nuevo régimen laboral. El paradigma ha sido promovido durante la pasada década por una avalancha de libros y artículos generados desde las escuelas de administración de empresas estadounidenses. Según Henry Chesbrough, uno de los gurús en este campo y director del Center for Open Innovation en la Hass Business School de Berkeley¹, en 2003 una búsqueda en Google de «innovación abierta» producía 200 resultados; en 2013 la cifra era de 672 millones.

Los proponentes de esta «innovación abierta» sostienen que, al igual que en la década de 1980 la organización fordista de la producción dio paso a formas «flexibles», la flexibilidad está siendo ahora reemplazada por el «modelo abierto de negocio». Se dice que ya se ha propagado desde el sector de la electrónica al de la biotecnología y al farmacéutico, y está empezando a introducirse en la agroindustria, la industria de la alimentación y en el sector de las máquinas-herramientas; una encuesta de 2013 afirmaba que tres cuartas partes de las empresas en Estados Unidos y Europa con ventas por encima de los 250 millones de dólares

¹ Henry Chesbrough, «Everything You Need to Know about Open Innovation», *Forbes*, 21 de marzo de 2011.

estaban poniendo en práctica la «innovación abierta»². Sin embargo, una mirada más detallada muestra que, en vez de ser una fuerza del capitalismo estadounidense, el paradigma de la apertura es un síntoma de sus problemas: la desaforada búsqueda de beneficios sin una inversión sostenida y la necesidad de exprimir al máximo el trabajo para sangrar a una demanda ya débil y dependiente del crédito.

Desde el fordismo a la producción flexible

El fordismo clásico implicaba empresas verticalmente integradas, que ya habían empezado a surgir con los monopolios de finales del siglo XIX. Andrew Carnegie desarrolló la Steel Corporation estadounidense comprando operaciones en todas las fases de la cadena del valor: yacimientos de mineral de hierro, minas de carbón, acerías, ferrocarriles y barcasas para su transporte. John D. Rockefeller levantó la Standard Oil Corporation para incluir no solo refinerías de petróleo –era el dueño de la mayoría de la capacidad de refinado de Estados Unidos–, sino oleoductos, tanques de transporte, plantas de fabricación de barriles, distribuidores al por menor y fábricas que producían, entre otras cosas, asfalto, componentes para fertilizantes, grasas lubricantes, combustible para calefacciones y gasolina. Igualmente, la molienda de trigo estaba dominada por Pillsbury, el procesado y envasado de carne por Armor y los productos de jabón y artículos para el hogar por Procter & Gamble. El principio fordista –Henry Ford pagando a los trabajadores de su fábrica lo justo como para que pudieran comprarse un Modelo T– ayudó a impulsar la demanda interior y proporcionó los fundamentos para la producción en masa, para cualquier demanda que se pudiera producir y con pocas preocupaciones por las existencias no vendidas. La legislación antimonopolios hizo que estos se reestructuraran en oligopolios, pero el imperativo empresarial siguió centrado en internalizar el mayor número de actividades posibles dentro de empresas gigantes. Después de sobrevivir a la Gran Depresión, el paradigma recibió un enorme impulso con el *boom* del periodo bélico. Las corporaciones estadounidenses crecieron para volverse hegemónicas en la economía global.

² Oliver Gassmann, Ellen Enkel y Henry Chesbrough, «The Future of Open Innovation», *R&D Management*, vol. 30, núm. 3, junio de 2010; Henry Chesbrough y Sabine Brunswicker, *Managing Open Innovation in Large Firms: Survey Report, Executive Survey on Open Innovation*, Berkeley, 2013.

En la década de 1970, las empresas de Estados Unidos se enfrentaban a una creciente competencia de Alemania y Japón –y poco después, de Taiwán, Corea del Sur, China y Vietnam– que dejó al mercado mundial agobiado por la sobrecapacidad industrial. En medio de la recesión, de las crisis del petróleo y de la militancia sindical, estos problemas de sobrecapacidad se vieron agravados por el coste de almacenaje de las existencias excedentes. Las empresas ya habían empezado a recortar los costes de producción trasladándose a mercados laborales más baratos y no sindicados, tanto en el sur de Estados Unidos como en el extranjero. Pero a medida que las tasas de beneficio continuaban cayendo, los grandes accionistas empezaron a pedir una actuación más incisiva. En medio de rondas de agresivas adquisiciones y fusiones, los recortes de costes y la liquidación de activos acabaron en la *desintegración* vertical de las operaciones de las empresas a partir de la década de 1980: se eliminaron las actividades secundarias y los departamentos no lucrativos, o sus funciones fueron externalizadas a compañías más pequeñas que habitualmente tenían que competir para ofrecer la oferta más barata recortando entre ellas los costes de mano de obra y de desarrollo. Las empresas grandes podían hacer pedidos de estos suministradores a voluntad y así aliviar la carga de unas existencias sobreacumuladas en medio de una creciente competencia en un mercado inestable.

Este nuevo régimen de «producción flexible» también asistió al ascenso de los minoristas hasta el vértice del sistema de distribución, con los fabricantes ocupando un nivel inferior. El proceso se manifestaba en la cambiante relación entre Procter & Gamble, la tradicional empresa de artículos para el hogar, y Wal-Mart, la agresiva nueva cadena de productos baratos. Junto a los gigantes de la alimentación Heinz y Kellogg, el fabricante de jabón de Cincinnati había sido un pionero de los productos de marca, transformando mercancías genéricas en bienes de consumo ligados a una empresa específica –Ivory, Tide, Crest, Pampers– respaldada por costosas campañas publicitarias; la invención de la radionovela como género tuvo el objetivo de atraer audiencias para los anuncios en la radio. Con la fuerza que les daba sus masivas ventas y la demostrada lealtad de los consumidores, P&G podía dictar las condiciones a los minoristas sobre precios, programas y exposición. A mediados de la década de 1980, Wal-Mart había perfeccionado su sistema de escaneo por láser de los códigos de barras de los productos y de transmisión de los datos directamente a través de su satélite privado desde las cajas de sus tiendas a su sede central en Arkansas; los ingresos anuales de la

compañía habían alcanzado los 15.000 millones de dólares, la misma cifra que P&G³. En 1987 Sam Walton convenció a P&G para que instalase un sistema de pedidos electrónico de manera que un ordenador de una tienda de Wal-Mart pudiera automáticamente pedir Pampers a una fábrica de P&G cuando se estuviera quedando sin existencias, haciendo que de un plumazo los equipos de venta de esta última fueran redundantes. En 2005, los ingresos anuales de Wal-Mart eran cinco veces mayores que los de P&G y podía dictar los precios, el volumen, el empaquetado, los planes de entrega y la calidad a sus suministradores⁴. De ese modo podía reducir sus propios costes de inventario mientras los productores encontraban cada vez más necesario cambiar a los planteamientos del «justo a tiempo», que habían sido desarrollados en la década de 1970 por las principales empresas japonesas del automóvil y la electrónica, los cuales podían imponer planes aparentemente imposibles sobre sus subcontratistas dependientes⁵.

El modelo de producción flexible vio la externalización y la degradación de la producción en un amplio conjunto de sectores. En el sector de la confección, por ejemplo, Gap y Nike, después de haber construido sus marcas, se concentraron en el diseño, el *marketing* y los puntos de

³ Wal-Mart había alcanzado el dominio del mercado a finales de la década de 1970 como lo que se llamaría un «jugador de plataforma» cuya innovadora utilización de la tecnología «puede dirigir la futura evolución de su mercado», haciendo que los clientes y suministradores adapten sus modelos de negocios a los suyos, el alfa y omega de la «innovación abierta»: Henry Chesbrough, *Open Business Models: How to Thrive in the New Innovation Landscape*, Boston, 2006, pp. 132-133. Wal-Mart se situó como distribuidor en vez de minorista; su competencia primordial no estaba en el *marketing*, sino en la logística. Se extendió a nuevas regiones construyendo primero un centro de distribución y después vinculándolo hasta con ciento cincuenta tiendas. Un centro de distribución podía tener el tamaño de quince campos de fútbol, más de kilómetro y medio de largo, repleto de terminales donde los camiones y los vagones de ferrocarril descargarían su cargamento de cajas con sus códigos de barras en cintas transportadoras alimentando el «centro de fusión», donde ojos electrónicos escaneaban los códigos de barras y brazos electrónicos empujaban las cajas a los conductos adecuados, donde nuevas cintas transportadoras las repararían a los camiones que las suministrarían a las tiendas. El modelo del centro de distribución fue utilizado por Home Depot, Target, UPS y Fedex, dándoles el control monopolista sobre nodos cruciales en la red de distribución global; Nelson Lichtenstein, *The Retail Revolution: How Wal-Mart Created a Brave New World of Business*, Nueva York, 2009, p. 52.

⁴ *Ibid.*, pp. 55-63.

⁵ El modelo *keiretsu* japonés se describe normalmente en términos de relaciones a largo plazo basadas en la confianza, pero los suministradores de nivel inferior –con una mano de obra a menudo formada por mujeres, inmigrantes y gente de mucha edad– recibían un tratamiento muy diferente; véase, por ejemplo, Michael Smitka, *Competitive Ties: Subcontracting in the Japanese Automotive Industry*, Nueva York, 1991.

venta; la fabricación de sus prendas y zapatos se redujo a un eslabón subordinado de la cadena de suministro, contratada fuera con suministradores de niveles inferiores en el este de Asia, el subcontinente indio o América Latina, mientras que los precios, la calidad y los programas se coordinaban desde arriba. De nuevo Wal-Mart fue una pionera comprando directamente en el este de Asia: desde principios de la década de 1980 sus operadores en Hong Kong y Taipéi buscaron fabricantes en la China continental para producir bienes especificados desde Arkansas, ofreciendo márgenes brutos de beneficios de solamente el 10 por 100, pero grandes pedidos en cuanto a volumen. Para cumplir sus planes de suministro, el primer tramo de las empresas chinas subcontratarían inmediatamente una gran parte de los pedidos con docenas de pequeños productores, creando un «nuevo universo» de talleres de trabajo esclavo sobre los que Wal-Mart no tendría ninguna responsabilidad legal⁶.

Corporaciones de primera fila como General Electrics e IBM siguieron el mismo camino. GE dejó de fabricar radios y productos electrónicos y en vez de ello creó franquicias de su propia marca en mercados asiáticos que asumieron la I+D, la producción, el *marketing* y la venta –y todos los riesgos–, mientras que GE obtenía unos *royalties* fijos⁷. La financiarización ofrecía otra fuente de ingresos con una rentabilidad mayor que la producción de mercancías: en la década de 1990, el brazo financiero de GE era el responsable de la mitad de sus ganancias. IBM, que en las décadas de 1960 y 1970 había disfrutado de una posición monopolista en el mercado de ordenadores, se hundió en una crisis financiera en 1992 y sus beneficios cayeron por la entrada de Oracle, Intel y Microsoft. Lou Gerstner, el director general, impuso despidos masivos y el cierre de las secciones no rentables, incluyendo todo el departamento de I+D. IBM fue remodelada como una compañía de servicios que otorgaba licencias a otros para la utilización de su tecnología. Más de la mitad de sus ingresos actualmente proceden de IBM Global Services, que proporciona soporte para las inversiones en tecnología de la información de sus clientes⁸.

Por encima de todo, la «producción flexible» certificaba una degradación de la mano de obra. Los costes salariales estuvieron entre los

⁶ N. Lichtenstein, *Retail Revolution*, cit. pp. 199, 215-217. Wal-Mart utilizó entonces su campaña de mediados de la década de 1980 «Compra americano» para tratar de obligar a los fabricantes nacionales a competir con los suministradores del este de Asia: pp. 205-209.

⁷ H. Chesbrough, *Open Business Models*, cit., p. 100.

⁸ *Ibid.*, p. 196.

primeros objetivos de las agendas de los accionistas; la «flexibilidad funcional» pasó a significar que un amplio abanico de tareas se agruparía en amplias bandas salariales, eliminando así las subidas de salarios cuando los empleados asumían mayores responsabilidades. La «flexibilidad numérica» fue otro de los objetivos que se alcanzó utilizando mano de obra temporal y agencias de contratación. Ambos tendían a asegurar aumentos del volumen de trabajo con menos recompensas. Si bien hubo un tiempo en el que el empleo se consideraba una ruta para salir de la pobreza, el nuevo panorama laboral suponía que la gente tuviera múltiples trabajos y, aun así, siguiera luchando por salir adelante. Los salarios se estancaron —en Estados Unidos el valor real del salario mínimo cayó el 30 por 100 en las tres décadas posteriores a 1978—, mientras que la demanda se sostenía en gran parte por un enorme aumento de la deuda de los hogares. Las empresas se dirigieron «a los que tienen» y a los prestatarios del nuevo mercado global como los potenciales consumidores, ignorando el creciente número de los «que no tienen»; las llamadas ciudades globales se convirtieron, más que nunca, en centros de extrema riqueza y completa miseria.

«Innovación abierta»

Sin embargo, las tasas de beneficio de las empresas estadounidenses continuaban cayendo con cada nuevo ciclo económico; el breve ascenso de finales de la década de 1990 con el auge de las puntocom resultó ser una gigantesca burbuja que estallaba en el verano de 2000. La idea de que las empresas estadounidenses deberían responder intensificando la competencia en el extranjero aprovechando la investigación y el desarrollo —«Sacar beneficios de la innovación», en el posterior lenguaje de los teóricos de las escuelas de negocios— había surgido en la década de 1970 a la vista de los avances tecnológicos de las empresas japonesas⁹. Una de las consecuencias políticas fue el fortalecimiento de la ley estadounidense para la protección de las patentes y la creación en 1982 de un tribunal federal para los recursos sobre estas cuestiones. Pero, al margen de diezmar los departamentos de I+D con despidos de personal, el régimen de producción flexible del neoliberalismo no encontraba solución para el carácter todavía fordista de la I+D, un carácter que realmente se podría calificar de taylorista habida cuenta de la rígida división que continuaba habiendo en las empresas más grandes entre la organización de la producción y de la «innovación». El problema se agravaba con una

⁹ David Teece, «Profiting from Technological Innovation», *Research Policy* 15, 1986.

competencia global cada vez más intensa y unos ciclos de innovación cada vez más cortos; las empresas –especialmente aquellas que todavía producían bienes y servicios– sufrían más presiones que nunca para aumentar el valor de sus acciones¹⁰. Al mismo tiempo, se estaba desarrollando un nuevo entorno de la demanda facilitado por los avances de las tecnologías de la información y la comunicación. Las empresas carecían del volumen de conocimientos necesario para afrontar una demanda cada vez más personalizada e impredecible. Desde las profundidades de la recesión de las puntocom, sin embargo, surgió la idea de que el movimiento en pro del código abierto, avanzado por el programador finlandés de 22 años Linus Torvalds, podía proporcionar un modelo para una I+D más barata y quizá más rentable.

A principios de la década de 1990, mientras trabajaba en los códigos del núcleo de un nuevo sistema operativo, el Linux, Torvalds había liberado las primeras versiones de su trabajo, invitando a que se produjeran sugerencias por parte de sus colegas *hackers* y construyendo el núcleo de tal manera que fuera fácil de evaluar, depurar y mejorar. El proceso, que se llamó «desarrollo abierto» o de «código abierto», se demostró asombrosamente satisfactorio. Para sorpresa de los teóricos de los negocios, Torvalds calculaba que él solamente había codificado el 2 por 100 del núcleo; el resto lo habían hecho gratis los colaboradores *online*. Las implicaciones comerciales fueron sacadas por Eric Raymond en su *best seller* de 1999, *The Cathedral and the Bazaar*: las fuerzas de la técnica y del mercado estaban convergiendo para sacar el código abierto «fuera de su papel especializado»; la clave estaba en «sacar partido del desarrollo abierto y de la evaluación descentralizada por compañeros para *rebajar los costes* y mejorar la calidad del *software*»¹¹. Con la llegada de la «innovación abierta» como estrategia de las empresas, la I+D quedaría deliberadamente externalizada, igual que la fabricación de zapatillas, para mejorar el resultado final explotando de forma novedosa nuevas fuentes de mano de obra.

La definición de «innovación abierta» ponía poco énfasis en las ideas como tales; lo que contaba no era la originalidad o la creatividad, sino la extracción de valor. Reflejando una distinción que se remonta a

¹⁰ Blandine Laperche, Gilliane Lefebvre y Denis Langlet, «Innovation Strategies of Industrial Groups in the Global Crisis: Rationalization and New Paths», *Technological Forecasting and Social Change*, vol. 78, núm. 8, octubre de 2011.

¹¹ Eric Raymond, *The Cathedral and the Bazaar: Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*, Sebastopol (CA), 1999, p. xi; (cursiva añadida).

Schumpeter, Chesbrough subrayaba que «por innovación quiero decir algo completamente diferente de invención. Para mí, la innovación significa la invención llevada a la práctica y al mercado»¹². El paradigma de los negocios de I+D del siglo xx había sido el trabajo interno de investigación en el laboratorio, avanzado por la industria química alemana y naturalizado en Estados Unidos en los Western Electric's Bell Laboratories; el Proyecto Manhattan había actuado sobre el mismo modelo. Pero en una era de crecientes presiones del mercado, las empresas también necesitaban buscar fuera conceptos innovadores mientras afinaban sus herramientas para la extracción de beneficios. Progresivamente, encontraron posible recoger tecnologías innovadoras de sus suministradores, ahora equipados con ordenadores personales y *software* de bajo coste que facilitaban su innovación independiente. Mientras tanto, surgía una nueva clase de empresa para negociar nuevas relaciones entre las empresas: por un lado, «demandantes» con problemas específicos de «innovación» y, por otro, sus potenciales «solucionadores». Estos mediadores se ocupaban no solo de los expertos y de las ideas, sino también de la propiedad intelectual.

En el lenguaje de la innovación abierta, la propiedad intelectual debía gestionarse como un activo financiero. Principalmente, esto ha supuesto feroces batallas sobre los derechos de propiedad intelectual sobre tecnologías ya existentes. El dominio aparentemente público del conocimiento humano difícilmente es un acogedor bien común. La lucha entre Apple y Samsung por el *smartphone* y la *tablet* es un buen ejemplo. Ambas empresas están pidiendo en los tribunales de la UE, de Estados Unidos y Asia la prohibición de los productos de la otra con reclamaciones y contrarreclamaciones de violación de patentes. Samsung sostiene que sus pantallas más grandes y sus precios más baratos son los que están ampliando su cuota de mercado, en vez de la utilización de algún minúsculo aspecto de la tecnología táctil; mientras tanto, los abogados de Apple advertían en un tribunal de California que la fabricación estadounidense de televisores había fallecido porque las compañías estadounidenses no habían conseguido proteger su propiedad intelectual frente a empresas

¹² H. Chesbrough, *Open Innovation*, cit., p. ix. Chesbrough, un producto de Yale y de la Stanford Business School, era director de *marketing* de una empresa de discos duros que aparecía en la lista Fortune 500 en la década de 1980 y en la de 1990 dirigió una consultora de negocios en Silicon Valley antes de escribir su primera obra sobre la innovación abierta durante una temporada de investigación en la Harvard Business School.

extranjeras: «Nuestra economía desaparecerá»¹³. Cuando, con una sabiduría salomónica, la Comisión Internacional de Comercio de Estados Unidos dictaminó que ambas partes habían violado las patentes de la otra, no sorprendió que la Administración de Obama vetara una prohibición sobre los productos de Apple mientras apoyaba otra sobre Samsung.

La protección de patentes se está convirtiendo progresivamente en un terreno conflictivo. Después de haber estado considerada terreno de abogados, a los que se recompensaba por mantener a su empresa libre de problemas, ahora la actividad en materia de patentes es una cuestión de gestión estratégica¹⁴. No constituye ninguna protección el hecho de que la inmensa mayoría de las patentes nunca se comercialicen –un asombroso 90 por 100, según calculaba Procter & Gamble en 2002–, aunque este hecho pueda sugerir que la actividad de las mismas es una dudosa medida de la innovación. Por el contrario, la combinación de un gran surtido de viejos inventos que nunca se pusieron en práctica y el reciente desarrollo de «marañas de patentes», alrededor de paquetes de complejas tecnologías interconectadas, ha generado una nueva industria: el «secuestro de patentes». El hecho de que las patentes a menudo se crean para ideas que no son realmente nuevas proporciona un terreno particularmente fértil para los secuestradores de patentes que hacen dinero comprando viejas patentes que tienen alguna conexión con nuevas tecnologías, pero que nunca se han comercializado, para después demandar a las grandes empresas por violación de patentes. El secuestro de patentes representa alrededor de 83.000 millones de dólares anuales en riqueza perdida y los costes de los litigios aumentaron el 400 por 100 en los ocho años posteriores a 2005 para Google, Blackberry, Earthlink y Red Hat¹⁵. Las empresas han empezado a pagar dinero a los secuestradores, en forma de elevados precios para obtener las licencias y evitar unos pleitos incluso más costosos.

Cuando las grandes empresas invierten en una concreta I+D, lo más probable es que sea por medio de adelantar un capital riesgo cada vez más internalizado a empresas externas, con un criterio a corto plazo –el modelo de Silicon Valley–, en vez de ampliar sus propios departamentos de investigación. El hecho de que grandes empresas productoras de

¹³ Dominic Rushe, «Samsung Ordered to Pay Apple \$290m More for US Patent Infringements», *The Guardian*, 22 de noviembre de 2013.

¹⁴ H. Chesbrough, *Open Business Models*, cit.

¹⁵ Phil Goldberg, «Stumping Patent Trolls Is the Path to Innovation», *Real Clear Markets*, 30 de octubre de 2013.

bienes y servicios hayan desarrollado sus propios programas de capital riesgo habla por sí mismo de su grado de financiarización; en condiciones de sobrecapacidad global, las mayores rentabilidades se encuentran más a menudo fuera de sus competencias centrales. Una reciente encuesta sobre las cincuenta primeras empresas del Forbes Global 2000 en cinco sectores muestra que solo una cuarta parte de ellas invierte en capital riesgo con el propósito de fortalecer sus propios negocios básicos¹⁶. Los estudios sobre la innovación abierta habitualmente evitan mencionar el papel central del Estado en la I+D, a pesar de los miles de millones de dólares lanzados sobre las empresas privadas por el Gobierno federal, sobre todo, en el campo de la recogida de datos y el análisis desde el 11-S, como gráficamente ha revelado Edward Snowden. Pero esto trae a primer plano la importancia de penetrar en las instituciones universitarias de investigación: «Identificar líderes, donar herramientas y servicios para ayudar en su investigación», con vistas a una posterior comercialización¹⁷.

En 2000, el recién nombrado director general de Procter & Gamble, A. G. Lafley, estableció el objetivo de adquirir de fuentes externas el 50 por 100 de las innovaciones de la compañía y en 2006 se habían remitido alrededor de 10.000 ideas para productos y tecnologías; a la empresa de su cadena global de suministro se les ofrecía la utilización de una plataforma informática segura para compartir informes tecnológicos para «cocrear» con P&G. Evidentemente, mucho de lo que pasa por innovación abierta es poco más que tonterías de relaciones públicas corporativas. Eso ciertamente se aplica a los lustrosos folletos de General Electric, *Ecoimaginación*, en los que el gigante de la energía se jacta de las migajas que ha arrojado sobre las renovables, pide nuevas iniciativas en los combustibles ecológicos y promete reducir sus emisiones de carbono, en su debido momento, al 1 por 100. Lo mismo sucede con el *crowdsourcing* en internet de Procter & Gamble para encontrar un método de imprimir imágenes comestibles sobre las patatas fritas Pringle. Una solución la proporcionó un profesor de Bolonia, panadero y profesor de ciencias, que ya había encontrado un método de imprimir sobre galletas y tartas¹⁸. El departamento de publicidad de P&G sacó mucho provecho

¹⁶ Véase Boris Battistini, Fredrik Hacklin y Pius Baschera, «The state of corporate venturing: Insights from a Global Study», *Research-Technology Management*, vol. 56, núm. 1, enero-febrero de 2013. Más de la mitad de las empresas de la muestra invierten en nuevas compañías con productos o servicios similares, y el resto, en un «espacio en blanco» (productos o servicios completamente diferentes).

¹⁷ H. Chesbrough, *Open Business Models*, cit., p. 73.

¹⁸ Larry Huston y Nabil Sakkab, «Connect and Develop: Inside Procter & Gambles's New Model for Innovation», *Harvard Business Review*, marzo de 2006.

de esta pintoresca historia, pero de lo que se trataba realmente era de sacar otra fracción de céntimo de cada mordisco saturado de aditivos mientras se evitaban los costes asociados.

Mayores consecuencias tiene la relación de la innovación abierta empresarial con su supuesta fuente de inspiración, el *software* de código abierto. Muchos programadores de *software* libre y de código abierto han subvertido deliberadamente la idea de derechos de propiedad intelectual y, en el proceso, han creado una riqueza de lo común a la que todos pueden contribuir de acuerdo con sus habilidades, y de la cual todos se pueden beneficiar según sus necesidades y donde las innovaciones podrían compartirse libremente. Por el contrario, un objetivo central de la innovación abierta es «crear un modelo de negocio para sacar beneficio del *software* de código abierto»¹⁹. En la década de 1990, IBM había estado cediendo terreno a Windows y Unix en los sistemas operativos, una tecnología decisiva para determinar el nuevo panorama de la computación en las empresas y que era su actividad central. En 2001 Gerstner anunció que la empresa se gastaría mil millones de dólares en el desarrollo de *software* de código abierto, utilizando Linux como «cabalgadura» para hacer crecer el negocio de sistemas operativos de IBM, en el que el *software* de código abierto estaría complementado por un *middleware* patentado: como señala Gerstner, «Dar por un lado ayuda aumentar las ventas por otro»²⁰. IBM y otros «apoyarían» el *software* libre vendiendo la instalación, la resolución de problemas y los servicios de asistencia, integrándolo con una infraestructura patentada, lectores, interfaces *software-hardware*, etcétera. Al transferir sus patentes de *software* a una fundación sin ánimo de lucro, de código abierto, IBM estaba creando una base más amplia para sus propios productos y servicios²¹.

A través de una serie de calculadas tácticas, puede parecer que las empresas están altruistamente aportando tecnologías al dominio público, mientras que, indirectamente, promueven la demanda de sus propios productos. El *software* puede ser «versionado», haciéndolo libre en un nivel básico, pero cobrando una suma por operaciones más avanzadas, como hace MySQL. Los servicios gratuitos pueden producir nichos de audiencia que vender a anunciantes, como sucede con Facebook y

¹⁹ H. Chesbrough, *Open Business Models*, cit., p. 43.

²⁰ *Ibid.*, pp. 192 y ss., 240.

²¹ Joel West y Scott Gallagher, «Patterns of Open Innovation in Open Source Software», en Henry Chesbrough, Wim Vanhaverbeke y Joel West, (eds.), *Open Innovation: Researching a New Paradigm*, Nueva York y Oxford, 2006, p. 94.

Google. El juego consiste en utilizar la innovación –incluso si se presenta como gratuita y pública– para sacar beneficios por otros medios, idealmente, en conexión con un amplio abanico de procesos relacionados. En la medida en que las nuevas formas de innovación abierta suponen lo «libre» –como en licencias libres de *royalties* y donaciones al dominio público–, en un análisis más detallado generalmente resultan ser estrategias empresariales a largo plazo dirigidas a capitalizar sobre un abanico más amplio de oportunidades²². Como señala el programador de *software* libre Richard Stallman, este «libre» no tienen nada que ver con «libertad».

Talleres de trabajo esclavo virtuales

Una de las cosas que el paradigma de la «apertura» pretende obtener gratis, o por prácticamente nada, es la mano de obra. Cuando dejamos la esfera del seminario de la escuela de negocios y entramos en la morada de la producción, los nuevos modelos empresariales se muestran bajo una luz más desalentadora. Mientras que la globalizada «producción flexible» continúa apoyándose en enormes transbordos de bienes y vertiginosos flujos de capital, el trabajo ha sido mucho menos móvil. Con la «producción abierta», a través de internet y otros sistemas de tecnologías de la información como teléfonos móviles, el mercado laboral global puede ser aprovechado para una amplia variedad de tareas, desde resolver problemas a trabajos menores, abriendo la puerta para una era nueva de talleres virtuales de trabajo esclavo. Un ejemplo clásico es el minorista *online* Zappos, que se había dado cuenta de que los productos con una crítica del cliente que estuviera bien redactada se vendían mejor que los que tenían comentarios igualmente favorables, pero que estaban plagados de errores gramaticales u ortográficos. La empresa externalizó en la multitud (*crowdsourced*) la corrección de los cinco millones de críticas sobre sus productos, utilizando un proceso de «encuentra, encaja, verifica», a diez céntimos por crítica, gastando unos cientos de miles de dólares para generar ingresos de varios millones mientras que no pagaba prácticamente a los editores individuales²³.

²² Chris Anderson, *Free: How Today's Smartest Businesses Profit by Giving Something for Nothing*, New York, 2009.

²³ Panos Ipeirotis, «An Ingenious Application of Crowdsourcing: Fix Reviews' Grammar, Improve Sales», *behind-the-enemy-lines.com*, 5 de abril de 2011.

La compañía de camisetas Threadless es otro conocido ejemplo de la utilización del *crowdsourcing* para acceder a conocimientos del mercado de trabajo con unos costes mínimos. Cualquiera, en cualquier momento, puede enviar un diseño *online* de camiseta. Threadless organiza competiciones en la red con un modesto premio en metálico para el ganador; las votaciones también están *crowdsourced*. Como explica un mensaje *online*: «Durante las dos próximas semanas podemos ver cómo se enfrentan ocho diseños de camisetas; ayúdanos a decidir quién gana la batalla haciendo clic en “Me gusta” en nuestra página de Facebook. Esos votos representarán el 80 por 100 de la puntuación de ese diseño. BONUS: ¡Un votante elegido al azar ganará un regalo Threadless por valor de 25 dólares para recoger el diseño más votado!»²⁴. La compañía ha eliminado eficazmente los costes laborales de diseño mediante el desarrollo de un trabajo cualificado, aunque no pagado. No está claro qué proporción de los diseñadores de Threadless tienen una seguridad económica, con tiempo a su disposición, o están desempleados y reflejan una nueva desesperación: trabajar por nada con la esperanza de utilizar la experiencia para ganar alguna clase de empleo remunerado; el «trabajo inmaterial» se recompensa aquí con salarios inmateriales, un profundo e insidioso giro de la perspectiva de Hardt y Negri²⁵.

Hay muchos otros ejemplos de empresas que utilizan «talleres de trabajo esclavo virtuales» que pagan prácticamente nada. La web de Amazon, *Mechanical Turk*, recoge numerosas «tareas para la inteligencia humana», o HITS [Human Intelligence Tasks], que no puede abordar la inteligencia artificial a pesar de su naturaleza relativamente simple y repetitiva. Las tareas son remitidas por empresas que pagan a la página web una tasa del 10 por 100 de las tareas completadas. En 2013 los índices salariales para HITS individuales estaban en solamente 57,85 dólares por una tarea de siete días, u 8,26 dólares diarios. Una encuesta de 2010 encontró que el 47 por 100 de los «turqueros» procedían de Estados Unidos y el 34 por 100, de India²⁶. Generalmente, utilizan las ganancias que obtienen de *Mechanical Turk* para complementar otros ingresos, aunque para más del 10 por 100 en Estados Unidos y del 30 por 100 en

²⁴ Jess Hanebury, «Threadless Mobb: And the Winner Is...», threadless.com blog, 18 de marzo de 2013.

²⁵ Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*, Nueva York, The Penguin Press, 2004 [ed. cast.: *Multitud*, Barcelona, Ediciones Debolsillo, 2006]; *Commonwealth*, Cambridge, Harvard University Press, 2009 [ed. cast.: *Commonwealth*, Madrid, Akal, 2011].

²⁶ Panos Ipeirotis, «Demographics of Mechanical Turk», archive@NYU, Nueva York, 2010.

India son los ingresos principales. De nuevo, el trabajo es a destajo –por la tarea, no por el tiempo–, una característica habitual de los talleres de trabajo esclavo.

Los talleres de trabajo esclavo virtuales representan un nivel nuevo en la división del trabajo facilitado por las redes de comunicación que hacen que el trabajo localizado sea incluso más inestable. Las recompensas por trabajos tanto de baja como de alta cualificación están muy por debajo del umbral del salario mínimo: nada o unos céntimos por encima de eso. Gente cualificada está trabajando prácticamente gratis en tareas que tienen una similitud cada vez mayor con las del extremo inferior de la cadena del valor. Un reciente estudio europeo detalla nuevas clases de empleo precario que implican un trabajo independiente sin ninguna regulación, ni totalmente «por cuenta propia» ni totalmente «empleo dependiente»²⁷. La relativa escasez de empleos estables con salarios dignos en consonancia con las cualificaciones de la gente allana el camino para un solapamiento entre mano de obra muy y poco cualificada, reflejando crisis de sobrecualificación y pérdida de cualificación entre trabajadores cualificados²⁸. El resultado es un ejército mundial de trabajo *cualificado* de reserva, añadido a las inmensas cantidades de trabajo sin cualificar, dispuesto a adaptarse a las necesidades de las empresas en todos los tramos de la cadena del valor, mientras que la única compensación por los menguantes salarios ha sido una explosión del crédito que, a su vez, ha alimentado el crecimiento empresarial, al mismo tiempo que los consumidores permanecen endeudados como una forma de vida. El crédito se ha vuelto decisivo; es el mecanismo por el que las empresas pueden sostener mercados mientras pagan a los trabajadores poco más que nada. La descripción de los sujetos neoliberales como «sus propios empresarios»²⁹ adquiere un renovado significado a medida que millones de personas recorren el paisaje digital global buscando oportunidades; trabajando por nada y aparentemente viviendo de la esperanza.

²⁷ Manuela Samek Lodovici y Renata Semenza (eds.), *Precarious Work and High-Skilled Youth in Europe*, Milán, 2012.

²⁸ Para discusiones sobre el desajuste entre unos cualificados «trabajadores del conocimiento» y los cada vez más inestables, sin cualificar y mal pagados trabajos que realizan, véase, por ejemplo, Bill Lessard y Steve Baldwin, *Net Slaves: True Tales of Working the Web*, Nueva York, McGraw-Hill, 2000.

²⁹ Michel Foucault, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-1979*, Nueva York, Picador, 2008, p. 226; la cita directa es: «En el neoliberalismo [...] el *homo economicus* es un empresario, un empresario de sí mismo».

CLASE Y POLÍTICA EN LAS PROTESTAS

TURCAS DE GEZI

DESDE LA CRISIS financiera han estallado sucesivas protestas masivas que aparentemente han surgido de la nada. Los levantamientos árabes de 2011 fueron rápidamente seguidos por movilizaciones en la periferia de la eurozona, desde Grecia a España, y por el movimiento Occupy en Estados Unidos. Las «sentadas» anticorrupción han paralizado ciudades de India; Brasil y Turquía estallaron en 2013 mientras que Ucrania se vio dividida por movilizaciones y contramovilizaciones. ¿Qué fuerzas sociales y qué políticas han estado actuando? En esta misma revista ha habido contribuciones que han analizado la aparición del estrato «opositor» del siglo XXI y examinado la confluencia de clases en las protestas brasileñas: «nuevos proletarios», típicamente, licenciados trabajando en la venta telefónica, y la clase media golpeada por la inflación¹. En este texto nos centramos en el carácter social y político de las protestas de Gezi, que se produjeron con motivo de la amenaza de demolición de un pequeño parque en el centro de Estambul y que provocaron un levantamiento nacional que duró más de un mes.

Las protestas de Gezi ya han inspirado extensos análisis sobre las causas, la forma y el contenido de este estallido. En muchos de estos análisis se asume de forma generalizada que los manifestantes procedían en gran parte de la «nueva clase media», y que la participación de los que se encuentran más abajo en la escala social fue baja o simplemente nula. El movimiento de protesta de Turquía se ha considerado una manifestación de una nueva política de la clase media –democrática, medioambientalista– cuya importancia global se considera que va en aumento. Aquí

¹ Respectivamente, Göran Therborn, «¿Nuevas masas críticas?» y André Singer, «Rebelión en Brasil», *NLR* 85, marzo-abril de 2014.

examinamos estas suposiciones por medio del análisis de series de datos cuantitativos: tres encuestas y un conjunto de datos basados en informaciones de prensa. Al contrario de muchos análisis que se centran principalmente en el núcleo central de los manifestantes dentro del propio parque Gezi, nosotros examinamos el levantamiento turco en su momento de mayor apogeo, cuando se movilizó el mayor número de manifestantes por todo el país, y consideramos tanto el apoyo pasivo como los cuadros militantes. En los apartados que vienen a continuación esbozamos brevemente el abanico de las protestas, analizamos los argumentos respecto a su naturaleza, bosquejamos el amplio contexto económico y político en que se produjeron y concluimos con nuestro propio análisis, basado en las encuestas y los datos sobre la protesta.

El curso de las protestas

El parque Gezi es una pequeña área de hierba y árboles colindante a la plaza de Taksim, el centro social y cultural de Estambul. El ayuntamiento de la ciudad, dominado por el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), había dado permiso para convertirlo en un centro comercial unido a un sucedáneo del ornamentado cuartel de artillería de la era otomana que una vez ocupó el lugar, todo ello como parte de un proyecto más amplio que incluía la peatonalización de la plaza de Taksim. Un pequeño grupo de militantes medioambientales empezaron a organizar una campaña en los primeros meses de 2013 solicitando sin éxito una orden judicial para detener la obra. La destrucción del parque comenzó el 27 de mayo de 2013 con las excavadoras rompiendo un pequeño camino y unos cuantos árboles. Los militantes que ya estaban presentes en el lugar consiguieron parar las obras y al día siguiente se les unió un grupo más numeroso de manifestantes, incluyendo a miembros de la oposición del Parlamento. Algunos levantaron tiendas en el parque para mantener la vigilancia por la noche. Cuando se propagaron noticias en las redes sociales de que estos «ocupantes» habían sido brutalmente atacados por la policía a primeras horas de la mañana del 29 de mayo, un número mucho mayor se unió a la protesta. Una agresiva declaración del primer ministro Erdogan manifestando que el Gobierno continuaría adelante con el centro comercial sin importar lo que dijeran sus oponentes tuvo un efecto similar.

Como respuesta a esta represión, el movimiento fue creciendo como una bola de nieve: entre el 27 y el 30 de mayo el número de personas que

participaba en la protesta pasó de decenas a centenas, después a miles y la noche del 31 de mayo había cientos de miles de manifestantes que abarrotaban la calle Istiklal y los demás bulevares alrededor de Taksim, levantando barricadas y tratando de llegar a la plaza y al parque Gezi que estaban rodeados por la policía. Las protestas se extendieron a otras partes de Estambul: miles de personas atravesaron el puente del Bósforo desde la orilla de Anatolia para llegar a Taksim a primeras horas del 1 de junio. Cientos de miles de personas más en otras ciudades siguieron en las redes sociales lo que estaba sucediendo en Estambul y salieron a la calle en sus propias localidades. El Tribunal Administrativo número 6 de Estambul dictó una orden de paralización del proyecto que llegó demasiado tarde como para desactivar las protestas.

Después de una noche de enfrentamientos durante la cual más de un millar de manifestantes resultaron heridos, la policía se retiró. Se construyeron apresuradamente barricadas por toda el área creando una zona liberada –la comuna de Taksim– donde no circulaba el dinero y los alimentos, bebidas y medicinas se compartían colectivamente. En los días siguientes se calcula que el 16 por 100 de la población de Estambul se unió a las protestas, lo que supone alrededor de 1,5 millones de personas. En Esmirna, la tercera ciudad de Turquía, la cifra llegó a medio millón. Después de que la policía retomara la plaza el 11 de junio, las protestas continuaron a un nivel más reducido en asambleas populares y foros de barrios, cuarenta solamente en Estambul. Se consiguió salvar el parque, aunque la represión continuó y los militantes más destacados fueron expulsados, detenidos o llevados a juicio.

Interpretaciones

El primer análisis serio de los sucesos de Gezi vino del eminente investigador social turco Çağlar Keyder. En una serie de intervenciones Keyder ha sostenido que las protestas hay que entenderlas en términos de una recientemente aparecida clase media, insatisfecha con el «autoritarismo neoliberal» del gobernante AKP y que saca a la calle sus demandas y aspiraciones². Según Keyder, los manifestantes de Gezi eran mayoritariamente jóvenes con estudios universitarios que se habían beneficiado del crecimiento económico y de la apertura a la influencia global de la década pasada:

² Véase, por ejemplo, Çağlar Keyder, «The New Middle Class», *Bilim Akademisi*, 1 de agosto de 2014.

Turquía tiene ahora alrededor de doscientas universidades y más de cuatro millones de estudiantes universitarios; desde 2008 se han unido a la población 2,5 millones de graduados. Estas cifras son sintomáticas de la formación de una nueva clase media cuyos miembros trabajan en centros relativamente modernos, con tiempo libre y hábitos de consumo muy similares a los de sus homólogos globales. Pero también buscan nuevas garantías para su modo de vida, para su entorno y para el derecho a la ciudad; y se resisten a las violaciones de su espacio personal y social³.

Keyder sostenía que su situación económica separa a estos nuevos licenciados de la vieja clase media y de la burguesía, pero también del proletariado tradicional. No poseen los medios de producción, pero su capital cultural –educación, conocimientos, formación– les hace indispensables para el proceso de producción; se les paga por un trabajo mental más que manual. De forma similar, el sociólogo político Cihan Tuğal ha resaltado el significativo papel desempeñado por los profesionales, especialmente durante las primeras etapas de las protestas de Gezi. Desde el 28 al 31 de mayo, a medida que el número de manifestantes pasaba de cientos a miles, los profesionales formaban la abrumadora mayoría. Según Tuğal:

Los profesionales no solo encabezaban el movimiento, también formaban el núcleo de los participantes [...]. La resistencia en Gezi parece ser un movimiento ocasionalmente multclasista, pero predominantemente un movimiento de la clase media. Parece que en él predominan unos profesionales generosamente pagados que tienen cierto control sobre la producción y los servicios (aunque puedan no tener la propiedad), más que un proletariado de cuello blanco (como camareros, dependientes, funcionarios de rangos inferiores)⁴.

Esta perspectiva se hacía eco del concepto de «nueva clase» desarrollado por Alvin Gouldner en la década de 1970, en el que una intelectualidad técnica dotada de un «capital cultural» entra en conflicto con la clase dominante no debido a contradicciones estructurales en el ámbito económico, sino por un aumento de las tensiones entre sus situaciones y aspiraciones subjetivas y objetivas: «El bloqueo de sus oportunidades de ascenso social y la disparidad entre sus ingresos y su poder, por un lado, y su capital cultural y autoestima por otro»⁵. Para Loïc Wacquant, Gezi también implicaba a «una fracción de la población de Estambul,

³ Çağlar Keyder, «Law of the Father», *LRB Blog*, 19 de junio de 2013.

⁴ Cihan Tuğal, «“Resistance everywhere”: The Gezi revolt in global Perspective», *New Perspectives on Turkey*, 9, 2013.

⁵ Alvin Gouldner, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Middle Class*, Nueva York, 1979, p. 58.

la nueva burguesía cultural de intelectuales, los profesionales urbanos y la clase media urbana, que se levanta para afirmar los derechos que les da su capital cultural contra una incipiente alianza del capital económico (los intereses comerciales) y el capital político (el Estado que decide transformar este parque en un centro comercial)»⁶. Wacquant sostenía que el futuro del movimiento dependía de la clase de relación que esta nueva clase media urbana consiguiera establecer con los grupos urbanos marginados que no eran capaces de acumular ninguna clase de capital y que tuvieron muy poca participación, si es que alguna, en los acontecimientos de Gezi.

En contra de esta perspectiva, uno de los más destacados intelectuales marxistas de Turquía, Korkut Boratav, consideraba que Gezi era un ejemplo de lo que llama un «levantamiento de clase maduro»: los manifestantes eran mayoritariamente gente muy cualificada y proletarios con una cierta formación, a quienes otros autores han categorizado (equivocadamente) como parte de la nueva clase media, y estudiantes, a los que considera que en su mayor parte serán futuros proletarios⁷. La única excepción estaba en los profesionales independientes, que puede considerarse que pertenecen a la nueva clase media, ya que sus medios de vida se basan en el suministro de servicios para sus clientes. Boratav estaba de acuerdo en que había un considerable apoyo de esta capa a las protestas de Gezi, pero lo consideraba coyuntural y contingente. En su opinión, Gezi había que entenderlo como una revuelta de clase contra los intentos de unos capitalistas, compinchados con sus amigos políticos, de apoderarse del espacio urbano. Igualmente, Ahmet Tonak insistía en que, en términos de su relación con los medios de producción, la gente que se unió a las protestas de Gezi eran mayoritariamente trabajadores, trabajadores en potencia (estudiantes), hijos de trabajadores y trabajadores en paro e incluso jubilados⁸. Mientras tanto, para Michael Hardt, Gezi era un ejemplo de la idea de «multitud» que reunía a un abanico de sujetos desorganizados y de conflictos no integrados⁹. Para alcanzar sus demandas a largo plazo, cualesquiera que fuesen, tendrían

⁶ Loïc Wacquant, «Urban Inequality, Marginality and Social Justice», Bosphorus University, 17 de enero de 2014, disponible en Istifhanem.com.

⁷ Korkut Boratav, «Olgunlaşmış bir sınıfsal başkaldırı», *Sendika*, 22 de junio de 2013.

⁸ Ahmet Tonak, «İsyanın Sınıfları», en Özyay Göztepe, (ed.), *Gezi Direnişi Üzerine Düşünceler*, Ankara, 2013, pp. 21-28.

⁹ Can Semercioglu y Deniz Ayyıldız, «Interview with Michael Hardt», *Mesele Derigisi* 90, 2014.

que construir unas relaciones sostenibles entre sus diferentes grupos de referencia. Las asambleas populares organizadas después de que la plaza hubiera sido desalojada solamente podían proporcionar una solución provisional.

Antes de examinar las evidencias a favor y en contra de estas afirmaciones, puede ser útil hacer un breve esbozo de los acontecimientos económicos y políticos desde que el neoliberal-islamista Partido de la Justicia y el Bienestar (AKP) desalojara a los partidos del *establishment* kemalista en 2002. Los últimos doce años en Turquía han sido un periodo de vertiginoso crecimiento económico: el PIB ha crecido desde 230.000 a 788.000 millones de dólares, impulsado por la estrategia de libre mercado del AKP, orientada hacia la exportación y del enorme flujo de inversión extranjera. Aunque la financiarización, la especulación del suelo y el comercio exterior han generado grandes fortunas para una minoría de capitalistas y una sección de la clase media alta, los salarios reales han descendido significativamente y la brecha entre la creciente productividad industrial y el crecimiento de los salarios se ha ampliado. Al mismo tiempo, la oleada de migración rural que empezó en la década de 1990, cuando los campesinos fueron expulsados de sus tierras por la eliminación de los subsidios, unida al desplazamiento interno de más de dos millones de kurdos desde las zonas rurales, ha acelerado el crecimiento de un amplio proletariado informal. En 2011, alrededor del 55 por 100 de la mano de obra estaba trabajando en el sector informal. Esta población desposeída ha aumentado el grado de pobreza estructural de las zonas metropolitanas y ha producido una marcada división de clase entre la burguesía urbana globalmente integrada y las clases medias altas, por un lado, y el creciente proletariado informal, por otro, siendo esta una de las características más importantes de la sociedad turca contemporánea.

Como ha mostrado Yunus Kaya, este doble proceso de proletarización y polarización ha producido el crecimiento paralelo de las clases capitalista, profesional y proletaria a expensas del campesinado. En 1980, cerca del 54 por 100 de la mano de obra se dedicaba a la agricultura; en 2005 la cifra había disminuido hasta el 29 por 100, mientras que el 25 por 100 estaba empleado en la industria –incluyendo a un importante número de mujeres en el sector de la exportación de baja tecnología– y el 46 por 100, en los servicios. El mayor aumento por categoría de empleo se produjo en los trabajadores no manuales (administrativos, ventas,

servicios), cuya participación en la mano de obra creció desde poco más del 5 por 100 hasta el 13 por 100¹⁰. La enorme expansión de la educación superior, a la que se refiere Keyder, ha tenido pocos efectos hasta ahora en términos de empleos asalariados: cerca del 20 por 100 de los graduados entre 20 y 30 años estaban desempleados.

El endurecimiento de la hegemonía del AKP

El AKP se ha situado en este panorama social en rápido cambio proclamándose el adalid de los intereses de las mayoritarias clases populares, al mismo tiempo que desarrolla una ortodoxia neoliberal a favor de la UE y la OTAN.¹¹ Presenta al *establishment* político kemalista –principalmente formado por el Partido Republicano del Pueblo (CHP) y sus medios de comunicación– como los representantes de la elite económica, social y militar. Con la ayuda de un crecimiento impulsado por el crédito, el AKP ha conseguido establecer una inexpugnable mayoría electoral a través de su hegemonía entre el proletariado urbano informal y los pobres rurales, que está reforzada por una astuta práctica clientista. Pero sus políticas prooccidentales también atrajeron el apoyo del estrato de la izquierda liberal que estaba distanciado del bloque kemalista. Por el contrario, el CHP se ha apoyado mayoritariamente en una base electoral de clase media urbana. El asalto del AKP contra sus rivales kemalistas se convirtió en la década de 2000 en una purga a todos los niveles. El Gobierno de Erdogan puso en marcha amplias operaciones policiales y jurídicas contra sus oponentes, encarcelando a periodistas, académicos, políticos y oficiales del ejército en los tristemente célebres juicios de Ergenekon. El régimen hizo juegos malabares formando temporales alianzas tácticas con un amplio conjunto de diferentes grupos, incluyendo al bien organizado grupo religioso de Fethullah Gülen para alinearlos contra su enemigo del momento: los militares, el PKK, algunos sectores de la burguesía, los sindicalistas y los alevíes.

En 2010, el AKP impulsó un referéndum que le autorizaba a reescribir la Constitución (aunque se mantuvieron las características más represivas). Al año siguiente, Erdogan obtuvo su tercera victoria electoral cosechando

¹⁰Yunus Kaya, «Proletarianization with Polarization: Industrialization, Globalization and Social Class in Turkey, 1980-2005», *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 26, núm. 2, junio de 2008.

¹¹Para un análisis anterior en esta revista véase, Cihan Tugal, «Los islamistas de la OTAN», *NLR* 44, mayo-junio de 2007; véase también, Ece Temelkuran, «Banderas y velos turcos», *NLR* 51, julio-agosto de 2008.

casi el 50 por 100 de los votos emitidos. Con un margen de acción más amplio, su política exterior de «cero problemas» pronto giró hacia una guerra sucia contra el régimen de Assad, retóricamente respaldada por el chovinismo suní. El régimen se volvió más abiertamente autoritario y socialmente más conservador. Las presiones sobre las organizaciones sindicales aumentaron tanto por medio de la privatización y subcontratación como por la directa represión política. Se adoptó una legislación para limitar los derechos de las mujeres, incluyendo el endurecimiento de la ley sobre el aborto –legal en Turquía desde la década de 1980– e informando a las familias de las mujeres embarazadas de su situación. Los asesinatos de mujeres por cuestiones de honor se multiplicaron por catorce entre 2002 y 2009, junto a los asesinatos de transexuales. El AKP también aprobó una regulación más estricta de la venta de alcohol. Una consecuencia de estas iniciativas fue producir un electorado radicalizado y laico cuya decepción ante el fracaso de la corriente principal de la oposición les llevó hacia el activismo militante en la calle como la única manera que quedaba de desafiar al AKP.

Esto explica por qué el número de protestas políticas ya estaba creciendo constantemente en el año que precedió al levantamiento de Gezi: de menos de sesenta en julio de 2012 a más de un centenar al mes desde septiembre a diciembre de 2012; de ciento cincuenta en enero de 2013 a más de doscientas en marzo y doscientos cincuenta en mayo para llegar a cuatrocientas manifestaciones en junio de 2013¹². A finales de 2012, las protestas kurdas –incluyendo una huelga de hambre de sesenta y ocho días que implicó a miles de prisioneros kurdos– contribuyeron a llevar al AKP a entablar conversaciones de paz con el PKK después de treinta años de conflicto armado. Los alevíes desafiaron las políticas del AKP, cada vez más sectarias y más cargadas de orientaciones suníes, simbolizadas, por ejemplo, en el nombre con que Erdogan bautizó al nuevo puente sobre el Bósforo: Yavuz Suleimán, el sultán otomano del siglo XVI que ordenó la matanza de 40.000 alevíes. Las protestas de los grupos feministas forzaron al Gobierno a retirar la nueva ley del aborto. La militancia sindical creció, con huelgas de los empleados de las líneas aéreas turcas y de los trabajadores del sector textil. Los activistas LGTB tomaron las calles protestando contra los crímenes motivados por prejuicios sexuales, mientras que en diciembre de 2012 las manifestaciones estudiantiles fueron rechazadas por la policía antidisturbios en la Universidad

¹² Análisis de los autores sobre fuentes de los periódicos, julio de 2012-julio de 2013.

Politécnica de Oriente Próximo de Ankara. Los ecologistas lanzaron campañas para protestar contra las propuestas gubernamentales de construcción de nuevas plantas hidroeléctricas y nucleares. Partidarios laicos del CHP convirtieron las celebraciones del Día de la República, el 29 de octubre, en protestas antigubernamentales. Grupos «ultras» de aficionados al fútbol, que estarían en el corazón de las protestas de Gezi, se veían envueltos cada vez más en conflictos callejeros con la policía. Gezi reuniría a todos estos diferentes grupos sobre la base de un sentimiento antigubernamental, movilizado como respuesta a la cruda violencia del Estado, alrededor de la más inocente de las reclamaciones políticas: «No destruyáis nuestro parque».

Análisis social

Entonces, ¿quiénes eran los manifestantes de Gezi, en el sentido más amplio? ¿Cuál fue la composición de clase del levantamiento y qué ideologías apoyaba? A continuación pasamos a analizar los resultados de tres encuestas: dos de ellas, de la consultora KONDA, durante y justamente después de las protestas en junio y julio de 2013; y otra, de la consultora SAMER, realizada en Estambul y Esmirna en diciembre de 2013¹³. Utilizamos los datos de SAMER para presentar un detallado análisis de los manifestantes de Gezi y de la gente que les apoyaba, desplegando las categorías de clase desarrolladas por Alejandro Portes y Kelly Hoffman: capitalistas (propietarios o socios gestores de empresas grandes/medianas), ejecutivos (directivos o administradores de empresas o instituciones grandes/medianas), profesionales (con formación universitaria, en el sector público o en empresas grandes/medianas), pequeña burguesía (profesionales por cuenta propia, microempresarios), proletariado formal no manual (técnicos asalariados con formación profesional, empleados de cuello blanco), proletariado formal manual (trabajadores cualificados o no cualificados con contratos de trabajo) y proletariado informal

¹³ La primera encuesta de KONDA fue realizada desde el 6 al 8 de junio de 2013, basada en una muestra aleatoria de 4.411 encuestados en el propio parque Gezi. La segunda encuesta de KONDA, realizada en julio de 2013, inmediatamente después de las protestas, consistía en entrevistas con 2.629 encuestados de una muestra aleatoria que representaba a toda la población turca. La encuesta de SAMER, realizada en Estambul e Izmir en diciembre de 2013, está basada en una muestra estratificada aleatoria de 3.944 encuestados. Nosotros analizamos los datos brutos de SAMER y KONDA utilizando métodos estadísticos descriptivos, y presentamos los resultados de KONDA en su «Informe Gezi», junio de 2013, disponible en inglés en la página web de esa institución.

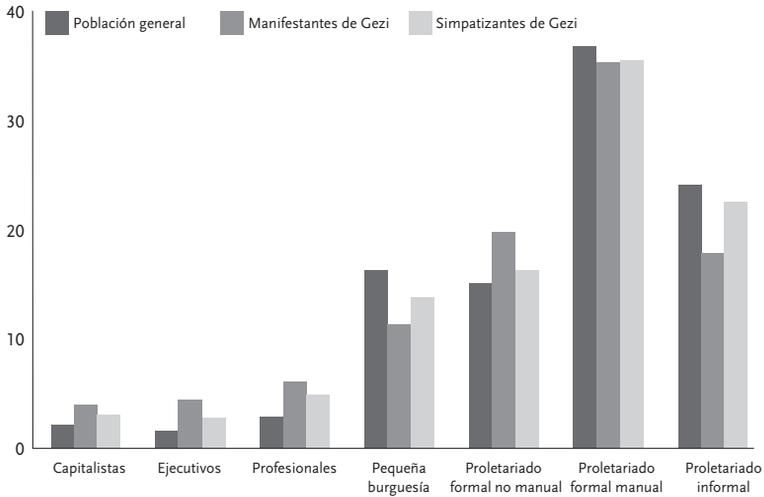
(trabajadores sin contratos, vendedores ocasionales, trabajadores del hogar no remunerados)¹⁴.

El Gráfico 1 muestra el resultado de nuestro análisis sobre la distribución social de los manifestantes de Gezi y de la gente que les apoyaba, comparados con la población general de Estambul y Esmirna¹⁵. El grupo mayor de los manifestantes era el del proletariado formal manual (36 por 100), seguido por el proletariado no manual (20 por 100), el proletariado informal (18 por 100), la pequeña burguesía (11 por 100), los profesionales (6 por 100), los ejecutivos (5 por 100) y los capitalistas (4 por 100). En otras palabras, más de la mitad de los manifestantes –aproximadamente, el 54 por 100– pertenecían al proletariado formal e informal, los dos escalones más bajos de la estructura de clase. Sumando a esto el proletariado formal no manual, es decir, empleados de cuello blanco y técnicos, la participación proletaria alcanza el 74 por 100. Al mismo tiempo, las clases superiores tenían una representación más elevada entre los manifestantes de Gezi que entre la población en conjunto: en otras palabras, la probabilidad de que un individuo participara aumentaba si él o ella pertenecía a una clase alta. Sin embargo, esto no elimina el hecho de que la mayoría absoluta de los manifestantes procedían de un entorno proletario.

¹⁴ Alejandro Portes y Kelly Hoffman, «Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era», *Latin American Research Review* 38, febrero de 2003. La encuesta de SAMER nos permite operacionalizar estas categorías a través de un módulo de clase en el cuestionario que pregunta sobre la situación laboral. Además, el módulo nos permite desarrollar un modelo basado en los hogares en vez de en los individuos. Los módulos de clases enfocados a los individuos normalmente acaban (en el caso turco) con el 40 por 100 de los encuestados categorizados como amas de casa y estudiantes. Sin embargo, el módulo de clase de SAMER toma la posición de clase de la muestra. En este módulo, si un individuo afirma que él o ella no es económicamente activo, entonces a la persona se le pide que responda a las preguntas del módulo de clase en términos del miembro de la familia que económicamente es responsable del hogar.

¹⁵ Para la encuesta de SAMER, definimos a los simpatizantes de Gezi como aquellos que se sitúan a sí mismos en el 4 o el 5 de la escala que mide el apoyo a las protestas: el 1 representa «totalmente opuesto», el 5 «totalmente a favor», y el 3 «ni se opone ni apoya».

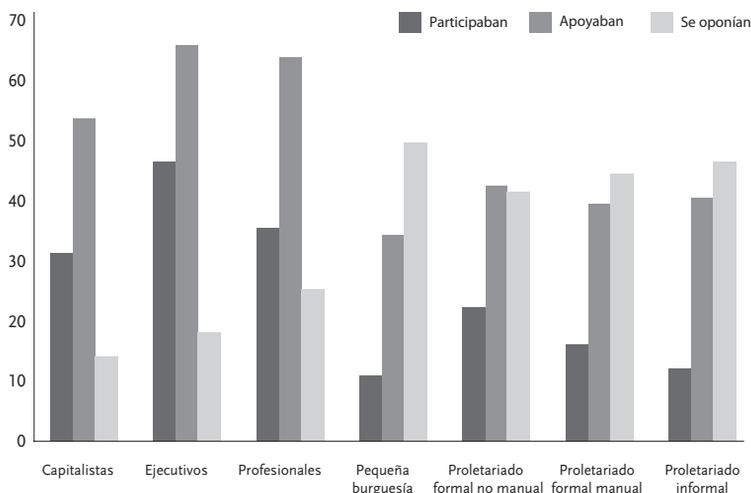
GRÁFICO I. DISTRIBUCIÓN SOCIAL DE LOS MANIFESTANTES DE GEZI Y DE LA GENTE QUE LES APOYABA, ESTAMBUL Y ESMIRNA (%).



Fuente: SAMER.

A continuación analizamos la proporción de aquellos que tomaron parte o apoyaban las protestas en relación a cada clase social (Gráfico 2). Aunque la proporción de la participación era mucho más baja entre el proletariado manual y el informal, el 14 y el 12 por 100 respectivamente, contribuían con más de la mitad de los manifestantes totales debido a su mayor fuerza numérica. (El índice de participación más bajo también puede estar relacionado con sus limitaciones de tiempo y de otros recursos en comparación con los otros estratos). La «nueva clase media» a la que se refieren muchos comentaristas se correspondería con las siguientes capas: proletariado formal no manual (técnicos asalariados y empleados de cuello blanco), profesionales (con formación universitaria, profesionales asalariados en los servicios públicos y empresas privadas grandes/medianas) y ejecutivos (directivos y administradores de empresas grandes/medianas y de instituciones públicas). Nuestro análisis muestra que estos estratos formaban el 31 por 100 de los manifestantes de Gezi. Aunque esto representa una proporción mayor que la de su presencia global en la población de Estambul-Esmirna que forma la muestra –el 20 por 100, según SAMER–, en el momento álgido los manifestantes de Gezi no eran un movimiento de la «clase media»: el 54 por 100 de los participantes eran proletarios, el 11 por 100 pertenecían a la pequeña burguesía y el 4 por 100 eran capitalistas.

GRÁFICO 2. PROTESTAS DE GEZI: PARTICIPACIÓN DE CLASE, APOYO Y OPOSICIÓN, ESTAMBUL-ESMIRNA (%).



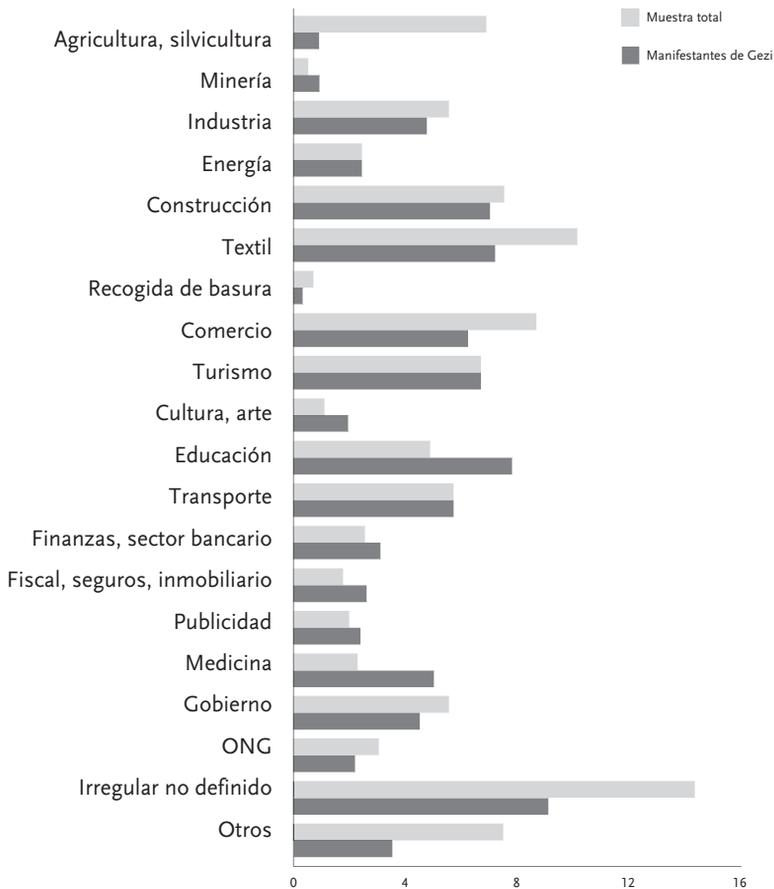
Fuente: SAMER.

Los manifestantes de Gezi procedían, pues, de una heterogénea mezcla de clases. El índice de participación era muy elevado entre profesionales, ejecutivos y capitalistas (35-45 por 100) y relativamente bajo entre los proletarios (12-21 por 100). Esto ayuda a explicar por qué las protestas han sido tan generalmente percibidas como un levantamiento de una «nueva clase media». Aunque la mayoría de los manifestantes procedían de un entorno de clase baja, el elevado índice de participación dentro de las clases medias y alta creó la impresión de una multitud predominantemente perteneciente a la clase media. Además, las clases medias tenían más control sobre los medios de comunicación y, por ello, podían presentarse a sí mismas en las protestas de Gezi como una fuerza mayor de lo que realmente era.

El análisis de la distribución de ingresos muestra que dos tercios de los manifestantes de Gezi tenían un ingreso mensual familiar por debajo de 1.250 dólares, solo ligeramente inferior al del segmento de la población total de Estambul-Esmirna cuyos ingresos caen por debajo de ese umbral. En términos de empleo, la distribución sectorial de los manifestantes de Gezi era muy similar a la de la población en general de las dos ciudades, aunque había ligeramente más manifestantes trabajando en la sanidad y la educación y ligeramente menos en el textil, el comercio,

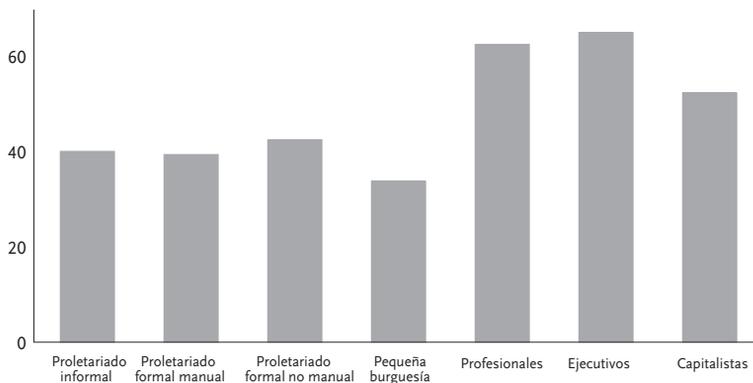
la agricultura y las actividades irregulares (Gráfico 3). Lo mismo sucedía en cuanto a la distribución salarial: los manifestantes pertenecientes al proletariado informal y formal-manual tenían salarios ligeramente superiores a los de estas capas en su conjunto, pero por lo demás los manifestantes de Gezi percibían los mismos niveles salariales que la más amplia población de la muestra. Y a pesar de la percepción pública de que los trabajadores eran hostiles o por lo menos indiferentes a las protestas, las encuestas muestran que alrededor de dos quintos de todos los proletarios las apoyaban, mientras que entre los estratos superiores esta proporción aumentaba a tres quintos (Gráfico 4).

GRÁFICO 3. DISTRIBUCIÓN SECTORIAL DE LA MUESTRA DE ESTAMBUL-ESMIRNA Y DE LOS MANIFESTANTES DE GEZI (%).



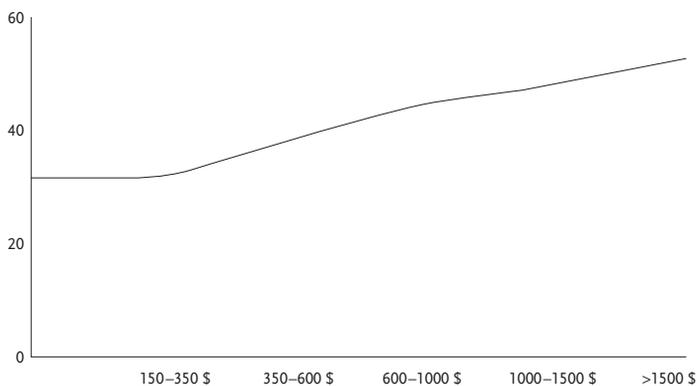
Fuente: SAMER.

GRÁFICO 4. PARTIDARIOS DE GEZI EN RELACIÓN A SU CLASE (%).



Fuente: SAMER.

GRÁFICO 5. APOYO A GEZI POR INGRESOS EN DÓLARES DE LOS HOGARES (%).

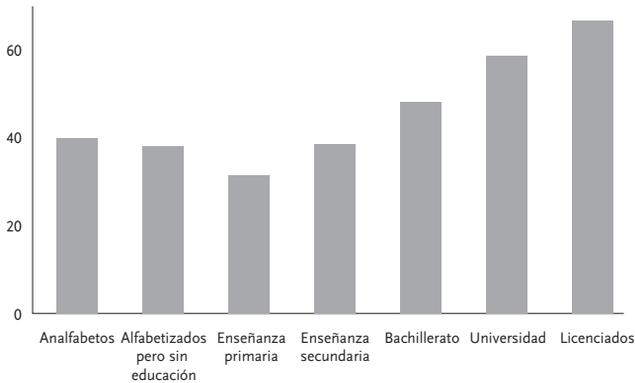


Fuente: KONDA, encuesta a escala del país.

Hasta aquí hemos examinado los datos de la encuesta Estambul-Esmirna. Tomando ahora la segunda encuesta de KONDA, encontramos de nuevo que el nivel de apoyo a Gezi aumenta entre los grupos de mayores ingresos (Gráfico 5). Hay una correlación similar con niveles más altos de educación, con un ligero descenso entre los que han finalizado la escuela primaria (Gráficos 6 y 7). Pero al igual que la encuesta de Estambul-Esmirna, el hecho de que el apoyo a Gezi aumente en paralelo con los niveles de ingresos y educación no significa que estos estratos más altos formaran una

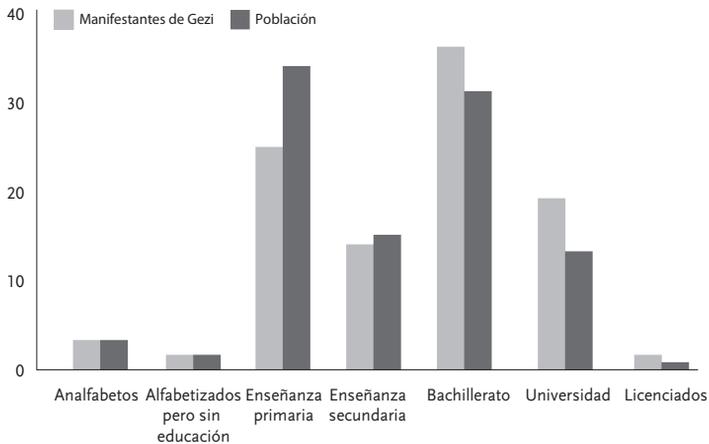
mayoría. Por el contrario, la encuesta a escala del país muestra que el 76 por 100 de los que apoyaban a los manifestantes tenían ingresos mensuales en sus hogares por debajo de 1.000 dólares, una distribución de ingresos que cuadra perfectamente con los de la población en general.

GRÁFICO 6. APOYO A LAS PROTESTAS DE GEZI POR NIVEL EDUCATIVO (%).



Fuente: KONDA, encuesta a escala del país.

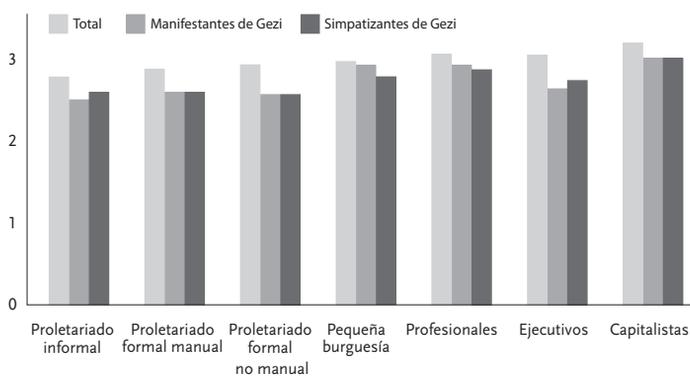
GRÁFICO 7. DISTRIBUCIÓN DEL NIVEL EDUCATIVO DE LOS QUE APOYABAN LAS PROTESTAS A ESCALA DEL PAÍS (%).



Fuente: KONDA, encuesta a escala del país.

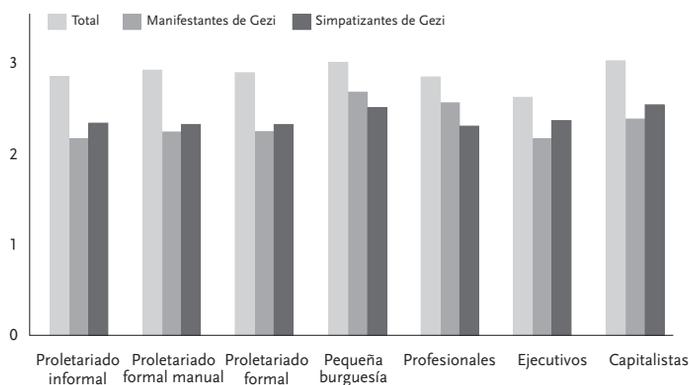
¿Cuál fue el impacto de las condiciones económicas generales sobre los manifestantes y los que les apoyaban? Cuando se preguntó a los encuestados de Estambul y Esmirna sobre la situación de sus hogares y de Turquía en su conjunto, sus evaluaciones eran ligeramente más pesimistas que la media de su estrato de clase (Gráficos 8 y 9). No obstante, la diferencia entre la población más amplia encuestada en las ciudades y los que apoyaban las protestas y los manifestantes seguía constante en las diferentes clases sociales, lo que muestra que la inseguridad económica debería considerarse un factor que impulsa no solo a las «nuevas clases medias», sino igualmente a todas las demás clases.

GRÁFICO 8. SATISFACCIÓN CON LOS CAMBIOS EN EL BIENESTAR DEL HOGAR POR CLASE.



Fuente: SAMER.

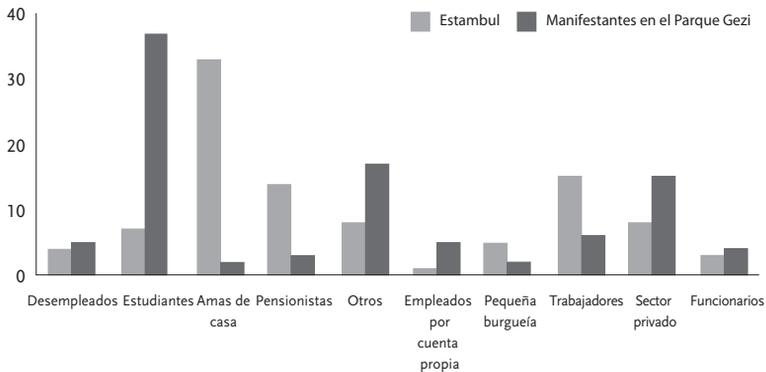
GRÁFICO 9. SATISFACCIÓN CON LOS CAMBIOS EN EL BIENESTAR ECONÓMICO EN TURQUÍA POR CLASE SOCIAL.



Fuente: SAMER.

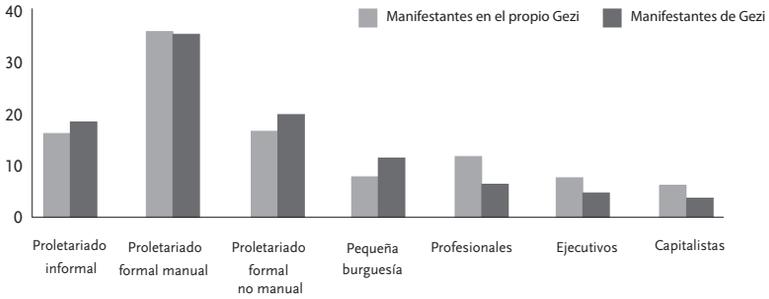
Hasta aquí hemos demostrado que, en términos de clase, los «manifestantes de Gezi» en el sentido más amplio representaban a la población en general en términos de clase. Aquellos que fueron al propio parque de Gezi, sin embargo, en contraste con los que fueron a la plaza de Taksim o a otras protestas, presentaban un perfil de clase bastante más elevado. Había menos trabajadores y más profesionales y ejecutivos entre quienes fueron al parque durante las protestas. En relación a la población total de Estambul, los estudiantes formaban una proporción más amplia de los manifestantes del parque, mientras que las amas de casa estaban notablemente infrarrepresentadas (Gráfico 10). En el propio parque, la distribución de clase tenía un sesgo parcialmente a favor de las clases más altas (Gráfico 11), ya que los militantes más organizados y los grupo de izquierda se concentraban principalmente en la plaza de Taksim y en las barricadas de las calles de los alrededores, mientras que los individuos sin afiliaciones se concentraban en el parque y tomaron parte en las actividades y representaciones sociales. De acuerdo con la encuesta de KONDA, el 79 por 100 de los que estaban en el parque decían que no pertenecían a ninguna organización política y el 94 por 100, que venían como individuos, no para representar a ningún grupo en particular. Para el 55 por 100, las protestas de Gezi eran la primera manifestación política a la que asistían.

GRÁFICO 10. DISTRIBUCIÓN OCUPACIONAL DE LA MUESTRA DE ESTAMBUL Y DE LOS MANIFESTANTES QUE ACUDIERON AL PARQUE GEZI.



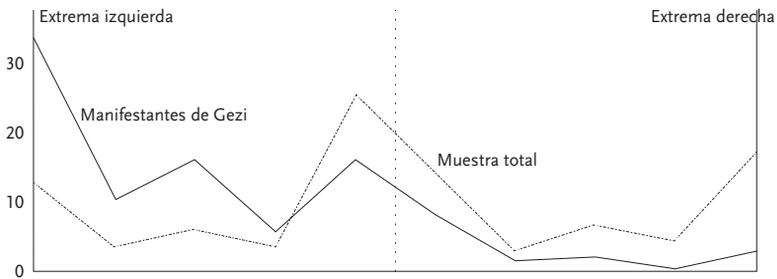
Fuente: SAMER.

GRÁFICO II. DISTRIBUCIÓN DE CLASE DE TODOS LOS MANIFESTANTES DE GEZI Y DE LOS QUE FUERON AL PARQUE.



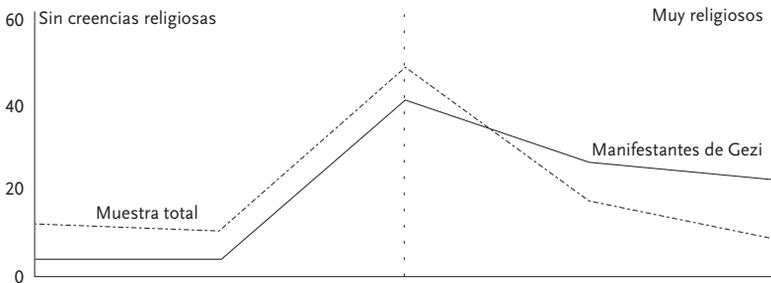
Fuente: SAMER.

GRÁFICO 12. POSICIÓN IDEOLÓGICA DE LOS MANIFESTANTES DE GEZI (%).



Fuente: SAMER.

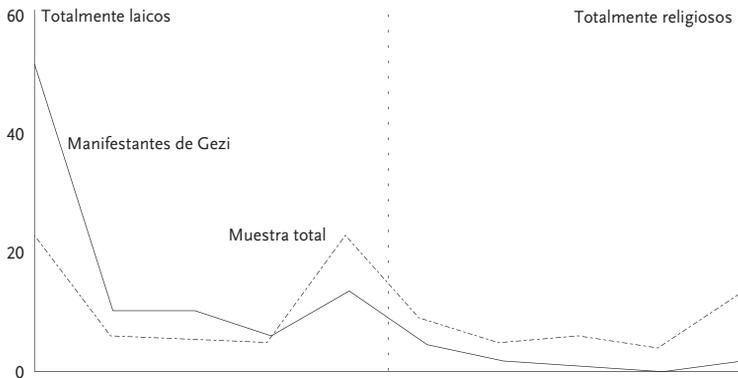
GRÁFICO 13. AFILIACIÓN RELIGIOSA DE LOS MANIFESTANTES DE GEZI (%).



Fuente: SAMER.

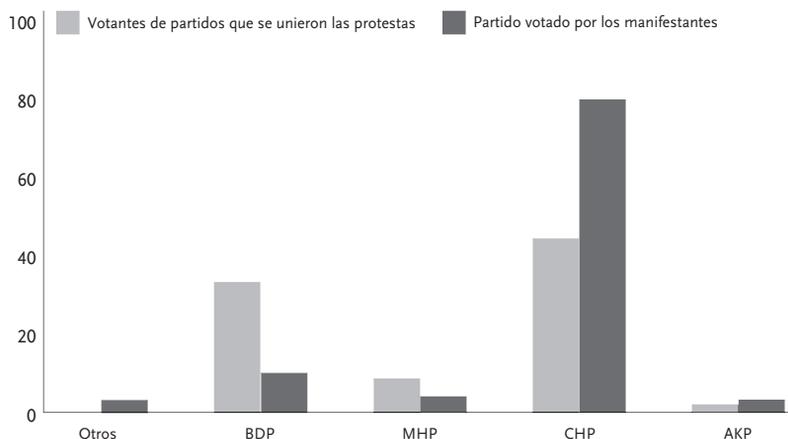
Pero si bien todas las clases estaban proporcionalmente representadas, nuestro análisis muestra que los manifestantes de Gezi y los que les apoyaban se diferenciaban del resto de la sociedad en términos de sus orientaciones políticas y culturales. Mientras que las poblaciones de Estambul y Esmirna tendían a agruparse en el centro, inclinándose ligeramente más hacia la derecha que a la izquierda, los que apoyaban a Gezi se alineaban marcadamente con la izquierda. En términos de creencias religiosas, eran menos devotos que la población general, aunque la mediana correspondía a cierta clase de afiliación religiosa (Gráficos 12 y 13). Se diferenciaban muy significativamente del resto de la población en su perspectiva sobre el laicismo (Gráfico 14). En términos de sus alineamientos políticos, una gran mayoría de los que apoyaban a Gezi eran votantes del CHP, con un grupo más pequeño que optaba por el prokurdo Partido Democrático de las Regiones (BDP). Aunque hay ligeras variaciones de clase, aproximadamente el 80 por 100 de los manifestantes de Gezi votaban al CHP y el 10 por 100, al BDP. El apoyo al AKP y a los ultranacionalistas de extrema derecha del Partido de Acción Nacionalista (MHP) era mucho más bajo (Gráfico 15).

GRÁFICO 14. NIVEL DE LAICISMO DE LOS QUE APOYABAN A GEZI (%).



Fuente: SAMER.

GRÁFICO 15. PARTIDO VOTADO POR LOS MANIFESTANTES DE GEZI Y PORCENTAJE DE LOS MANIFESTANTES DE GEZI ENTRE LOS QUE APOYAN A CADA PARTIDO (%).



Fuente: SAMER.

¿Cuáles eran las motivaciones subjetivas de los manifestantes? De acuerdo con la encuesta de KONDA, cerca de la mitad —el 49 por 100— decidieron ir al parque Gezi después de ver la violencia desplegada por la policía. La abrumadora mayoría expresaba sus demandas en términos de antiautoritarismo y derechos civiles: «Por la libertad» (34 por 100), «Por los derechos» (18 por 100), «Contra la dictadura y la opresión» (10 por 100), «Por la democracia» (8 por 100), «Contra la brutalidad policial» (6 por 100). Una quinta parte de los manifestantes (19 por 100) había ido al parque cuando el ayuntamiento empezó a derribar los árboles. Solamente el 5 por 100 de los manifestantes dijeron que la principal reivindicación era «en contra de la desaparición de los árboles y la réplica del cuartel». En contraste, según los datos que hemos obtenido de la cobertura de los periódicos de las protestas en el año previo a Gezi, los temas dominantes eran los derechos humanos (40 por 100), junto a la libertad de expresión (23 por 100) y los derechos de los trabajadores (20 por 100). Aunque había un significativo número de trabajadores entre los manifestantes de Gezi, las reclamaciones basadas en el trabajo no eran predominantes. Alrededor del 61 por 100 de los manifestantes dijeron que tomaban parte «como ciudadanos», mientras que solo el 5 por 100 lo hacían como «trabajadores»; lo mismo sucedía con los profesionales (la «nueva clase media»).

Estos resultados sugieren que las protestas de Gezi no fueron un repentino estallido, sino parte de un ciclo mayor de protestas en el que el nivel de actividad política ya había empezado a aumentar durante el año que precedió a junio de 2013. Dentro de este ciclo, las protestas no deberían considerarse como el movimiento de una capa social en especial, ya sea la «nueva clase media» o el «proletariado». Los profesionales, ejecutivos y grandes propietarios tenían una representación ligeramente mayor en relación a su peso general dentro de la sociedad turca, pero eso no significa que constituyeran la mayoría de los manifestantes. Por el contrario, la mayoría procedía del proletariado manual o no manual. La generalizada suposición de que las «nuevas clases medias» eran la principal fuerza del levantamiento de Gezi se deriva probablemente del hecho de que estos estratos tenían un mayor poder de representación, tanto en los canales sociales como en los medios de comunicación, lo que hacía que tuvieran mayor visibilidad que otras clases. Aquellos que fueron al propio parque Gezi, donde se centró la atención de los medios, también tenían perfiles de clase ligeramente más elevados, lo que puede haber contribuido a la impresión de que los manifestantes de Gezi, en general, procedían de entornos de la clase media.

Por ello, la clase no es eficaz como variable explicativa de los manifestantes de Gezi. Lo que les diferenciaba no era su origen de clase, sino su orientación política y cultural. Las protestas deberían entenderse como un movimiento popular impulsado por demandas políticas en el que todas las clases sociales participaron proporcionalmente. El autoritarismo y las políticas socialmente conservadoras del AKP, unidos a su grosera reconstrucción y comercialización del entorno urbano, habían irritado a amplias capas de la población provocando finalmente protestas contra el Gobierno en todo el país. Las demandas eran fundamentalmente políticas y abarcaban a todas las clases sociales. Como tales, el principal objetivo no era el capital y sus dueños, sino el Gobierno de Erdogan.

¿Cómo deberían considerarse las protestas de Gezi en una perspectiva comparada? Hablando en general, las revueltas acaecidas desde la crisis financiera de 2008 pueden incluirse en tres categorías. La primeras, y hasta la fecha las más débiles, serían las protestas antineoliberales contra la austeridad registradas en el centro capitalista golpeado por la crisis: el movimiento de Occupy Wall Street, los indignados en España, las protestas griegas contra el dominio de la Troika y la UE. El segundo tipo

serían las protestas antiautoritarias a favor de la democracia, a menudo desencadenadas por resultados amañados de procesos electorales, que han surgido en el neocapitalista antiguo Segundo Mundo y que incluyen las acaecidas en los Estados árabes, Rusia y, ahora, Hong Kong. (Ucrania podría considerarse una combinación de la segunda categoría –las protestas contra Yanukóvich en Kiev– y la primera, el movimiento y las ocupaciones contra el neoliberalismo y la Unión Europea en la cuenca del Donbás). En tercer lugar, ha habido masivas protestas en otros países BRIC, especialmente en Brasil e India, caracterizados desde 2008 por una expansión inflacionaria basada en el crédito, el auge de la construcción y nuevos niveles de corrupción. Aquí, como en Estados Unidos y la Unión Europea, un rápido aumento del número de estudiantes se ha enfrentado a una contracción de los empleos seguros de cuello blanco y a la precarización tanto del sector formal como del informal¹⁶. Una nueva generación se ha echado a las calles.

A primera vista, las protestas de Gezi puede parecer que encajan en la tercera categoría, especialmente, habida cuenta del desencadenante –la reacción de ira ante la construcción comercial respaldada por el Gobierno que invade un excepcional fragmento del espacio verde público– y la aparente juventud de los dirigentes de la protesta. Pero aunque Gezi comparte algunas de las características de esta categoría, por lo menos en términos de las demandas formuladas por los manifestantes, consideramos que encaja mejor en la segunda categoría: protestas antiautoritarias y prodemocracia. La alianza de los «nuevos proletarios» –típicamente, universitarios que trabajan en la venta por teléfono– con las clases medias golpeadas por la inflación, que André Singer ha definido como una característica fundamental de las protestas brasileñas de 2013¹⁷, no recoge el grado en que los «viejos proletarios» participaron en los acontecimientos de Turquía. De nuevo, las cuestiones económicas –incluyendo la vertiginosa subida de los precios de unos bienes públicos privatizados, como, por ejemplo, el transporte– fueron decisivas en Brasil, mientras que en Turquía, los principales desencadenantes fueron de índole política.

¹⁶ Podría definirse una cuarta categoría que se caracteriza por el efecto agravante de intervenciones militares externas, abiertas o encubiertas, en conflictos políticos internos: Libia, Siria, Ucrania.

¹⁷ A. Singer, «Rebelión en Brasil», cit.

CRÍTICA

Michael Witt, *Jean-Luc Godard, Cinema Historian*,
Indiana University Press, Bloomington, 2013, 274 pp.

EMILIE BICKERTON

UNA HOGUERA DEL ARTE

No es habitual emocionarse con una lista, especialmente, con una aparentemente tan estándar como las que suelen figurar al final de un libro sobre un artista y que recogen su obra. Pero las páginas que Michael Witt ha dedicado a las «Obras de Godard» al final de su libro *Jean-Luc Godard, Cinema Historian* dibujan un retrato poco familiar, que altera completamente nuestra concepción de un hombre en el que habitualmente pensamos como el director de *À bout de souffle*, *Alphaville*, *Pierrot le Fou* y *Weekend*. Estas películas figuran en la lista de Witt, pero allí también está todo lo demás: guiones, vídeos, catálogos de prensa, tráileres, libros, entrevistas inventadas y textos que reflexionan sobre su práctica. El considerar a Godard ante todo como un artista multimedia arroja una luz completamente nueva sobre su obra. La importancia de sus largometrajes no disminuye; se nos presentan ahora como las primeras etapas de un viaje mucho más largo, aún en marcha, motivado por una preocupación central: ¿qué posibilidades existen de una comunicación auténtica? A lo largo de los años Godard ha buscado las respuestas en diferentes medios, ha empleado una panoplia de herramientas, desde las tijeras y el pegamento hasta las fotocopias, el material filmico de archivo, fotografías, magnetófonos, cámaras digitales y, ahora, el 3D. Witt aborda este tema, en su primer libro firmado en solitario, de una forma tan cristalina y tan despojada de esa cualidad elíptica que tiñe tantos comentarios sobre Godard (que recurren a una prosa artística y complicada para compensar su meollo confuso) que la experiencia de leer *Cinema Historian* es como encontrarse ante una puerta abierta de par en par.

El tema central del libro es *Histoire(s) du cinéma*, la reflexión personal y poética de Godard sobre el cine y la historia, estrenada en 1998 como una serie en vídeo de cuatro horas y media. Como evoca el título del libro de Witt, esta obra épica trata de la propia historia del cine y la mayoría de sus materiales proceden de relatos que se han contado en la gran pantalla. Pero *Histoire(s) du cinéma* es también un comentario sobre cómo se ha contado la historia mundial y cómo este relato podría revisarse mediante el empleo y el montaje de formas cinematográficas. Esta combinación de cine e historia es uno de los rasgos que definen la obra de Godard, y si Witt elige centrarse en esta obra concreta, es porque la considera la culminación teórica y material de la «misión que Godard se ha atribuido», el explorar la posibilidad de una comunicación auténtica «contra el telón de fondo del flujo de reproducciones que circulan en la televisión, en los medios de comunicación de masas y en internet». En términos formales, *Histoire(s) du cinéma* se divide en ocho partes de duración variable, algunas inferiores a treinta minutos y otras que duran casi una hora. Todas ellas navegan por las películas del siglo XX; el tono y los temas cambian, pero hay motivos recurrentes, enfatizados mediante un relato idiosincrásico del nacimiento, de la corta vida y, en la opinión de Godard, de la prolongada agonía del cine.

En sus páginas iniciales Witt nos ofrece un útil análisis de *Histoire(s) du cinéma* y, con ello, nos proporciona un mapa para navegar por la serie. Su argumento es que las dos partes que forman el primer capítulo, compuesto por los episodios 1A (51') y 1B (42'), son la piedra de toque de la obra. 1A, «Toutes les histoires», presenta de una manera condensada «las líneas principales del pensamiento que recorre el resto de la serie»: la gran promesa del cine y su catastrófico declive político-estético. En el 1B, «Une histoire seule», Godard examina su propio lugar dentro de la historia del cine y prosigue con algunas reflexiones teóricas sobre las características que definen este. Los siguientes seis episodios son «estudios de casos concretos»: 2A, «Seul le cinéma» (27'), despliega la metáfora de la «proyección» que ya ha aparecido en el 1B; 2B, «Fatale beauté» (29'), explora la relación del cine con la belleza; 3A, «La monnaie de l'absolu» (27'), se centra en la representación de la guerra, con una referencia especial al neorrealismo italiano; 3B, «Une vague nouvelle», nos entrega un relato muy personal de la *nouvelle vague* francesa; 4A, «Le contrôle de l'univers» es una meditación sobre Hitchcock en su condición de uno de los mayores artistas del cine. «Hacia películas difíciles, sensibles, misteriosas y logradas que no seguían ninguna fórmula», nos dice Godard, «y eso es algo que abunda muy, muy poco». La última parte, 4B, «Les signes parmi nous» (38'), es, a la vez, un «autorretrato íntimo y sombrío» y un inventario meditado sobre el conjunto de su obra.

Atravesando el conjunto, en las palabras de Witt, hay una «tensión a tres bandas entre una sombría narración sobre el declive cinematográfico que lo

envuelve todo, la vitalidad de las formas cristalinas a través de las cuales se expresa esa narración y un recurrente énfasis temático en la metamorfosis artística y la renovación». Todavía la más joven de las artes, el cine fue «el niño que salió malo», que no estuvo a la altura de sus responsabilidades históricas. Hay también, sin embargo, momentos de resurrección, uno de los motivos recurrentes en la serie junto con los del fuego y del sacrificio, que sugieren que *Histoire(s) du cinéma* no es únicamente una tragedia en ocho actos, sino también una exploración de las posibilidades de la creación de imágenes en el contexto de estas poderosas influencias negativas.

En un primer visionado, *Histoire(s) du cinéma* es una cabalgada arrebatadora a través de la historia del cine o, para emplear la descripción mucho más seductora de Witt, un tapiz audiovisual sorprendentemente suntuoso. Uno de los problemas de este suntuoso tapiz es lo difícil que es hablar sobre él: el espectador retiene sentimientos e impresiones y tal vez sale con la sensación de una iluminación, pero todo esto se resiste, hasta límites frustrantes, a convertirse en expresión lingüística. La «densa textura y las formas sinuosas», aventura Witt, «se acercan más a lo que se podría asociar de manera inmediata con poetas y músicos», remitiéndonos a una fuga o a las formas de composición serial contemporáneas. Como el texto, el comentario, el sonido y las imágenes coexisten o se interrumpen unos a otros todo el tiempo, la descripción de los pasajes aislados pocas veces consigue capturar satisfactoriamente su espíritu o nuestra experiencia al verlos. Los cinco minutos de homenaje a Hitchcock, por ejemplo, se anuncian repentinamente a mitad del 4A mediante una pantalla negra y el intertítulo «L'ARTISTE» parpadeando entre imágenes de Robert Bresson, Fritz Lang, Eric Rohmer. Entra entonces la voz de Hitchcock, ofreciendo una definición sobre el arte del cine a la que enseguida se superpone otro comentario de Godard, y después otras observaciones, mientras relampaguean en la pantalla fragmentos de las películas de Hitchcock. Las secuencias que estamos viendo no encajan con los comentarios, pero treinta segundos más tarde sí aparecen las escenas de las que se está tratando. En la banda sonora, los retazos de música aumentan su intensidad, creando un efecto *in crescendo* al que se suman nuevos intertítulos que parpadean y el elogio del director que susurra Godard. Solo podemos absorber esto a modo de fragmentos y, después, empleando los elementos que hemos conseguido retener, tratar de imponerles nuestra propia lógica interpretativa. El efecto puede ser estimulante, pero solo si desistimos de intentar aprehender la totalidad del material —el torrente de imágenes, música, escritura y diálogo que se superponen, en una compleja relación de unos con otros— para componer nuestra reflexión crítica propia.

Esta reacción inmediata, no reflexiva, es el efecto deseado. Godard declaraba que quería generar sentimientos, no palabras, como si quisiera acceder a algo más profundo y esencial en sus espectadores. *Histoire(s) du cinéma*

«debería emanar directamente de la combinación de imágenes y sonido, más que de un texto explicativo o interpretativo que se escriba sobre ellos o, de otro modo, se les imponga», le dijo al historiador Eric Hobsbawm en 2000, durante el transcurso de una mesa redonda junto con otros historiadores que se celebró para señalar el estreno de la obra. La tarea del espectador, prosigue Witt, «no es necesariamente la de entender, sino más bien escuchar, recibir y “ver” los efectos de la compresión y concatenación de los diversos materiales de origen de la misma manera intuitiva, emocional y visceral con la que se experimenta una obra musical».

Cinema Historian tiene la enorme ambición de modificar nuestra visión de Godard en tanto que artista. Witt emprende esta labor de manera puntillosa, desmontando las piezas de *Histoire(s) du cinéma* de todas las maneras posibles. Examina el origen de la serie en la década de 1970, explorando las obras paralelas que surgieron durante las décadas de su gestación, así como los modelos y guías (artísticos, históricos, filosóficos) con los que Godard mantuvo diálogos reales o imaginarios y cuyas ideas nutrieron la serie final. Las diferentes manifestaciones de *Histoire(s) du cinéma* en vídeo, libros o CD complican aún más la tarea de comprender el conjunto. Cada uno de estos formatos apareció en una etapa diferente y ninguno de ellos replica exactamente los contenidos de los demás. Witt se enfrenta a este hecho con aplomo, considerando los libros y los CD como objetos fundamentalmente diferentes de la serie audiovisual más que como simples derivados de esta. *Histoire(s) du cinéma* no es únicamente una serie audiovisual, nos dice, sino «una obra multiforme integrada de una manera mucho más compleja». Si se contempla de esta forma, lo que aparece ante nosotros es un artista multimedia en la plenitud de su poder, que no se limita a producir derivados de la serie en vídeo en forma de libro o banda sonora, sino que, literalmente, transforma cada uno de ellos en obras imponentes por su diseño gráfico, su crítica iconográfica y su composición musical experimental.

Durante su investigación doctoral sobre la obra, en colaboración de Godard y Anne Marie Miéville en la década de 1970, Witt se dejó llevar por dos intuiciones esenciales. Ambas son elementos constitutivos de su retrato. La primera fue el darse cuenta de la amplitud y variedad de la obra de Godard en los diferentes medios expresivos y los distintos contextos; la segunda, la naturaleza integrada del proyecto vital de Godard, así como del «flujo y metamorfosis» en la integralidad de su obra de las referencias, las ideas, los motivos. Cada obra desemboca en un «continuará» con la siguiente, dice Witt, citando al cineasta y editor Jacques Doniol-Valcroze en 1965. Con su propio estilo y ritmo, *Cinema Historian* tiene también algo de esta cualidad fluida y metamórfica. En cada capítulo Witt construye su argumentación cuidadosamente, pero también navega, pasa y repasa con elegancia por los temas, avanza para mirar más de cerca algo que ha mencionado de pasada

y después sigue adelante. El resultado es que deja abiertas las contradicciones y tensiones propias de la producción de Godard. Las interpretaciones se ofrecen con firmeza, pero nada se considera clausurado o absoluto. En ocasiones esto puede resultar frustrante, pero en todo caso es, sin embargo, fiel a su tema. El contraccine de Godard siempre se ha resistido a las respuestas directas. Es un medio entre muchos otros de desafiar lo que Peter Wollen denominó «los siete pecados capitales del cine», que incluirían la diégesis simple y la clausura, y que tienen sus correspondiente «virtudes cardinales», en este caso, la narración múltiple y la apertura.

En *Cinema Historian* otro nivel adicional y muy importante de análisis y comentario procede de su propia crítica iconográfica. En el diseño de su libro, Witt ha seguido el ejemplo de Élie Faure, el historiador del arte de la Tercera República, que, como es bien sabido, dijo: «Yo no comento la ilustración mediante el texto. Yo justifico el texto mediante la ilustración». También Godard toma como modelo a Faure y suele despotricar contra el empleo redundante de imágenes por parte de los escritores sobre cine, que habitualmente tienen una formación literaria y que «ponen una foto» para que el lector «pueda estar seguro de que se trata efectivamente de esa película de la que se habla». *Cinema Historian*, por contraste, asigna a su amplia selección de fotogramas, procedentes de *Histoire(s) du cinéma*, así como de otras películas, un espacio similar al que ocupa el texto. Aparecen imágenes en casi todas las páginas, en una columna exterior destacada por un suave fondo verde, que corre paralela a la columna interior escrita. El resultado es como una obra de historia del arte, con sus lustrosas páginas en color.

En su exposición de las principales influencias artísticas e intelectuales de *Histoire(s) du cinéma*, Witt identifica cinco grupos distintos: historiadores y filósofos de la historia; historiadores del arte; historiadores del cine; ensayistas cinematográficos que trabajan con material de archivo y críticos e historiadores audiovisuales. Entre esta multitud amplia y diversa destacan algunas figuras: Charles Péguy y Jules Michelet, por su enfoque «poético» de la historia; Serge Daney, por una conversación de largo recorrido sobre el papel de la imagen en la época de los medios de comunicación de masas; y, por encima de todos, Henri Langlois y André Malraux. En la década de 1950, el director de la Cinémathèque Française había alimentado, como bien es sabido, los gustos de la incipiente *nouvelle vague*. Dicho en las palabras de Godard en el 3B: «Una noche / fuimos a ver/ a Henri Langlois / y la luz se hizo». Las eclécticas proyecciones de Langlois (cine negro, películas mudas, serie B, clásicos estadounidenses y franceses del periodo de entreguerras) demostraron a Godard que «mostrar era una forma de pensar» y que era posible desarrollar una historia del cine visual mediante la yuxtaposición de películas diferentes.

La relación con André Malraux fue más turbulenta, pero no menos fundamental. *La psychologie de l'art* (1947-1949) y *Le musée imaginaire* (1952-1954),

de Malraux, ha dicho Godard, «me mostraron el camino» hacia un aproximación poética, visual, a la composición de la historia. A finales de la década de 1960 Malraux, en tanto que ministro francés de Cultura, se convirtió en el enemigo número uno, pero en la de 1980 Godard estaba ya preparado para recibirlo de nuevo como fuente de inspiración. Conceptualmente, argumenta Witt, tres de las ideas de Malraux han sido determinantes: en primer lugar, la noción del arte como *la monnaie de l'absolu*, como figura en el título del 3A, un resultado de la lucha incesante de la humanidad contra la condición humana, el paso del tiempo y la inevitabilidad de la muerte. En segundo lugar aparece la idea de la creatividad artística, no como la representación, sino como la transfiguración de la realidad. En la apropiación metafórica de Godard, «el arte es como el fuego, nace de lo que consume». Y en tercer lugar está la exploración que hace Malraux de las metamorfosis del arte, tanto en la transformación que experimenta la idea de arte de una época a otra época, de cultura en cultura, como en la memoria y la destrucción de las formas heredadas y la creación de nuevas formas en el arte del presente. Aunque nos hemos acostumbrado a imaginarnos a Godard como una figura solitaria, que opera durante los últimos cuarenta años desde una pequeña ciudad a las orillas del lago Ginebra, de este repaso minucioso de las relaciones intelectuales que lo definen emerge un retrato inesperado. Godard, por supuesto, mediante su empleo de referencias y citas explícitas, siempre ha tomado prestado de la obra de los demás, y ha colaborado estrechamente con Jean-Pierre Gorin en la década de 1970 y, después, con Miéville. La imagen que nos entrega Witt es la de un artista en constante y abierto diálogo con sus contemporáneos y sus predecesores.

El implacable relato que compone Godard de la degeneración política y estética del cine es el tema central de *Histoire(s) du cinéma*. Witt primero clarifica el concepto de cine que construye *Histoire(s) du cinéma*, evocando el profundo compromiso del director con la época del cine mudo desde los días de la Cinémathèque, y su identificación con las grandes esperanzas de alcanzar una forma de arte genuinamente moderna que sustentaban las formas más tempranas del cinematógrafo. Aquellos que consideran excesiva la negatividad de Godard ante las formas contemporáneas del cine o acrítica su exaltación de la época muda, han de tener en cuenta la profundidad de su creencia en el potencial revolucionario del cinematógrafo, argumenta Witt. El fracaso del cine para estar a la altura de su promesa inicial como forma artística no fue únicamente un desastre artístico, sino cultural y político, y otorga a su trayectoria en el siglo XX las proporciones de una tragedia.

No resulta complicado compartir la emoción de Godard ante aquellos tiempos en los que se hicieron las primeras películas, la era en la que Jean Epstein podía exclamar «Bonjour cinéma!» sin una pizca de ironía. En la era de la revolución social, la iniciativa artística y la innovación tecnológica

se combinaron con otros dos ingredientes vitales: montaje y proyección. El primero de los dos ha sido siempre esencial para Godard, fiel seguidor del mandato de Bresson: «Junta cosas que nunca se han juntado y que no parecen dispuestas a hacerlo». Los pioneros del montaje, tijera en mano, Griffith, Méliès y Eisenstein, transformaron el deseo inicial de estudiar el movimiento humano en un arte. La proyección de los hermanos Lumière lo convirtió en una industria, que también acercó las películas a un público de masas y ofreció a los espectadores una nueva manera de involucrarse consigo mismos y con la sociedad. «El cine proyectó / y la gente / vio / que el mundo / estaba allí», en las palabras del comentario de Godard en el 1B. O, como lo expresa Witt:

Inherentemente inclusivo en su modo extralingüístico de dirigirse a nosotros y capaz de arrastrar a todas las clases sociales juntas a la sala de cine, para Godard esta forma incipiente de arte popular llevaba en sí la promesa de un efecto democratizador contagioso: simplemente, representando el mundo físico y social de una forma instantáneamente reconocible ante cantidades ingentes de individuos, se facilitaba un improvisado proceso de autopsicoanálisis por parte del espectador y una negociación profunda del lugar que uno mismo ocupa en el mundo.

En parte se trata de un atributo formal: la yuxtaposición de imágenes en el montaje cinematográfico crea un fundamento inmediato para la comparación. Godard dice:

Si ves a una persona rica y a una persona pobre, haces una comparación. Y te dices: esto no es justo. La justicia procede de la comparación. Y de poner el peso en la balanza. La idea propia del montaje es la idea de la balanza de la justicia.

Witt entonces resume las razones explícitas que Godard ha dado para explicar el declive del cine: la llegada del sonido, la explotación comercial, la difusión masiva de la imaginaria banal y cegadora de la televisión y su fracaso para exonerarse a sí mismo ante el judeocidio y la resistencia antinazi. Su lectura sutil matiza la afirmación melodramática de Godard en el 3A de que «la llama / del cine / se extinguió para siempre en Auschwitz». Como hace Kracauer en *De Caligari a Hitler*, Godard dota al cine con el poder de llevar a cabo «una especie de etnología visionaria, o una embriología, de la inminente mutación social, *anticipando* patrones emergentes de turbulencia política y de revuelta social». En la década de 1930, *La regla del juego* de Renoir predecía la desintegración de Europa por la guerra, mientras que, en la década anterior, el *Nosferatu* de Murnau describía un Berlín reducido a escombros antes de que hubiera tenido lugar. Este punto se recalca con insistencia en el 1A cuando Godard monta sucesivamente los esqueletos que bailan de la película de Renoir con imágenes de archivo de los campos

de concentración. Pero hay una segunda función histórico-política, complementaria, del cine, que se basa en su facultad para confrontar, difundir y ofrecer para el debate democrático los acontecimientos que había profetizado una vez que estos han ocurrido realmente. Como lo expresa Witt: «Momentos cruciales de inestabilidad social y conflicto cristalizan inmediatamente en formas cinematográficas y se devuelven preparados para el debate». Aquí la inmediatez es un factor central para que el cine sea capaz de emprender ese autopsicoanálisis popular del que hemos hablado antes.

Godard sabe, por supuesto, que algunas películas trataron de jugar este papel y muestra tanto *El gran dictador*, de Chaplin, como *Ser o no ser*, de Lubitsch en el 1A. Pero, en su mayor parte, defiende, el cine abdicó de su responsabilidad, dejando campo libre a ese empobrecido medio que era el noticiario. Como afirman los intertítulos del 1A: «Lo que del cine queda / en los noticiarios de guerra / no dice nada / no juzga». Godard desdeña dos películas polacas sobre los campos, *La pasajera*, de Munk, y *Ostatni etap*, de Jakubowska, en tanto «películas de expiación» e iniciativas personales, más que esfuerzos colectivos de la nación polaca para confrontarse a su pasado reciente. Se ha mostrado cáustico acerca de *Shoah*, de Lanzmann (un guion para una película más que una obra terminada) y *La vida es bella*, de Benigni, pero no siente sino desprecio por *La lista de Schindler*, de Spielberg. Pero también considera que la abdicación del cine se extiende más allá: apenas ha tratado la resistencia francesa o Mayo del 68. Godard rechaza también su propia obra de ese periodo.

¿Cuál es la explicación para este fracaso histórico político del medio? Witt sugiere que Godard, en *Histoire(s) du cinéma*, nos muestra que el cine ya había sido debilitado, mal empleado y corrompido, «insultado y herido» a lo largo de varias décadas previas a la de 1940. La comercialización es el principal acusado. Las raíces del cine habían estado en la ciencia, pero pronto le sedujeron los cantos de sirena del glamour y de los beneficios y acabó por convertirse en una sucursal de la industria cosmética. La dominación masculina fue también una fuerza invalidante: Godard no es conocido por su sensibilidad feminista, pero *Histoire(s) du cinéma* tiene pasajes muy potentes que reflejan la obsesión temprana de las pantallas por el sexo –primero evocado, después castigado– y la manipulación de la mujer. El cine sonoro fue un tercer golpe, escamoteándole al cine su lenguaje universal y su habilidad para hacer ver a la gente, sin la distracción del lenguaje hablado. El cine ya estaba tullido en cuanto medio democrático mucho antes de la Segunda Guerra Mundial. Al principio «balbuceó» historia y después, en un momento dado, dejó de hacerlo. «Ahí se detuvo el cine». Pero el cine no se ha detenido ahí exactamente, puesto que los encuentros fracasados han obligado a crear nuevos movimientos y nuevos experimentos, entre ellos los del propio Godard.

Una de las contradicciones más interesantes de *Histoire(s) du cinéma* está inserta en el modelo de lo que Godard considera «auténtico cine», en oposición a las «películas». Siempre se pueden hacer películas, pero el «cine» mismo requiere una combinación excepcional de elementos, todos ellos con sus raíces en la conciencia nacional. Merece la pena detenerse en esta «tensión sin resolver», como la denomina Witt. Una cosa que inmediatamente sorprende a cualquier espectador de *Histoire(s) du cinéma* es el enorme porcentaje de material que procede de la lista personal de *auteurs* de Godard. Dreyer, Hitchcock, Lang, Renoir, Welles y otros han alimentado su obra desde sus primeros tiempos como crítico de cine en *Cahiers du cinéma*, cuando defendía la *politique des auteurs*. Sin embargo, en *Histoire(s) du cinéma*, Godard afirma que el «verdadero cine» existe únicamente cuando la sed colectiva de una imagen nacional propia produce una revolución simultánea del lenguaje fílmico. En opinión de Godard esto ha ocurrido solo en un puñado de ocasiones: en la Rusia posrevolucionaria, en el cine alemán de las décadas de 1920 y 1930, en el neorrealismo italiano de la posguerra y en el Hollywood americano de las décadas de 1940 y 1950. Incluso se las apaña para deslizar ahí su propia *nouvelle vague* francesa, mediante una interpretación revisionista en la que ataca su *politique* y admite que el movimiento fue «la sacudida de una *sacudida*», después de haber descrito el neorrealismo italiano como la última sacudida del cine.

La tensión entre un enfoque de *auteur* del cine y uno basado en la conciencia nacional es muy fructífera; anima el visionado de *Histoire(s) du cinéma* más que bloquearlo. Es fácil de desafiar y está claro que la división tampoco puede ser absoluta para el propio Godard. Después de todo, la historia del cine está repleta de ejemplos de préstamos transnacionales, que han conducido al desarrollo de nuevos lenguajes fílmicos, desde los rusos revolucionarios y Griffith y su antaño asistente, procedente de Viena, Erich von Stroheim; hasta la misma *nouvelle vague* de Godard, que se inspiraba en técnicas y géneros procedentes de los directores de los estudios de Hollywood. Un problema más peliagudo es la estrechez del panteón de Godard en *Histoire(s) du cinéma*. Aunque tiene razón en hacer una distinción entre las obras aisladas de directores brillantes y el «cine» en un sentido más amplio, esto no es suficiente para compensar su limitado horizonte geográfico de referencia. Witt reconoce que Godard «deja de lado la abrumadora mayoría de los cines nacionales» y, consistentemente, localiza los orígenes del cine y su verdadera trayectoria en la tradición estética occidental. En *Histoire(s) du cinéma* Godard hace figurar la obra de Mizoguchi, pero mantiene que, aunque el país contaba con buenos directores y con una industria cinematográfica sustancial, no emprendió ninguna búsqueda masiva por la identidad nacional. Y, sin embargo, la producción de los directores estrella del Japón de la posguerra contradice esto. Kurosawa, Oshima, Shindo,

Yoshimura, Ichikawa, Suzuki y Matsumoto lidiaron todos con la identidad nacional japonesa, destrozada tras Hiroshima, y también rompieron con las reverenciadas tradiciones estéticas que durante tanto tiempo conservó el formidable sistema de estudios. Su obra tomada colectivamente parecería encajar dentro de la definición que da Godard del «verdadero cine», pero él no tiene la menor intención de ampliar el panteón que ya había establecido en los primeros años de su carrera.

Godard, por supuesto, nunca prometió reseñar todas las películas que existen, e *Histoire(s) du cinéma*, premeditadamente, no es un relato histórico sistemático del cine. Se adscribe más bien a la opinión que Hollis Frampton resume en *Magellan*, su proyecto épico sobre la historia del cine, apropiadamente inacabado: cualquier historiador del cine «completista» se dirige al manicomio de cabeza. Tal vez es por esto por lo que Witt decide no ahondar en la cuestión de las limitaciones geoculturales. En su lugar, en consonancia con su retrato, describe a un historiador del cine que trabaja de una manera poética, que valora la naturaleza lírica y evocadora de la obra de Michelet, por ejemplo, por encima de otros relatos del pasado más exactos, pero más áridos. Godard ha admirado desde siempre a los cronistas y ha preferido emprender diálogos imaginarios con historiadores, desde Alexandre Koiré a Georges Canguilhem, mientras que sus tentativas de hablar con historiadores de carne y hueso, cuando se estrenó *Histoire(s) du cinéma*, no arrojaron unos resultados especialmente interesantes. Godard considera que los historiadores «propriadamente dichos» tienen esa peligrosa costumbre de atenerse a los hechos sin tomar ningún riesgo, queriendo decir con eso que a menudo se les escapa la esencia de los tiempos que están explorando y tratando de evocar. Así, en su intento de atrapar la esencia del cine, podemos imaginarnos a Godard no dándole ninguna importancia al hecho de haber excluido casi por completo las tradiciones fílmicas de África y Asia. En algún sentido, esta no es la cuestión.

«Lo importante es lo que me esconden, no lo que me muestran», decía Bresson acerca de sus actores. Podríamos decir lo mismo de Godard. Lo que nos muestra es la mitad de la historia; lo que no nos muestra es igual de importante. Su modelo del cine deja la puerta abierta para que entre más de lo que él ha permitido que entre; es asunto nuestro el expandir su definición de cine para incluir más cineastas de los que en cualquier caso reconocerá *Histoire(s) du cinéma*. Lo mismo ocurre con la llamada muerte del cine. Como señala Witt: «En paralelo a su relato sobre la desintegración del ojo documental del cine discurre una historia rival que enfatiza la renovación». Después de que la llama del cinematógrafo se «extinguiera», aconteció el neorrealismo italiano y la *nouvelle vague* francesa. Lo mismo se puede decir de los inicios de una nueva era en la pantalla, esa que Serge Daney describe diciendo que la conmoción de los campos de exterminio señaló el final de

un cine, pero fue también un «trauma fundador que apuntaló las formas autoconscientes del cine moderno». En *Histoire(s) du cinéma* Godard parece estar de acuerdo con esto, como expresan los fragmentos que evocan el signo clásico de este cine moderno: las actrices mirando directamente a la cámara de *Un verano con Mónica*, *Europa 51* y *Buenos días, tristeza*.

Dicho de otra manera, a lo largo de *Histoire(s) du cinéma* abundan los finales y los comienzos y lo que parece haberse detenido o extinguido surge de nuevo en una nueva forma. Esto es igualmente cierto en el caso de la televisión, el tema del penúltimo capítulo del libro de Witt. En *Histoire(s) du cinéma* Godard se expresa en términos inequívocos sobre el impacto de la pequeña pantalla. Se refiere a la era posterior a la televisión como «después de Chernobyl» y describe «cómo la Bestia devoró a la Bella». Pero, argumenta Witt, la televisión ha sido una parte integral del proyecto creativo de Godard, en su papel como «ejemplar negativo», proporcionando la «fuerza destructiva de proporciones casi mitológicas contra la que él ha reaccionado y ha luchado en la creación de su obra y en oposición a lo que define al cine como arte». Una de las reflexiones centrales de Godard ha sido su crítica del efecto silencioso y corrosivo de la televisión en los cineastas modernos, que han internalizado inconscientemente la estética banal de la pequeña pantalla. En este punto, Witt inserta apropiadamente un memorable diálogo entre Woody Allen y Godard, que le pregunta a Allen si cree que la televisión ha afectado a su manera de hacer cine, «como la radioactividad puede tener un efecto dañino sobre tu cerebro». La reacción confusa de Allen confirma aún más lo que es evidente en sus últimas películas: estas películas no pierden nada si se ven por televisión porque la estética televisiva domina cada plano. Allen parece no ser consciente de que una crítica así sea posible.

El viaje de Witt a través de *Histoire(s) du cinéma* termina con la posibilidad de que Godard esté adentrándose en nuevos territorios aunque esté a punto de cumplir noventa años. En *Film Socialisme* (2010) Witt detecta un «pasar página» en el proyecto historiográfico de Godard, así como «abundantes pruebas de una vitalidad formal, de una creencia continuada en el potencial de las nuevas tecnologías (si se emplean con imaginación) para producir una potente imaginería poética y una profunda curiosidad por el mundo contemporáneo y por la economía de la imagen digital». En *Adieu au langage*, el más reciente estreno de Godard, rodado por completo en 3D, encontramos aún más pruebas de esta nueva fase, aunque la película está también repleta de ambigüedad y contraargumentos. En su forma más positiva, *Adieu au langage* es un curso sobre lo que la tecnología 3D puede ofrecer al cine. Godard toma el relevo de Hitchcock, que tan bien había entendido sus potencialidades en 1954, con *Crimen perfecto*, donde colocaba todas aquellas macetas en el primer plano de su encuadre e implicaba a los espectadores en la narración convirtiéndonos en los cómplices del asesinato,

cuando Grace Kelly nos pasa furtivamente las tijeras sin que nadie dentro de la película la vea. Para un maestro del montaje como Godard, el 3D es una propuesta emocionante: ya no tiene que limitarse a colocar unas imágenes detrás de otras, puede ahora superponerlas para generar momentos de cocreación activa con el espectador. En *Adieu au langage* hay pasajes en los que se pueden mantener las imágenes dobles borrosas en la pantalla o se puede cerrar un ojo y ver una sola imagen, cerrar el otro y ver otra distinta.

Es un terreno fecundo, pero viene acompañado de un panorama especialmente desolador en el que un perro, Roxy Miéville, parece tener una vida más plena que la diada hombre-mujer. El título de la película y la elección de Roxy como uno de sus protagonistas sugiere que Godard pueda estar retirándose de su búsqueda de formas de comunicación auténtica. El 3D, en las manos de Godard, adopta una cualidad bastante violenta, a veces abrumadora. Resulta más difícil que nunca reflexionar sobre lo que estamos viendo, tan intenso es el entrelazado de sonido, texto e imagen cuando literalmente nos encontramos dentro, entre las turbulentas luces de los coches y los saturados campos de flores, o a ras del suelo con el perro. Después de esto, sigue siendo tan complicado como siempre predecir qué será lo próximo de Godard. En las reflexiones que cierran su libro, Witt describe *Histoire(s) du cinéma* como «no solo la hoguera del arte del pasado, sino también una cápsula del tiempo rellena de rastros de películas, pruebas de la pasión de toda una vida por el cine, y un registro de los secretos del montaje cinematográfico», «un artilugio incendiario diseñado para ser proyectado hacia el futuro y así nutrir formas de arte que aún no hemos soñado». Años después de *Histoire(s) du cinéma* está claro que Godard aún no ha terminado de añadir contenidos a esta cápsula del tiempo.

CRÍTICA

Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 2012, 320 pp.

JOSHUA RAHTZ

LAS REINVENCIÓNES DEL *Laissez-Faire*

El concepto «neoliberalismo» se resiste, a pesar de su ubicuidad, a adoptar un significado consistente. Se emplea demasiado a menudo como una alternativa neutralizada del término capitalismo, pero un examen más reposado descubre también una ambigüedad real en ese referente. El término tiene dos inflexiones principales. La primera y más básica es resultado de una periodización histórica. Dentro del mundo del capitalismo avanzado, esta primera acepción del término califica a la era posterior a la economía mixta keynesiana. Entendido de esta manera, se refiere a una respuesta política que se hizo sentir en primer lugar a lo largo del mundo anglosajón tras el inicio de la recesión de la década de 1970, que se caracterizó por los ataques al sindicalismo, la desregulación de los mercados, la privatización de los activos públicos y el espectacular ascenso del sistema financiero. Sus restricciones y mandatos son ahora globales. En un segundo registro, el de las ideas, «neoliberalismo» designa los antecedentes ideológicos de este programa político. En este caso, esta denominación tiene su origen en la obra de un grupo de economistas que, a partir del periodo de entreguerras, estuvieron esperando entre bambalinas a que les llegara la oportunidad de poner en práctica sus ideas. Aunque está más que justificado que las historias del neoliberalismo subordinen la genealogía del concepto a su aparición en forma de políticas concretas, se arriesgan de esa manera a minimizar su carácter peculiar en tanto que escuela de pensamiento. Puesto que el neoliberalismo en su conjunto ha sido un fenómeno más amplio que un

mero conjunto de prescripciones políticas, aunque menos coherente que una ideología, reconstruir su desarrollo intelectual requiere una atención detallada a sus variaciones internas.

The Great Persuasion, de Angus Burgin, trata de hacer eso. Más que rastrear el momento en el que se produce el cambio desde su estado de latencia hasta su plena expresión, Burgin traza las transformaciones intelectuales del neoliberalismo como idea, cartografiando las *differentiae specifica* de sus principales corrientes, comenzando por su génesis en el seno de lo que Burgin denomina una «comunidad transnacional de ideas», que se concentró en varias sedes: la London School of Economics, las Universidades de Friburgo y Chicago y el Institute for International Studies de Ginebra. Burgin defiende que el neoliberalismo desarrolló un arte de la persuasión con la finalidad de modificar la opinión pública desde la desconfianza hacia el mercado hasta la aceptación de este como la única base legítima de la vida social. Su enfoque incorpora tanto la perspectiva sincrónica como la diacrónica: escoge muestras representativas del mundo del pensamiento neoliberal y narra sus mutaciones, desde sus orígenes como una filosofía social del mercado en la década de 1930 hasta la eficaz red de relaciones públicas que construye en la de 1970, provocando así un torrente de propuestas políticas concretas. La «más estridente defensa del mercado de los últimos años», escribe, emergió «únicamente tras un prolongado periodo de protesta y debate».

Un relato así debería aspirar sin duda a aclarar las razones de la persistencia del neoliberalismo en tanto que *doxa* tras la implosión de su base material durante la crisis económica mundial de 2008, señalando los rasgos modulares que parecen haberle permitido una significativa vida posterior. Burgin clausura el relato de su libro con dos anuncios históricos del final del *laissez - faire*, empezando con la sonora proclamación de su inminente derrota que hace Keynes en la década de 1920 (algunos años antes, de hecho, de que el *crash* y la Gran Depresión, en palabras de Hobsbawm, «destrozara el liberalismo económico durante medio siglo») y terminando, en 2008, con el coro de voces que insistían en que «el fundamentalismo del libre mercado» se había terminado tras la quiebra de Lehman Brothers. Burgin cita a Keynes: «Un estudio de la historia de las opiniones es un paso preliminar necesario para la emancipación de la mente». En el atolladero en el que hoy nos encontramos sería bueno, sugiere, recordar que:

Las creencias de una época parecen menos sólidas cuando se colocan en un contexto que incluya su formación, degeneración y reforma [...]. Aquellos que se sitúan en contra de las opiniones que hoy prevalecen pueden consolarse con el conocimiento de que las limitaciones discursivas nunca son absolutas y que a menudo ayudan a crear las condiciones de su propio declive.

Burgin, que enseña Historia en la Universidad Johns Hopkins, no es el primer autor que dedica una monografía a la larga gestación de las políticas neoliberales en el seno de una red internacional de *think tanks*; Dieter Plehwe, Bernard Walpen, Ralf Ptak, Philip Plickert, Richard Cockett y Matthias Schmelzer, entre otros, han hecho contribuciones esenciales en este campo. Tampoco es *The Great Persuasion* el único estudio reciente que distingue las formas tempranas del neoliberalismo, con su teorización de un Estado fuerte que asegure un marco básico para una sociedad de mercado, de sus vulgarizaciones posteriores. Sin embargo, la obra, una adaptación de la tesis doctoral de Burgin de 2009, *The Return of Laissez-Faire*, insiste, en mayor medida que las otras, en esta trayectoria y nos ofrece una periodización especialmente rigurosa. Desde la década de 1930 hasta 1962, los pensadores neoliberales problematizaron las doctrinas del *laissez-faire* anteriores a 1929, buscaron un fundamento social o ético para su proyecto económico, adoptaron un enfoque intelectualmente elitista (simbolizado por la figura de Hayek) y tuvieron un impacto mínimo en el diseño de las políticas económicas. A partir de 1962 y hasta 2008 (aquí el punto de partida lo señala la publicación de la obra de Milton Friedman *Capitalism and Freedom*), el neoliberalismo proclamó abiertamente las virtudes del *laissez-faire*, abandonó la filosofía social en nombre del economicismo, adoptó un enfoque populista (simbolizado por el propio Friedman) y tuvo un impacto global en el diseño político.

Las secciones iniciales de *The Great Persuasion* nos entregan una instantánea de muy alta resolución del conjunto de pensadores que construyó la defensa del liberalismo durante la década de 1930. A continuación Burgin nos proporciona una destilación concisa de las principales corrientes del neoliberalismo de mediados del siglo XX, tomando la Sociedad Mont Pèlerin como el vector de las innovaciones principales, así como de las divisiones más esclarecedoras. Su libro nos promete una cartografía de esta tradición que englobe la literatura sociocientífica existente y las biografías intelectuales. La cuestión, escribe Burgin, es colocar a «las principales figuras en diálogo unas con otras» mediante un empleo exhaustivo de las fuentes de archivo; la correspondencia de Hayek, en particular, es una fuente muy valiosa. Lo que surge de este análisis es un retrato de grupo de media docena de economistas muy destacados, ubicados durante el periodo de entreguerras cada uno en sus sedes respectivas, trabajando a contracorriente de la socialdemocracia y el keynesianismo, que, sin embargo, no dejaban de ser profundamente conscientes de los problemas que arrastraba la tradición del *laissez-faire*.

Su historia comienza en Londres, donde, a principios de la década de 1930, Lionel Robbins se ha colocado a la vanguardia de las fuerzas que han cambiado la composición política del departamento de Economía en la LSE, que hasta el momento había sido fabiano, leyendo la coyuntura histórica a

través de las lentes de los discípulos de Carl Menger y Eugen Böhm-Bawerl en Viena. Robbins, más que ningún otro, contribuyó a presentar ante los economistas ingleses una explicación nueva de la crisis capitalista que culpaba a una política monetaria expansionista del problema del exceso de inversión en capital fijo (la fuente de la deflación) y, por lo tanto, de la transformación de lo que, de otro modo, podría haber sido una recesión normal y tolerable en una depresión mundial histórica.

Fue durante esta recuperación del *Methodenstreit* austriaco cuando Robbins reclutó para la LSE al joven Friedrich von Hayek, un prodigio surgido de los famosos seminarios privados de Ludwig von Mises. En el periodo anterior a la guerra, el departamento londinense se convirtió en un centro neurálgico internacional para todos aquellos que se oponían al keynesianismo emergente, especialmente para Frank Knight y Jacob Viner, de la Universidad de Chicago. Viner, intelectual y personalmente muy ligado a Robbins, había puesto en marcha allí, en colaboración con Knight, un programa que articulaba los principios teóricos de su oposición al New Deal de Roosevelt. Tras la publicación en 1936 de la *Teoría general*, el keynesianismo había triunfado por un amplio margen en la economía académica frente al mucho más estridente liberalismo de Mises; la labor de Viner y Knight estrechó cada vez más los lazos entre el LSE y la Universidad de Chicago.

Burgin se esmera mucho en especificar las diferencias conceptuales entre estos grupos. Aunque ambos defienden una modestia epistemológica, de donde proceden sus recomendaciones sobre el libre mercado (si tenemos en cuenta las limitaciones de la comprensión humana, solo las decisiones agregadas de consumidores individuales podrían determinar las necesidades sociales), Robbins y Hayek en la LSE eran mucho más proclives a un capitalismo desatado que sus colegas norteamericanos en Hyde Park. Según el relato de Burgin, Knight, «el más influyente de los defensores del mercado en Chicago durante los años de entreguerras», rechazaba cualquier absoluto sistémico, incluyendo las promesas de ese Estado rigurosamente limitado que proponía Hayek. Pero las preocupaciones de Knight tenían una dimensión moral tanto como epistemológica. La sociedad capitalista cría sujetos deformes; se puede mantener a sí misma «solo hasta el punto de que se componga de individuos cuyo comportamiento se aleje de las normas que ella misma incentiva». En otras palabras, el mercado era únicamente la mejor de las malas alternativas y requería una base moral extraeconómica.

El escepticismo global es también para Viner un arma de doble filo. En su defensa del mercado declaraba no ser fiel a ninguna «doctrina abstracta» y esto le permitió criticar también la concentración económica. Según Burgin, Viner, particularmente, sometía los imperativos de los mercados a la soberanía popular, pues concebía que la misión del economista era garantizar las demandas del público (incluso las demandas de controles económicos

directos) mediante respuestas políticas que funcionen. Tales formulaciones eran perfectamente aceptables para Henry Simons, un antiguo alumno de Knight procedente de Iowa, que se había integrado en el departamento de Chicago a finales de la década de 1920. Burgin contrasta esta forma de pensar con el liberalismo posterior de Chicago, cuyos partidarios, nos informa, ojeaban espantados los escritos de Simons, en los que este se posiciona en igual medida contra el poder monopolista de los grandes cárteles y contra la intromisión del Estado.

Fuera de Austria, en la Europa continental ya existían en aquel momento formaciones paralelas. Entre ellas estaba el grupo ordoliberal de Friburgo, bajo la dirección de Walter Eucken y Franz Böhm. Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow, otros dos académicos de ideas similares, procedentes de Marburgo y Berlín, huyeron a Estambul en 1933. El primero de ellos se estableció posteriormente en el William Rappard's Graduate Institute of International Studies en Ginebra, ocupando allí un puesto hasta su muerte en 1966; el segundo se quedó en Turquía hasta 1949. Tras la guerra, Eucken y Böhm fundaron la revista *Ordo*, en la que Hayek, Röpke y Rüstow figuraban como editores y colaboradores. En Francia, la figura clave para Burgin es el filósofo Louis Rougier, antiguo miembro del Círculo de Viena, que en 1937 fue nombrado director de la Librairie de Médecis, que aspiraba a «promocionar el liberalismo y combatir teorías políticas potencialmente subversivas», es decir, el marxismo. Rougier, más tarde *consigliere* de Pétain, recaló después en la New School gracias a una beca Rockefeller.

La publicación en 1937 de *Inquiry into the Principles of the Good Society*, de Walter Lippman, «produjo un seísmo» a lo largo y ancho de esta red. Rougier lo publicó en francés al año siguiente, en la editorial Librairie de Médecis, con el título de *La cité libre*. Burgin escribe que los dispares grupos de liberales de la época de la Depresión, que, hasta ese momento, operaban únicamente con una débil conciencia de la existencia de los otros y con contactos solo parciales, aprovecharon el libro de este famoso analista estadounidense como una palanca para lograr la unidad. En agosto de 1938, como paso inicial para alcanzar una coherencia ideológica formal, Rougier organizó su primera reunión internacional en París bajo el título de Colloque Walter Lippmann. La conferencia seguía el espíritu del libro de Lippmann y, acorde con la agenda política de Rougier, buscaba un renacimiento del liberalismo que pudiera orquestar una respuesta internacional a la inclinación hacia las economías planificadas en el mundo del capitalismo avanzado, a la vez que revisaba suficientemente este liberalismo para sortear los problemas del *laissez-faire*. Puso en marcha el programa de un «liberalismo constructivo» internacional. Burgin pone el acento en la opinión de Rüstow sobre la perspectiva mayoritaria en el seno del coloquio, que enfatizaba las limitaciones políticas y éticas del modelo liberal del siglo XIX:

Para rescatar el liberalismo, sería necesario encontrar una manera de reconciliar la perspectiva liberal con la necesidad humana fundamental de integración dentro de un organismo social más amplio, con vínculos de conexión más fuertes que los que proporciona la sola razón abstracta. Lippmann expresó un acuerdo implícito con Rüstow, señalando que la maximización de la utilidad era un bien social, pero no necesariamente el único estándar por el que debiera medirse el progreso, aunque Rüstow le recordó que reconocer esto suscitaba la pregunta no resuelta de qué estándar alternativo se debería aplicar. Esta visión del «liberalismo constructivo» se basaba en la aceptación de la idea de que los problemas internos del *laissez-faire* no podían abordarse meramente a través de una red de restricciones que limitaran los peores excesos del mercado. En cambio exigían el abandono del paradigma abstracto del *homo economicus* y la integración de la economía de mercado dentro de un orden social redefinido y moralmente renovado.

Estos suplementos a la lógica del mercado podían sin duda incluir un menú generoso de protecciones del bienestar social. De hecho, el núcleo de la argumentación de Burgin en *The Great Persuasion* es que este liberalismo constructivo (que en la conferencia de 1938 Rougier bautizó como neoliberalismo) era de un orden totalmente distinto al paradigma triunfante en las décadas de 1970 y 1980. Nos advierte de que «la historia de este último debe resistir la tentación de suponer sus supuestas continuidades».

Burgin no rechaza la continuidad en sí misma, sin embargo, puesto que su relato se construye a partir de los vínculos institucionales que creó la Sociedad Mont Pèlerin, la heredera directa del Coloquio Lippmann. Fundada en 1947 por Hayek, con fondos del empresario suizo Albert Hunold y con el legado de William Volker, un empresario de muebles millonario de Kansas City, la historia del grupo Mont Pèlerin proporciona el marco de las secciones centrales del libro de Burgin. Y esto tiene su sentido, puesto que en la Sociedad figuró todo el abanico de los liberales destacados de la época, desde Ludwig Erhard hasta Milton Friedman, y aún hoy sigue en activo, atrayendo a cientos de miembros a sus reuniones regionales y anuales, que se han celebrado en todos los continentes. Para Burgin, el cambio en la política interna dentro de la Sociedad Mont Pèlerin anunciaba los cambios ideológicos en el mundo del liberalismo de la posguerra. De hecho, solo hay que examinar la declaración de intenciones original de la sociedad para percibir que, en su ambigüedad, dejaba mucho campo para el desacuerdo interno, al permitir la acción del Estado cuando «no fuera perjudicial para el funcionamiento del mercado». Su misión sería proteger el mercado y esto solo podía conseguirse presentándolo como parte de una «visión del mundo atractiva».

Entre las facciones emergentes dentro de la Sociedad Mont Pèlerin, argumenta Burgin, una forma más violenta y combativa (totalmente opuesta a la atemperada filosofía social de Hayek y uniformemente hostil al bienestar social y a las encuestas científicas de largo alcance) asumió el mando en las postrimerías de lo que a veces se conoce como el asunto Hunold. En esta

historia, el fundador original de la Sociedad, preso de ataques paranoicos, se llevó con él al moderado Röpke cuando abandonó ofuscado su pertenencia a esta ante la presencia de los economistas estadounidenses de la Universidad de Chicago, liderados por un joven Milton Friedman. Aunque era un gran admirador de *The Road to Serfdom*, Friedman descartó las ambiciones sintéticas de Hayek en su búsqueda de un bombardeo publicitario, monocromáticamente centrado en encontrar respuestas políticas. Friedman no asumió formalmente la presidencia de la Sociedad Mont Pèlerin hasta 1970, pero Burgin sugiere que la publicación de *Capitalism and Freedom* en 1962 fue lo que resolvió de manera eficaz las peleas subterráneas dentro de la Sociedad en favor de una ofensiva contra cualquier forma de intervención estatal, señalando así el renacimiento del *laissez-faire* en el amanecer de lo que Burgin denomina «la era de Milton Friedman»:

De manera acumulativa, el nuevo tono polémico de Friedman anunciaba tanto el regreso a la defensa del mercado del siglo XIX como la llegada de algo completamente nuevo. En sus esfuerzos para exponer su enfoque de la economía política a la opinión pública, Friedman desarrolló la arquitectura retórica de un mundo que no se disculpaba por poner al mercado en el centro.

Este es el meollo de *The Great Persuasion*: el neoliberalismo fue, hasta finales de la década de 1950, un movimiento intelectual relativamente moderado, defensivo, abierto a una reconciliación con el Estado social. Su transformación tiene como eje la promoción de Friedman a través del escalafón de la Sociedad Mont Pèlerin. El último tercio del libro se dedica al ascenso de Friedman, desde la provinciana Nueva Jersey hasta la Universidad de Chicago, pasando por su etapa trabajando como estadístico para el Gobierno federal durante la guerra. Fascinado y politizado por el encuentro de 1947 de la Sociedad Mont Pèlerin, Friedman solo alcanzó notoriedad pública, en su calidad de consejero de Goldwater en 1964, el año posterior a la publicación de *A Monetary History of the United States*. En contraste con las meditadas reflexiones de Hayek sobre capitalismo, cultura y religión, Friedman cultivaba un descarado populismo: «Los dos grupos que más amenazan al mercado son los empresarios y los intelectuales», etcétera. A finales de la década de 1960, Friedman se embarcó en una trayectoria ostentosa, de alto perfil público (columnista de *Newsweek*, perfil publicado en *Fortune*, entrevista en *Playboy*) y, a partir de ese momento, abandonó prácticamente la actividad académica. En 1973 hacía campaña electoral junto a Ronald Reagan en California, quien «no podía resistirse al entusiasmo contagioso de Friedman». Se le colmó de honores; hacia el final de su larga vida podía graznar que, según su experiencia, adoptar posturas no populares rara vez le había supuesto pagar un gran precio.

Al constreñir su perspectiva a partir de 1962, Burgin nos presenta el neoliberalismo tardío como el espectáculo de un solo hombre. Aquí lo que

se echa en falta es cualquier concepto de mediación. ¿Por qué querrían *Newsweek*, *Fortune*, *The New York Times* y *The Wall Street Journal* publicar las opiniones de Friedman? Burgin no nos ofrece ningún análisis de la coyuntura de la década de 1970, ni se detiene a examinar las causas de la caída del crecimiento y la subida de la inflación. Fiel a su tarea de confinar el neoliberalismo friedmaniano en la extrema derecha de la política estadounidense, se zafa de explicar el nacimiento del monetarismo bajo la presidencia de Carter, con la restricción de la oferta monetaria por parte del presidente de la Reserva Federal Paul Volcker en 1979, y se limita a decir que los escritos de Friedman habían «modificado las opiniones que entonces prevalecían». En otro momento se nos dice que la victoria de Reagan en las elecciones de 1980 marca «el triunfo de las ideas de Friedman», como si el estancamiento y la caída de los ingresos reales no tuvieran nada que ver en ello.

De manera similar, la idea de Friedman de un impuesto sobre la renta negativo (en la práctica, una renta básica) se explica sencillamente como «el caballo de Troya que permitiría la disminución gradual de los beneficios del Estado del bienestar hasta que desaparecieran por completo» para beneficio de los republicanos que buscaban minar la popular burocracia del New Deal. No se discute el clima intelectual general en el que se produce esta propuesta. Para desafiar la tesis de Burgin, que toma a Friedman al pie de la letra, se podría simplemente mencionar que fue el Partido Demócrata quien emprendió la reducción más significativa del Estado del bienestar estadounidense, sin ninguna necesidad política de una renta básica simplificada compensatoria. Las limitaciones de la perspectiva de Burgin quedan igualmente en evidencia en su tratamiento de la transformación del propio Friedman, desde la corriente mayoritaria de la sociedad Mont Pèlerin hasta su margen libertario. Los cambios históricos reales desaparecen en su enfoque de vía estrecha en torno a las rivalidades profesionales dentro de la Sociedad.

Burgin habla mucho del «papel de las ideas en la historia», pero su método a menudo parece menos filológico que, sencillamente, idealista. En su relato, los economistas transmiten sus intenciones, totalmente conscientes, mediante un lenguaje cuyo sentido es evidente, diseñado para producir (y en esta historia, produciendo con éxito) el exacto efecto deseado. De esta manera, Burgin convierte las ideas en magnitudes inertes, cuya expresión variable a lo largo del tiempo y del espacio es solo resultado de su grado de dilución. El correlato necesario a esta teoría de la causalidad histórica es la fuerza determinante de las grandes personalidades que administran las dosis. Sus ideas no se distinguen cualitativamente, sino que se determinan por la proporción de dos ingredientes: Estado y mercado. Es llamativo que una historia intelectual de la economía haya producido este esquema mecánico, el tipo de esquema por el que se censura habitualmente a la historia económica misma. Lo que está ausente aquí es una evaluación de las ideas

en tanto representaciones precisas de la realidad, en este caso, de la dinámica real de la economía capitalista mundial.

La afirmación de Burgin de que los neoliberales solo alcanzaron influencia política en Estados Unidos implica una extraordinaria edulcoración de las actividades políticas del grupo. Simplemente omite mencionar el papel previo del miembro de la Sociedad Mont Pèlerin Alfred Müller-Armack en la Alemania nazi. Miembro del Partido Nacionalsocialista y autor del panfleto nazi *Staatsidee und Wirtschaftsordnung im neuen Reich* (1933), Müller-Armack fue consejero de Ludwig Erhard y ocupó un cargo en el Ministerio de Economía durante el periodo de posguerra. Tampoco menciona Burgin que Rougier, el organizador del Coloquio Lippmann, estaba financiado por el industrial Marcel Bourgeois, que apoyaba al fascista Parti Populaire Français de Jacques Doriot. La aporía es tan enorme que Burgin, en un momento dado, describe a los neoliberales como «antifascistas declarados». Cuando *The Great Persuasion* aborda el tema de los economistas de la Escuela de Chicago en Chile, es en gran medida para alabar la sensibilidad de Friedman al no aceptar una distinción académica de Pinochet. No hay ninguna mención aquí de la subversión abierta contra Allende, algo que los economistas educados en Chicago admiten abiertamente, ni de Friedman en 1982 hablando del «milagro chileno», tanto político como económico. Tampoco discute Burgin la muy documentada amistad de Hayek con el Gobierno de Pinochet y su papel a la hora de organizar la reunión regional de la Sociedad Mont Pèlerin en Viña del Mar en 1981 (una provocación deliberada, teniendo en cuenta que en esa ciudad se originó el golpe de Estado contra Allende), puesto que eso iría en contra de su *leitmotiv* de un Hayek apolítico superado por el combativo Friedman y arrojaría cierta ambigüedad sobre los compromisos políticos de ambos.

El marco de trabajo de Burgin tiene la ventaja de la sencillez y es útil para comprender las texturas básicas del grupo que compuso la Sociedad Mont Pèlerin, pero la sencillez se vuelve distorsión cuando desaparecen del mapa continentes completos. Tras relatar la ascensión de Friedman a la presidencia de la Sociedad, la promesa de una historia transnacional de las ideas queda en gran medida olvidada. No se podría culpar a un lector de *The Great Persuasion* si acabara el libro pensando que la influencia política de Wilhelm Röpke se limitó al conservadurismo estadounidense, en especial, a través de la *National Review* de William F. Buckley, aunque Röpke haya sido mentor y consejero del canciller de la República de Bonn. El que Burgin tampoco alcance a mencionar el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial en esta historia del neoliberalismo es otra consecuencia de su visión restringida. Esta conceptualización provinciana le permite, en un momento dado, referirse a Jeffrey Sachs, ideólogo de la terapia de choque aplicada a la Europa del Este, como un economista «de izquierdas».

De la misma manera, dicho enfoque provinciano centrado en Estados Unidos acentúa las líneas con las que Burgin ha dividido el neoliberalismo: la facción ortodoxa que se remite al *laissez-faire* del siglo XIX y la facción heterodoxa abierta a las posibilidades de la intervención estatal. La diferencia entre estas facciones está hipertrofiada. En su *International Order and Economic Integration*, Röpke idealizó el siglo XIX liberal, su régimen de libre comercio que el principio internacional de *pacta sunt servanda*, respaldado por el imperialismo británico, había hecho posible. Tampoco se debaten los resultados neoliberales en Europa. El propio Erhard, arquitecto del «milagro alemán», canciller de la República Federal entre 1963 y 1966 y miembro de la Sociedad Mont Pèlerin, figura una sola vez en el libro, en tanto que intermediario entre las facciones internas en lucha durante el asunto Hunold. Los lectores de este volumen no podrán imaginarse a Erhard como el arquitecto de la deflación en el periodo de la inmediata posguerra, según las consignas ordoliberales; ni imaginar su batalla dentro del CDU para que este abandonara los principios cristiano-socialistas establecidos en el Programa de Ahlen. Las directrices de Dusseldorf que lo reemplazaron, en 1949, defendían una sociedad fundada en «la competencia basada en resultados» en un contexto de mercado garantizado por la ley.

En lo que respecta a los rasgos neoliberales de la Unión Europea, desde sus comisiones jurídicas tecnocráticas, lejos del alcance de la presión democrática, hasta los términos proclives al capital del Tratado de Maastricht, que hizo extensivos los austeros estatutos del Bundesbank a toda la eurozona, no entran en el horizonte que contempla Burgin. Esta omisión tiene como efecto el emborronar la auténtica experiencia histórica del neoliberalismo en la Europa continental, presentándolo en cambio como una receta alternativa y moderada, aún no probada. El neoliberalismo se conceptualiza mejor como una estrategia liberal que en absoluto se opone a la regulación estatal en cuanto tal, sino que más bien consideraría el Estado como un apéndice del capital, capaz de regular la democracia apelando a la racionalidad del mercado. Existen variaciones geográficas en la expresión del neoliberalismo. Pero hoy por hoy Europa sigue siendo la región del capitalismo mundial más proclive a la deflación, en particular por la subida de los tipos de interés del BCE de 2011. Cuando en los últimos años Mario Draghi ha inaugurado una secuencia algo más expansionista, se ha cuidado muy mucho de asegurar a los banqueros centrales que el Banco Central Europeo no se desviará de sus «principios ordoliberales», un sugerente comentario que merece una investigación histórica. Lo mismo puede decirse de la Comisión Europea y de los líderes políticos alemanes contemporáneos, que hasta hoy siguen imponiendo una austeridad directamente culpable de la catastrófica depresión griega.

No se le puede pedir a *The Great Persuasion* que recoja todas estas consecuencias, puesto que expresamente es una historia de «las ideas del libre

mercado», más que de las políticas neoliberales. Pero la amplitud con la que Burgin reprime el neoliberalismo fuera de Estados Unidos (y, especialmente, en su tierra natal europea) es una grave debilidad de este estudio. Fue en Europa donde la Sociedad Mont Pèlerin penetró en los niveles más altos de las instituciones, y entre sus miembros se contaron jefes de Estado europeos, como Erhard o Luigi Einaudi en Italia, en un momento tan temprano como la década de 1950. La Unión Europea, un aparato político novedoso, se reconstruyó y las economías de sus Estados miembros se reestructuraron en el mismo periodo en el que el neoliberalismo cogía impulso. En el contexto europeo, la persuasión en cuestión no es tan reciente como defiende Burgin. Tiene que ver no tanto con un «regreso al *laissez-faire*» como con la solidificación de instituciones reguladoras neoliberales, inmunes a la democracia. Una historia de la relación de estos términos podría haber tenido como resultado un relato más incisivo.

CRÍTICA

Richard Burton, *A Strong Song Twos Us: The Life of Basil Bunting*, Infinite Ideas, Oxford, 2014, 618 pp.

ALEX NIVEN

EL CAMINO A BRIGGFLATTS

El movimiento moderno literario anglófono, como es sabido, con frecuencia ha tenido poco que ver con los escritores ingleses. De los tradicionales nombres sagrados, Ezra Pound, James Joyce y T. S. Eliot, ninguno tenía origen inglés, no obstante la acérrima anglofilia que mostró Eliot en sus últimos años. Más recientemente, la academia angloamericana ha tendido a desplazarse hacia los márgenes poscoloniales en su búsqueda del pluralismo liberal, o, si lo prefieren, de la munificencia neogladstoniana. Atrapado entre estas dos tendencias, el poeta del movimiento moderno inglés Basil Bunting (1900-1985) no ha recibido la atención que cabría esperarse hacia un escritor con su trayectoria en las vanguardias. Seguidor de Pound y Eliot, Bunting, que inició su andadura como poeta experimentalista políticamente radical en las décadas de 1920 y 1930 y terminó convertido en un extraño héroe contracultural durante las de 1960 y 1970, ha sido cada vez menos mencionado en los debates críticos de la especialidad de los últimos años. Y ello a pesar de haber sido un autor fundamental en la escena poética internacional (entre sus numerosos admiradores durante la última etapa de su vida destacaban Robert Creeley, Hugh Kenner, Thom Gunn y Allen Ginsberg) y del hecho de que su obra maestra de 1966, la autobiografía en verso *Briggflatts*, constituye seguramente el poema en lengua inglesa más importante de la última etapa del movimiento moderno.

La cuestión de la posición inconformista de Bunting en la poesía moderna constituye el relato central del extraordinariamente riguroso *A Strong Song*

Tows Us –cuyo título está tomado de uno de los versos de *Briggflatts*–, que representa la primera biografía del poeta que puede considerarse abiertamente como definitiva; tanto *Basil Bunting: A Northern Life* (1997) de Richard Caddel y Anthony Flowers, como *Basil Bunting: The Poet as Spy* (1998), de Keith Alldritt, son esbozos superficiales, más que retratos totalmente acabados. En los primeros años de Bunting, Burton saca a la luz elementos que evocan a un escritor enfrentado por naturaleza a la cultura inglesa de la alta burguesía, que posteriormente utilizaría como antítesis. Aunque nació en un barrio residencial relativamente próspero, Bunting creció en el contexto industrial de Newcastle-upon-Tyne y sus años escolares transcurrieron en un entorno muy alejado del anglicanismo pastoral que constituía, y constituye aún, el *locus classicus* de buena parte de la literatura inglesa. Su padre era un médico fabiano que mantenía estrechos vínculos con la cultura minera tradicional del nordeste inglés. Además, si bien parece que él mismo no fue miembro practicante de la Religious Society of Friends, envió a su hijo a escuelas cuáqueras de Yorkshire y Berkshire. Burton sostiene que el cuaquerismo de Bunting tenía tanto de genuino como de afectación, pero, sin embargo, parece claro que estas experiencias tempranas forjaron una actitud de obstinación político-religiosa que desempeñaría un papel clave en los años subsiguientes. Llamado a filas al terminar el colegio, durante los últimos meses de la Primera Guerra Mundial, Bunting se declaró objetor de conciencia movido por sus principios cuáqueros radicales, lo que le valió pasar la mayor parte del año en prisión. El trato que allí recibió fue brutal en todos los sentidos; Bunting solía mostrarse taciturno al respecto, pero su amigo Denis Goacher relataría posteriormente que «la experiencia amargó a Bunting de por vida. Decía que empañó todo lo que pensaba sobre Inglaterra, sobre el *establishment*».

Tras su puesta en libertad de la prisión de Winchester, en el verano de 1919, Bunting se matriculó en la London School of Economics, animado quizá por su patrimonio fabiano. Entre sus contemporáneos se hallaba un joven Lionel Robbins, que parece haber conducido a Bunting hacia las principales figuras del movimiento moderno en un momento crítico. Tal y como él mismo comunicaría a Pound más adelante:

Conocí a Robbins justo antes de ir a la LSE y le hice el flaco favor de convencerle de que se matriculara él también. De gustos parecidos al Bloomsbury de la mejor clase, esto es, consciente de muchas cosas de las que no esperarías que hubiera oído hablar un profesor de Economía. La primera persona, creo, que me mostró la obra de Eliot, sin duda, el primero en mostrarme fragmentos del *Ulises* en *The Egoist* (¿o fue del *Retrato de J. J.*?). Solía apreciar tus obras y probablemente aún lo hace.

Distraído por las lecturas que le recomendaba Robbins —el *Homenaje a Sextus Propertius* de Pound y los «Preludios» de Eliot suscitaron en él un interés particular—, Bunting abandonó la universidad transcurridos cuatro años sin obtener su licenciatura, habiendo puesto sus miras en desarrollar una carrera literaria. Aunque, como él mismo reconoció, su obra poética de juventud no había sido «nada buena», el descubrimiento de Pound y de Eliot le incitó a ver más allá del clima poético del Londres de la década de 1920, donde prevaleció la nostalgia cortés de los *georgian poets* hasta que fue lentamente sustituida por el gradualismo formal de W. H. Auden y su círculo al finalizar la década. En 1923 Bunting se trasladó a París, donde encontró un empleo en *The Transatlantic Review*, de Ford Madox Ford, y donde inició una duradera amistad con Pound tras un encuentro fortuito en un café de Montparnasse.

Bunting pronto se convirtió en un miembro destacado de lo que el editor James Laughlin dio en llamar la «Ezuversity», el círculo de poetas, artistas y músicos que se reunían de manera intermitente en torno a la figura de Pound en Rapallo, el santuario de los expatriados en la costa de Liguria durante las décadas de 1920 y 1930. Estos años resultaron decisivos para Bunting desde el punto de vista creativo. En compañía de Pound, Yeats, George Antheil y de poetas más jóvenes como el marxista estadounidense Louis Zukofsky, se le ofreció un punto de entrada a las vanguardias del periodo de entreguerras y, durante un tiempo, disfrutó de la oportunidad. Ayudó a Pound con los preparativos de una serie fundamental de conciertos en el Teatro Reale de Rapallo, comenzó una importante traducción de la epopeya persa *Shahnameh*, se involucró tangencialmente en el movimiento poético «objetivista» encabezado por Zukofsky y William Carlos Williams, y desplegó una obra considerable, la mayor parte de la cual apareció como la principal contribución a la *Active Anthology* de Pound de 1933. A tenor de su propia y lacónica reseña: «Fue una época muy agradable. Escribí mucha poesía, lo pasé bien conversando, navegando, disfruté de la luz del sol. Vi bastante a Yeats».

De acuerdo con Yeats, el joven poeta era «uno de los discípulos más feroces de Ezra» y, ciertamente, la excursión a Rapallo revestía una urgencia mayor de lo que sugiere la versión de Bunting. Pero de momento las discusiones eran más estéticas que políticas. Cuando no estaba navegando con su barca en el golfo de Tigullio, Bunting canalizaba su desdén por el *establishment* inglés arremetiendo con determinación contra sus tradiciones literarias, una cruzada que mezclaba el fervor puritano del movimiento moderno con el humor mordaz de Newcastle. En julio de 1931 escribió a la editora estadounidense Harriet Monroe para comunicarle que iba a embarcarse en un proyecto para «editar» los sonetos de Shakespeare, eliminando palabras aparentemente superfluas, simplificando la sintaxis y en ocasiones suprimiendo poemas enteros de una serie: «Después de cortar lo suficiente y de desembarañar las inversiones podría salir un poema bastante bonito».

La crítica formal de la literatura inglesa fue elaborada en «The Lion and the Lizard», una obra en prosa escrita en este periodo:

En parte por ser tan espléndida, la poesía inglesa resulta inadecuada. La vida incluye esplendor, pero no es ininterrumpidamente espléndida. El resplandor puede fácilmente cegar al observador a todo lo demás: el detalle, la textura de la vida se pierden o se desdibujan. Con demasiada frecuencia, los poetas ingleses se consideran superiores, se esfuerzan constantemente por ser sublimes y terminan por resultar monótonos. Ello se debe en parte a que han descuidado la música de Byrd y de Dowland, rítmicamente, mucho más ágil que la poesía inglesa, y a que tratan al jazz y a otras músicas populares con desdén o condescendencia.

Como reacción contra esta tradición espléndida, que aseguraba que se extendía desde Marlowe hasta Eliot, en sus propios versos Bunting trató de ampliar el antiguo proyecto imaginista de Pound, introduciendo un austero realismo lírico que combinaba ademanes experimentales con una base de musicalidad popular.

Los poetas franceses del siglo xv estaban tan presentes para él como para Pound. Así, «Villon», la obra en la que hizo su debut en 1925-1926 versa, sobre poesía e historia, y refunde la vida de François Villon con sus propias experiencias en prisión.

En la oscuridad con grilletes
y codos doblados llevé mi espalda endeble
a saludar a las sordas paredes lisas de nuevo
mudas¹.

Su sección inicial ilustra la poética emergente de Bunting:

Ese que disecamos
«cuyas palabras recogimos como flores silvestres
y juzgamos su ingenio y sus descripciones exactas»
nos habla
madura médula,
ante los huesos de un muerto meditando la noche entera.

Hay un aspecto cortante, acústicamente mordaz en estas líneas. El efecto deriva en parte del uso de un *collage* de citas (los versos 2 y 3 están traducidos de un texto en prosa del siglo xvi) y en parte también de la dicción esterilizada, que transita de lo sublime a lo trivial («disecamos» «sus descripciones exactas»), pero quizá fundamentalmente de los rigurosos procesos de reducción que aplicaban el poeta y sus colaboradores *après la lettre*. En este sentido, el lema compositivo de Bunting rezaba: «Corta todas las palabras que te

1 Basil Bunting, *Briggflatts y otros poemas*, selección y traducción de Aurelio Major, Barcelona, Editorial Lumen, 2004; la traducción de los poemas de B. Bunting proceden de esta edición, salvo el incluido en la *página* 173 [N. de la T.].

atrevas a cortar» y, del mismo modo que *La tierra baldía* de Eliot, «Villon» fue podado hasta adoptar su forma editada final con la ayuda de la pluma de Pound, presumiblemente en un intento por librar a los versos de su resplandeciente aspecto «inglés» y liberar su vitalidad rítmica.

Sin embargo, aunque, observadas de cerca, estas técnicas tuvieron éxito desde el punto de vista estilístico («ante los huesos de un muerto meditando la noche entera» es una figura rítmica de Bunting típicamente recortada), el inconveniente de este enfoque iconoclasta radicaba en que podía fácilmente caer en una forma de nihilismo que trataba de pasar desapercibido, pero que condensaba la composición poética en su totalidad. La vida de Bunting estuvo plagada de paréntesis, depresiones e *impasses* creativos casi fatales. Por consiguiente, la narrativa de Burton es necesariamente desigual, y ha de dar cuenta de varios periodos prolongados durante los cuales no se produjo absolutamente ningún verso, ni siquiera de la variedad moderno-imaginista radicalmente abreviada. Burton ofrece varias teorías plausibles que justifican la sobriedad creativa de Bunting. Su vida privada fue turbulenta; fue un perfeccionista formal; posiblemente padeció depresión clínica. Más prosaicamente, hay que considerar el hecho de que durante la mayor parte de su carrera Bunting fue rotundamente ignorado por las editoriales inglesas convencionales, lo cual se convirtió con el tiempo en una paralizante carrera de obstáculos más que en un acicate para perseverar en circunstancias adversas. El libro de Burton construye un tragicómico argumento secundario a partir de las repetidas negativas de Eliot a publicar a Bunting en *Faber and Faber* desde la década 1930 en adelante. Curiosamente, Burton sugiere que la causa de esta antipatía podría haber estado tanto en la obstinación de este último como en la creciente aversión de Eliot hacia la heterodoxia estética al estilo de la *Active Anthology* a medida que fue convirtiéndose en el soberano anglicano-realista-clasicista de las letras inglesas.

Cualquiera que fuera la causa, a finales de la década de 1930 Bunting abandonó la poesía. En 1937 se hizo marino mercante y en 1940, pese a los principios cuáqueros, se alistó en la fuerza aérea, sirviendo como comandante de escuadrón en el Irán ocupado por los británicos. Al finalizar la guerra, en un giro aún más asombroso, se convirtió en agente de la inteligencia británica en este país. En «The Well of Lycopolis» (1935), uno de sus últimos poemas prebélicos, Bunting había satirizado la Primera Guerra Mundial y sus secuelas, imaginando que una propagación pandémica desde las trincheras asolaba a la bohemia de Bloomsbury con una especie de gonoree cultural:

Únete a la Fuerza Aérea Real
y Ve Mundo. La Armada
Te Hará un Hombre. Recorre India con la Bandera.
Uno del ejército ragtime,

voluntario involuntario,
 en la cola de la sífilis en Rouen. ¡Valiente herida de guerra!

Sin embargo, en Irán esta ferocidad vodevilesca se disipó completamente al implicarse en operaciones de inteligencia en Teherán e Isfahan. En 1947 disfrutaba de una vida de cierto lujo, instalado como «jefe de toda la inteligencia política británica en Persia, Iraq, Arabia Saudí, etcétera». Tras un breve regreso a Northumberland en 1950 con una esposa kurda de dieciséis años a la zaga (se habían casado dos años antes), Bunting volvió a Irán como corresponsal del *Times*, de donde sería expulsado para siempre cuando Mossadeq asumió el poder. Su respuesta ante este episodio tiene un marcado cariz reaccionario y no puede justificarse como mera amargura personal. En 1953, culminada su transformación reaccionaria, llegó hasta el punto de comunicarle a Pound en una carta que prefería sin duda a halcones como Churchill o Truman a un «oficinista atrofiado como Clement Attlee».

Al igual que sucedió con la parálisis creativa que se prolongó aproximadamente desde la mitad de la década de 1930 hasta mediados de la de 1960, este radical cambio de opinión bien podría haber sido otra consecuencia del escepticismo que caracterizó a Bunting. Acólito autoproclamado de «Hume, el escéptico» y partidario de la máxima acuñada por Wittgenstein «de lo que no se puede hablar, se debe guardar silencio», constantemente ponía barreras prohibitivas a sus impulsos intelectuales y políticos. Una lista en la que enumeraba sus influencias formativas, realizada al final de su vida, comenzaba: «Las cárceles y el mar, el misticismo cuáquero y la política socialista, las barriadas de Lambeth y Hoxton». Al margen del paréntesis persa, Bunting se identificó como socialista, ensalzó los sindicatos mineros norteros y recurrió a una sólida base de idealismo puritano para tratar de demoler falsos ídolos tradicionalistas. Pero sus impulsos negativistas eran de tal calibre que con frecuencia amenazaban con subvertir su propia razón de ser. En la extraordinaria correspondencia que mantuvo con Pound a mediados de la década de 1930 (cartas que en lo sustancial no han sido publicadas, aunque Burton cita un puñado de pasajes fundamentales), Bunting puede aparecer admirable cuando se opone al fascismo mussoliniano cada vez más atroz que defiende Pound. Un famoso intercambio epistolar fechado en 1938, en el que Bunting reprendía con dureza a Pound por los comentarios antisemitas que había dirigido contra Louis Zukofsky, marcó el fin temporal de su amistad:

Todos los comportamientos antijudíos, antinegros o antiárabes que pueda recordar en la historia han sido abyectos, fundados en la envidia de la clase más mezquina y en la codicia. Me pone enfermo ver cómo te cubres de semejante inmundicia. No es un asunto discutible, no ha sido discutible durante al menos diecinueve siglos. Es duro ver cómo cortas por lo sano con tu espíritu y tu corazón sin repudiar concienzudamente aquello en lo que tanto has trabajado. Deberías tener el valor de hacerlo, pero confieso que no espero verlo.

No obstante, la manera en la que Bunting se opone a Pound podría también revelarnos su propia confusión ideológica. Cuando escribe desde su hogar temporal de las islas Canarias en 1935, un Bunting deprimido y aislado se niega tercamente a tomar partido en medio del debate comunismo versus fascismo que enfrentaba violentamente a Zukofsky y a Pound: «Tú, yo y Zuk tenemos que mantener vivo el lenguaje, y esto es también verdaderamente difícil y no hacemos ningún bien desviándonos para propagar las causas más nobles de la economía o de la política». Aunque aún se aferraba al lejano sueño inconformista de otra guerra civil, en 1937 el escepticismo de Bunting respecto a las posibilidades de que se produjeran reformas en Inglaterra se endureció:

Lo que parece bastante cierto es que sin guerra civil no solo va a ser imposible que se produzca un cambio profundo, sino ni tan siquiera un alivio sustancial de la carga que soportan los pobres de Inglaterra. Esto parece contar con un amplio reconocimiento. Los propietarios estafarán tanto como puedan —las cartas de Zinoviev, los ahorros de la Caja Postal en peligro, la Liga de Naciones, los dos esposos vivos [de la prometida del rey Eduardo VIII]—, no es muy difícil teniendo a toda la prensa en el bolsillo y a una oposición salida de Eton y Oxford. Pero han hecho saber que, si la estafa no funciona, recurrirán a sus policías.

A Strong Song Tows no es tan sensible a la importancia que tuvieron estos debates en la década de 1930 como podría haberlo sido. La prosa es amena, convincente y está bien documentada, pero, en su comprensible anhelo por ofrecer la primera versión auténtica de la vida de Bunting, Burton ha rehuido en buena medida los extensos debates históricos y críticos, optando en cambio por una serie de resúmenes imparciales realizados a partir del material existente. Por consiguiente, encontramos prolongadas y minuciosas disquisiciones sobre, por ejemplo, la ruptura del primer matrimonio de Bunting y su supuesto interés por las muchachas púberes. Estas cuestiones no son irrelevantes, pero teniendo en cuenta la importancia del papel que jugó Bunting en ciertos acontecimientos cruciales de la historia y la cultura de mediados del siglo XX, así como la actual escasez del canon crítico sobre la materia, el método sumario empleado por Burton, que pone el foco en la vida privada en detrimento de la pública, puede resultar decepcionante. Un mayor desarrollo de las dos décadas decisivas en la vida artística de Bunting —las décadas de 1930 y 1960— y un menor énfasis sobre las debilidades de su carácter habrían contribuido a crear un texto analítico y proactivo y no meramente informativo.

De hecho, Burton dedica una atención considerable al último de los dos florecimientos de Bunting: el tumultuoso periodo que vivió en los años sesenta, durante el cual disfrutó de un espectacular y renovado interés. Aquí es inevitable referirse al contexto social. En 1963, estando retirado

en la Northumberland rural, Bunting fue buscado por Tom Pickard, un escritor local de extracción obrera muy entusiasmado con ciertas corrientes neomodernas de la poesía posbélica: la Escuela de la Montaña Negra, Ginsberg y la generación *beat*, la nueva cultura lírica del jazz y del pop. La energía juvenil de Pickard sacó al anciano poeta de una década de depresión y Bunting pronto se convirtió en el punto central de las lecturas de Morden Tower, improvisados espectáculos contraculturales organizados por Pickard y su mujer, Connie, en una zona ruinoso de las murallas medievales de Newcastle. En la ciudad en general, la estrella del movimiento moderno popular estaba en alza: el pintor Victor Pasmore había introducido recientemente una pedagogía al estilo de la Bauhaus en el King s College (ahora, la Universidad de Newcastle) y en todo Tyneside se estaban levantando sólidos edificios brutalistas. El entorno de Morden Tower ofrecía un correlato *underground* más espontáneo a estas vulneraciones del territorio. En un contexto en el que buena parte de la teleología del movimiento moderno de la primera generación parecía estar cristalizando —esto es, cuando ciertas partes de Inglaterra finalmente, tímidamente y, tal y como sucedieron las cosas, brevemente empezaron a *sentirse* modernas—, Bunting escribió el magnífico poema del movimiento moderno inglés *Briggflatts*, una obra densamente construida en cinco partes de alrededor de setecientos versos, que leyó por primera vez al colectivo de estudiantes, profesores, *beatniks* y delincuentes proletarios de Morden Tower en diciembre de 1965.

Briggflatts es una epopeya del inconformismo norteño inglés muy diferente a todo lo que se haya escrito antes o después. Ya desde sus impactantes versos iniciales, el poema presenta una síntesis de texturas líricas destinadas a resonar enfáticamente en el ambiente popular de Morden Tower:

Jáctate, toro tenorino,
 con el madrigal del Rawthey discanta,
 cada guiija su parte
 en la primavera tardía de los cerros.
 Danza de puntas toro,
 negro frente al espino.
 Ridículo y hermoso,
 sigue a saltos las sombras
 de la mañana al meridiano.
 Espino en el cuero del toro
 y en toda el abra
 repletos los surcos de espino,
 que al lución solan el camino.

Las lecturas detenidas que realiza Burton del poema están llenas de sensibilidad, sin embargo, quizá por motivos de espacio y de género crítico, no explora en profundidad las raíces estéticas más hondas de esta peculiar música en verso: su deuda con la canción *folk*, su recuerdo apenas

perceptible del pulso rítmico de los versos aliterativos del inglés antiguo, sus secuencias sonoras vanguardistas, evocadoras de la decoración simbolista. Pero la singularidad de *Briggflatts* es evidente, sin duda, incluso sin recurrir a un análisis técnico elaborado; en efecto, la receptividad musical del poema es la base sobre la cual coinciden sus identidades políticas y formales. A diferencia de Pound y de Eliot, ambos de derechas y comprometidos con varias formas de elitismo social, Bunting pudo en los últimos tiempos poner en práctica una creencia hondamente sentida en virtud de la cual la poesía del movimiento moderno podía ser a un tiempo intelectualmente sutil y popularmente vital, si se recitaba en el entorno adecuado. Como dijo en «The Poet's Point of View», una apología en prosa de 1966:

La poesía debe leerse en voz alta. Todas las artes están acosadas por charlatanes en busca de dinero, o de fama, o simplemente de una excusa para holgazanear. Cuanto menos entienda el público el arte, más fácil les resulta prosperar a los charlatanes. No es sencillo para un *outsider* distinguir al farsante del poeta. Pero resulta un poco menos difícil cuando la poesía se lee en voz alta. Hubo embaucadores en el famoso encuentro en el Albert Hall [la «International Poetry Incarnation», celebrada en Londres en el verano de 1965]. Pero los peores y más insidiosos charlatanes son los que ocupan las cátedras y las juntas de gobierno de las universidades, los que escriben en los semanarios o trabajan en la BBC, o en el British Council o en algún otro asilo para haraganes serviles. En el siglo XVIII fue la Iglesia. Si estos hombres tuvieran que leer en voz alta en público, sus versos huecos, sin resonancia, pronto los delatarían.

Nacido poco después que sus colegas del movimiento moderno, lo cual durante mucho tiempo pareció un inconveniente nefasto, Bunting tuvo finalmente la buena fortuna de vivir la edad de Bob Dylan además de la de Ford Madox Ford. La década de 1960 fue una década de oralidad igualitaria y fue en este periodo cuando la defensa que Bunting venía haciendo desde tiempo atrás de las raíces habladas de la poesía fue por fin socialmente oportuna.

Pero, si bien *Briggflatts* puede ser apreciado por su inmediatez sonora, constituye asimismo una obra que nos devuelve una y otra vez a las subcorrientes históricas subyacentes, algunas de las cuales son mencionadas en la versión de Burton y otras no. Culminación de toda una vida de tentativas para crear una poesía inglesa auténticamente progresista, *Briggflatts* merece situarse junto a los anglocatólicos *Four Quartets* (1945) de Eliot como uno de los principales poemas para leer en público de mediados del siglo XX, lo que Pound habría dado en llamar un cuento de la tribu. A lo largo de sus cinco secciones, el poema relata la lucha de un individuo por triunfar en una cultura hostil a la mera noción de desarrollo moderno. Tras una paradisiaca introducción ambientada en el wordsworthiano extremo noroccidental de Inglaterra –la «primavera» o infancia de la vida de Bunting–, seguimos

al protagonista, constantemente rechazado en su lucha por «renovar». La experiencia de Bunting en la cárcel se suprime, quizá porque ya se había mencionado en «Villon», pero existe mucha amargura y rencor político en su despiadada descripción del Londres de principios del siglo XX, que recrea como un retablo de pesadilla donde campan la avaricia y el artificio:

Poeta designado no osa rehusar
 el paseo entre los falsos,
 nada que acredite
 la misión impuesta, lo desdeñan
 lambiscones, estafadores, mancebos,
 delatado y preso, lo desfalcán las rameras,
 pide al conocido comida y tabaco.

Asimismo, se establece un paralelismo entre la lucha tortuosa que supuso la carrera artística de Bunting y la figura del guerrero vikingo Eric Bloodaxe, «rey de York, rey de Dublín, rey de Orkney», cuya muerte en la batalla en las montañas del norte de Inglaterra se expresa con una estética sonora coral:

La espina
 mondada a picotazos por los cuervos, las prestas
 larvas devoran el flácido costado
 y el seso inerte, imprudente siempre.

Bloodaxe trató de conquistar el mundo, sugiere el poema, pero su campaña resultó finalmente un fracaso ignominioso que «acabó mal en el cerro y su ladera».

En las estrofas centrales del poema, estos ecos históricos de derrota y vanagloria se intercalan con otras versiones indirectas de las correrías de Bunting en la mitad de su vida —hay descripciones precisas de un paisaje marino italiano y de un desierto asiático—, que culminan con el sombrío retrato de una experiencia depresiva posbélica: a estas alturas Bunting ya se ha «acostumbrado a la penuria / la mugre el asco y la furia». Aquí, podríamos pensar, estamos entrando en un estado mental de eliotesco pesimismo que nos es familiar y atravesando un infierno dantesco contemporáneo de la mano de un antihéroe frustrado cuyo superior intelecto no puede protegerlo de los estragos de un mundo decadente. Sin embargo, la singularidad de *Briggflatts* radica en su rechazo primordial a este tipo de tópicos melancólicos del movimiento moderno. Frente al egotismo marcial de Bloodaxe, Bunting coloca la figura de Cuthbert, un santo de Northumbria que vivió en el siglo VII, cuya aparición supone la culminación de una insistente celebración a lo largo de todo el poema de la cultura del norte de Inglaterra: los evangelios de Lindisfarne, el poema medieval en lengua celta británica *Y Gododdin* y, lo que constituyen presencias mucho más inusuales, la maestría de un cantero anónimo y la sonora música de trabajo de los mineros del carbón:

Escuchan mear al caballo,
 el silbo del cantero,
 los arrees susurrarle a las varas,
 chirriar la pina al eje,
 en lo rodado el trompición del aro
 cascajo triturado.

Este telón de fondo local indica también una salida al punto muerto del subjetivismo en el movimiento moderno. A partir de la introducción del abnegado Cuthbert y continuando con una línea argumental en la que Bunting redescubre al amor perdido de su juventud, la esencia moral del poema se revela progresivamente como una especie de idealismo comunitario. Se insinúa implícitamente que el poeta debe renunciar a su propia vanidad y renovarse en una ecología social armoniosa donde todos y todo participan en pie de igualdad, un sueño que para Bunting era inmanente a su mitopoesis de Northumbria, una comunidad imaginada, no jerárquica, fundada en el trabajo productivo de mineros y pastores y en los vestigios enterrados del pasado radical.

Lo único en su vida de lo que «merece la pena hablar», como aseguró Bunting en una ocasión, *Briggflatts*, registra una *Weltanschauung* que resulta a un tiempo insolentemente populista y anómala de acuerdo con las pautas de la cultura poética inglesa. Se trata de una obra de vitalidad popular vanguardista llevada a la práctica cuya trascendencia más profunda radica en la exploración de un interior muy diferente al territorio ortodoxo plasmado en la obra de su álter ego, los *Four Quartets* de Eliot. Como buen y escrupuloso biógrafo, experto en resumir con objetividad, Burton señala que *Briggflatts* toma su nombre de un pueblecito de los Peninos septentrionales donde Bunting pasó un verano idílico cuando era adolescente, disfrutando del romance de juventud descrito en la primera parte del poema. Sin embargo, otro hecho decisivo sobre este escenario –que Burton señala, pero no explica en detalle, quizá porque hacerlo contradiría su anhelo de pasar por alto el opresivo mesianismo de Bunting– es que *Briggflatts* fue el lugar donde nació de facto el cuaquerismo inglés. En 1652, en el tercer año de la República de Cromwell, George Fox estuvo en el pueblo justamente antes de fundar el movimiento cuáquero, dando un sermón ante cientos de *seekers* en la cercana Firbank Fell e inspirado por una visión de «un gran pueblo vestido de blanco, a orillas de un río, viniendo hacia el Señor». Para Burton esto resulta incidental, pero para Bunting el legado del siglo XVII era lo verdaderamente esencial. Al principio de su carrera, a mediados de la década de 1920, Bunting escribió a un amigo estas palabras: «Nos hemos perdido. Pienso en la época de Cromwell y desde entonces nos hemos alejado más y más del camino». El siguiente paso para formarnos un juicio sobre Bunting debe ser establecer la relación obvia que existe entre percepciones

tan atávicas, el breve momento del movimiento moderno de la década de 1960 en el que Bunting habló a su propia comunidad radical y la posibilidad futura de un panorama renovado en Inglaterra, insinuado por estos dos precedentes históricos generalmente ocultos.